PQ 6509
.C9

1861

THE LIBRARY OF CONGRESS

THE LIBRARY OF CONGRESS

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

Tomo VIII.

CUENTOS

Y

POESIAS POPULARES

ANDALUCES,

COLECCIONADOS

POR

FERNAN CABALLERO, pseud. of
"Cecilia Böhl de Faber"

LIBRARY OF CONGRESS
1879
CITY OF WASHINGTON

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1861.

PQ6509
.C9
1861

PREFACIO DEL AUTOR.

En todos los países cultos se han apreciado y conservado cuidadosamente no solo los cantos, sino los cuentos, consejas, leyendas y tradiciones populares é infantiles, en todos ménos en el nuestro. Este desden es tanto mas de estrañar, cuanto que se observa en un país poseedor de cosas tan bellas como originales en estos géneros, y que tiene la gloria de que los cantos populares, que en otros tiempos se coleccionaron en los Romanceros, sean en el dia joyas cuya posesion adquirida á peso de oro se disputan nacionales y estranjeros, que se reimprimen y traducen en los países de mas ilustracion y buen gusto literario, y que han servido, no solo para mantener noble y patriótico el espíritu nacional, sino para esclarecer sucesos históricos y dar á conocer en todos tiempos el espíritu y sentimiento general de aquel en que se compusieron. Dice el erudito literato frances Sr. D. Antonio de Latour (que podríamos igualmente llamar Español por lo mucho y brillantemente que ha estudiado y dado á conocer nuestra patria, nuestras costumbres, nuestra literatura y monumentos en su país): «No me canso de repetirlo, porque nada hay mas cierto: el Romancero es la Iliada de España, es un espejo inmenso y desigual en que se refleja su nacionalidad

entera, con sus aspiraciones, sus instintos, sus pasiones y sus creencias de todas las épocas.»

Mucho habria que objetar contra el actual incalificable desden, pero no es tal nuestro intento al poner al frente de esta coleccion que hemos formado los presentes renglones, sino el dar á conocer las causas que nos han movido á publicarla.

La primera, y la que mas acatamos, fué el vivo deseo de que la diésemos á luz demostrado por personas eminentes en saber, en buen gusto literario y en jerarquía social, y la segunda la siguiente circunstancia.

Entre las colecciones de cuentos y leyendas populares é infantiles que siempre hemos leido con encanto, existe una alemana, en tres tomos, formada por los eruditos hermanos Grimm, en la que no se han contentado estos incansables investigadores con recoger las de su patria, sino que han hecho otro tanto con los cuentos y leyendas de otros países, buscándolos y trayéndolos hasta del Japon. Con el concierto y la conciencia del trabajo que distingue á los alemanes doctos, no podian estos en sus investigaciones olvidar á España, el país de la imaginacion creadora, de la poesía y del chiste, y vamos á trasladar aquí el sucinto artículo que le consagran. Dice así: «Aquí no nos es dado citar sino un párrafo de Cervántes que no nos deja duda acerca de la existencia de estos cuentos y consejas en España: *y aquellas cosas que á tí te deben parecer profecías, no son sino palabras de consejas ó cuentos de vieja, como aquellos del caballo sin cabeza y de la varilla de virtudes con que se entretienen al fuego las dilatadas noches del invierno.* (Coloquios entre Cepion y Berganza.) Tambien parece que un pasaje de la comedia de Calderon que se titula *Peor está que estaba*, ha sido tomado de un cuento popular.»

Cuando vimos que España, que tan rica es en toda clase de producciones populares, era el solo país que no habia contribuido por su parte á formar la coleccion, nos propusi-

mos dar á la estampa algunas de las creaciones que produce en diversos géneros su rica é inagotable musa popular.

La mina de que hemos sacado estos preciosos materiales no es la única que existe; cada provincia, cada pueblo, cada aldea, tiene la suya, que empiezan por fin á esplotarse. ¡Con qué buen tino y éxito ha dado á luz el Sr. D. José María Goizueta las tradiciones y cantos vascongados! ¡Qué pequeña obra maestra nos ha proporcionado el eminente literato D. Agustin Duran en su tan magistralmente versificado cuento de *Las tres Toronjas!* ¡Qué joyas esparce Trueba, sacadas de esa mina, puliéndolas con su bella, benévola y simpática facultad poética! [1])

Las cosas que nosotros presentamos tienen señaladamente el sello andaluz, como que en esta provincia han sido recogidas. Este sello es generalmente la chuscada, la agudeza, y la burla. Fácil, muy fácil, nos hubiera sido poner lo que está en prosa, y en lenguaje vulgar, en lenguaje culto, pero hemos preferido presentarlo en el suyo propio para que no perdiesen su forma peculiar y genuina. El que no encuentre diferencia entre este lenguaje copiado y el que es propio del colector, debe alcanzar poco, ó lo que es peor, llevar muy mala intencion al confundirlos. El lenguaje del pueblo tiene que ser popular; y admira cuán poco vulgar es, en sentido de lo tosco ó de lo grosero, el del pueblo de nuestro país.

Un pensador frances ha dicho: *La lengua es el pueblo; gran parte de la historia de una nacion está en su diccionario.* Siendo justa y profunda esta asercion aplicada á pa-

---

1) El ya mencionado ilustre literato D. Antonio de Latour ha dedicado á Trueba un bellísimo artículo de crítica razonada con que lo ha colocado en el estranjero á la altura que merece como cantor eminentemente español. — Hase reproducido en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes de Sevilla,* traducido por el erudito y distinguido catedrático de esta universidad D. José Fernandez Espino.

labras, ¡cuánto mas no lo será á las ya formuladas ideas y sentimientos nacionales!

En las vertidas por nuestro pueblo en sus coplas, podrá advertirse: en las sentenciosas, pensamientos morales y psicológicos que admiran; en las amorosas, el mas delicado y poético sentir; en las epigramáticas, la mas incisiva agudeza; en las chuscas, la gracia y el buen humor; y sobre todo un profundo, tierno, y candoroso sentimiento religioso, en las composiciones de este género.

Entre las distintas composiciones poéticas hemos encontrado algunas cuya idea ha sido espresada tambien por poetas de alta esfera, como sucede con esta copla burlesca:

Glorioso San Sebastian,
Todo lleno de saetas,
Mi alma como la tuya,
Como tu cuerpo mi suegra,

que se halla igualmente en la comedia de Montalvan: *Morir y Disimular,* en esta forma:

Glorioso San Sebastian,
Santo cabal y perfecto,
Mi alma como la tuya,
Como tu cuerpo mi suegro.

Nos parece mas probable que del pueblo subiese á Montalvan esta copla, que no el que de su altura descendiese al pueblo, que inventa mas fácilmente que aprende, é improvisa con mas gusto y aficion que repite. Esto en tésis general, lo que no impide que alguna que otra de las coplas que del pueblo hemos recogido lo hayan sido casualmente por él en esfera mas culta.

Algunas de las coplas que insertamos no tienen, así lo reconocemos, gran mérito intrínseco, como lo tienen las restantes ya por la idea poética, sentida ó aguda, que espresan, ya por su chiste y originalidad; pero las hemos dado no obstante cabida, porque las unas están perfectamente halladas;

otras se hallan compuestas de una manera tan fácil, que no parece que su autor se haya cuidado del asonante y del metro, sino que estos se han unido por casualidad en la formacion del pensamiento; y otras porque tienen mas intencion y sentido de lo que á primera vista aparece,[1]) estando á veces la idea solo indicada, por hallarse seguro el que la espresa de ser comprendido por el que lo oye. La comprension entra por tanto en el génio andaluz, que esto ha dado márgen á que un caballero de Andalucía, de alta alcurnia, de tanto talento como saber, y muy conocido por sus agudezas[2]), haya sentado que las potencias del alma son cuatro, á saber: *Memoria, Entendimiento, Voluntad* y.... *Hacerse cargo.*

Mr. de Mazade que nos ha honrado y favorecido con un lisonjero é indulgente juicio crítico inserto en la importante *Revista de Ambos Mundos* que se publica en Paris, anota como una peculiaridad de nuestro país que «el catolicismo en España se halla en todo; hasta en la carne y sangre del pueblo.» Nosotros creemos que lo propio sucedia en todos

---

1) Como por ejemplo esta que al pronto parece decir *amorosamente*, que así como se asemejan y unen los sentimientos del galan y su dama se asemejan y unen sus nombres:

> En la pescaderia
> Vive mi dama,
> Yo me llamo Mescamo
> Y ella Mescama.

y en la cual dice al mismo tiempo el cantor *celosamente* y poco satisfecho de la conducta de su amada que lo escama, y por último *chusca* y *burlescamente* que le escama ó quita las escamas, esto es, la plata. Cosas como esta de que tanto abunda el género picaresco de la poesía popular son no solamente imposibles de traducir, sino de ser comprendidas por los estranjeros.

2) El señor Conde de Villacreces. Entre los chistosos aforismos de este aristocrático andaluz, mencionaremos otro, semejante al referido, que suele dirigir contra las personas pesadas, y que consiste en añadir á las cuatro virtudes cardinales, una quinta en esta forma: *Prudencia, Justicia, Fortaleza, Templanza* y .... *Sangre ligera.*

los países que tenian la dicha de ser católicos ántes que el protestantismo, la filosofía atea y el indiferentismo religioso, este funesto resultado de los estragos causados por aquellas, hubiesen colocado á la religion en segundo término en la vida y afecciones del hombre, cuando no reducídola á la nulidad. En cuanto á España, razon lleva en su aserto el docto crítico, y añadiremos por nuestra parte que esta intervencion de la idea y sentimiento religioso en el ser del hombre del pueblo, trae consigo, ademas de otras ventajas, el darle á conocer el dogma y la historia sagrada de que dimana; el enseñarle la sana moral; el esplicarle el culto y sus prácticas esteriores, que son todas actos de fe y de amor, muestras de reverencia, homenajes y súplicas al Dios que nos crió, no para que lo olvidemos y pongamos de lado, sino para que lo tengamos siempre presente; el inspirarle delicadeza de sentimientos, elevándolos y ennobleciéndolos; el infundirle de una manera digna y moral el sentimiento del honor humano, que enaltece al hombre sin enorgullecerlo, porque la verdadera dignidad no la da el orgullo, sino el respeto á sí mismo y á los demas, y de esto provienen los finos cumplidos y las etiquetas establecidas entre el pueblo, y de que tanto se burla el actual *sans façons* de las gentes cultas [1]); así es, que no se debe atribuir el despejo, la dignidad, el indisputable saber, el elevado y noble sentir del pueblo de campo español, á la situacion geográfica que ocupa, porque la recalcada zona meridional no comunica ciencia infusa, y mas meridionales son las comarcas que están pobladas por los Cafres y los

---

1) Como por ejemplo: el no tomar nada sin el indispensable: — *¿ Vd. gusta?* — y su respuesta — *Gracias, que aproveche.* No celebrar á nadie sin el infalible: *Mejorando lo presente.* No hablar de otro sin añadir; *Mi palabra no le ofenda.* Las conocidas respuestas á estas preguntas: *¿Es esto de Vd.? — Y de Vd. — ¿Es de Vd.? — Servidor de Vd.* — y la contra-respuesta; *De Dios lo sea Vd., por muchos años.* Ofrecer cuanto se celebra, y al dar el pésame por la muerte de una persona querida decir: *Dios le dé la gloria y á Vd. salud para hacer bien por su alma* etc. etc.

Beduinos; sino á un orígen mas cierto, lógico y palpable, esto es, al catolicismo, que esparcido por todas partes, merced á las comunidades religiosas, y transmitido de generacion en generacion, ha venido infiltrándose en el entendimiento, en el corazon y en el alma de este pueblo, y está por consiguiente entretejido en su existencia toda, trayendo el espiritualismo á la vida material. Consecuencia de esto, aunque no inmediata, es la proverbial y admirable sobriedad que le distingue; su conocido poco dormir; el que desconozca el cansancio; que no haga caso, y se guarezca poco de las inclemencias de las estaciones; en fin, que tenga todas las dotes opuestas á los impulsos de la molicie, de la sensualidad y del materialismo. Lo que sí, por desgracia, tiene la sangre en los países meridionales, es su efervescencia, y esto hace que se cieguen sus naturales, y que por cosquilloso amor propio, por celos, y otras causas análogas, se desafíen los hombres, y ¡ay! no á puñadas y golpes, sino navaja en mano, á muerte ó á vida!

El sabio crítico de que vamos hablando, está muy léjos de observar en tono de reprobacion esta suma adhesion é identificacion del hombre con la fe religiosa que profesa (¿cómo habia de hacerlo?), ni reprueba el que la entreteja en todos los actos de su vida; pero nos parece que no atribuye á esta causa la incontestable superioridad intelectual de nuestro pueblo sobre todos los demas, aun sobre el de aquellos países que se consideran como cuna de la cultura y civilizacion moderna, lo que ciertamente habria hecho, si hubiese estado en el caso de observarlo de cerca, y estudiádolo con la atencion sostenida y el amor simpático, con que lo ha hecho el que con tanta sinceridad como placer afirma otra vez mas que no ha presentado en sus cuadros tipos de su invencion, sino copias de la realidad, porque respeta la verdad, y ama mas las bellezas que pinta, que la pintura que de ellas hace.

Puédese objetar, y en efecto se ha hecho, que en esta contínua intervencion de las cosas santas en las que no lo

son, puede haber irreverencia. No lo creemos; porque para Dios que juzga los corazones, no es posible que haya irreverencia donde no hay intencion de cometerla, y quizas encuentre este Supremo Juez, en ese celo que por evitar irreverencias quiere abolir lo que puede dar márgen á ellas, mas irreverencia oculta ó impremeditada que en la esterior que se comete sin intencion de que lo sea. — Pero dado caso que se cometiesen en algunas raras ocasiones, no es esto un motivo suficiente para mal mirar la inveterada y respetable costumbre de hacer intervenir siempre las cosas de arriba en las cosas de abajo.

Esto nos recuerda la respuesta, hija de la mas exacta y profunda apreciacion de las cosas, que dió un sacerdote á una persona que se le quejaba de que al regresar de una antiquísima romería, los romeros estaban por demas alegres y cantaban y bailaban con algazara; *Señor*, contestó, *siga la devocion, y siga la diversion;* lo que equivalia á decir: «Puesto que nada hay perfecto en el mundo sino la santidad, y que es esta poco comun, sigan las instituciones buenas y religiosas adelante, aunque sea con sus imperfecciones.» Desconfiemos de aquellos que concentran su celo religioso en suprimir lo que no es perfecto, porque como dice el entendido Académico de la Historia D. Antonio Cavanilles en uno de sus admirables diálogos: *Hay que tener mucho cuidado cuando se combaten los abusos, porque está muy cerca el uso legítimo.*

Nos resta hacer observar sobre el contenido de esta coleccion que existen en nuestro pueblo candorosas y encantadoras creencias, que sin tener un fundamento real ni autorizado, no son por eso *supersticiones,* como algunos equivocadamente las denominan, sino que únicamente son inspiraciones de devota poesía. Supersticion, segun fija su sentido el diccionario de la Academia, *es el culto que se da á quien no se debe ó con modo indebido.* Ahora bien, ¿qué católico Es-

pañol dió jamas culto á otra cosa que á Dios y sus Santos, ni á nada que no proceda de esta pura fuente? Que encuentre la dichosa candidez de su ferviente fe milagros donde no existen, que vea los instrumentos de la pasion, como efectivamente se hallan, en la rosa que lleva ese nombre; que ame y respete las golondrinas porque arrancaron, segun su tradicion, las espinas de la corona del Salvador, ¿son acaso supersticiones? Lo que sí son es la poesía en la fe, como existe en el amor; es una superabundancia de ese divino don de corazones sanos y fervientes, de imaginaciones puras y devotas.

Cuando estas imperaban sin agresivos y agrios contrarios, y cuando el anatema bajado de la augusta piedra en que asentó Jesucristo su iglesia nada habia perdido de su imponente y solemne poder, fué robado en una capilla un vaso sagrado. Fulminada la terrible excomunion sobre el criminal y sobre el encubridor que retuviera en su poder el sagrado objeto, el atemorizado reo, en su angustia, escondió su hurto en el hueco de un olivo. Secóse este, y cortado que fué, se halló en su concavidad el vaso robado. Demos por cierto, nosotros las gentes *razonables*, que el olivo se secó por casualidad (aunque nosotros ni lo afirmamos ni lo negamos), pero no motejemos, sino envidiemos al pueblo, envidiemos la inocencia y robustez de su fe, que cree al olivo encubridor, secado por efecto del tremendo anatema de la iglesia, y no la profanemos con el nombre de supersticion.

Este tomo se ha hecho ya demasiado voluminoso, lo que nos ha puesto en la precision de retirar algunos de los muchos é interesantes originales de que tenemos gran acopio.

Al presente libro espera la suerte de las aceitunas, de las que se dice que no gustan á medias, sino que lo hacen con estremo ó causan hastío. Como estamos persuadidos de que son mas los que gustan de esta sabrosa é indígena fruta, que no los que le hacen ascos, esperamos que lo propio acontezca

á esta coleccion, que con tanto tiempo, trabajo, paciencia y placer hemos formado y escogido, deseando que los lectores le apliquen una de las coplas que la componen.

A tomillo y romero
Me hueles, niña.
— Como vengo del campo
No es maravilla. —

FERNAN CABALLERO.

INDICE.

Pág.

Las tres reglas de la gramática parda 1
Una paz hecha sin preliminares, sin conferencias y sin notas diplomáticas 22
Un quid pro quo 33
Flores humildes de religiosa poesía y etimologías de dichos y expresiones generalizadas 40
Cuentos populares.
Tio Curro el de la porra 46
La oreja de Lucifer 51
La buena y la mala fortuna 58
Las ánimas 63
Doña Fortuna y Don Dinero 71
Juan Soldado 75
Juan Holgado y la muerte 83
La suegra del diablo 89
Tribulaciones de un remendero 98
Chascarrillos 104
Agudezas 110
Tratado popular de agricultura y de meteorología 113
Cantos, coplas y trobos populares.
Religiosas y morales 119
Sentenciosas 125
Amorosas tristes 136
Amorosas 147
De bolero 183
Serenatas ó de ventana 193
De baile 199
De marineros 201
De artesanos 204

	Pág.
De estudiantes	206
De soldados	209
Jocosas	217
Chuscas y burlescas	227
Epigramáticas	255
Poéticas sin género determinado	260
De cuna	263
Rosário de la aurora	267
La anunciacion	270
El nacimiento de Dios	271
El parto celestial	275
La prediccion de la gitana	281
La pastora de Belen	283
El niño perdido	284
El ciego	286
De noche buena	287

LAS TRES REGLAS

DE LA GRAMATICA PARDA.

ADVERTENCIA.

Las agudas y graciosas TRES REGLAS DE LA GRAMATICA PARDA POPULAR, que son *Ver venir*, *Dejarse ir*, y *Tenerse allá*, necesitan esplicarse ó definirse para que comprenda su sentido todo el que no sea andaluz; y no hemos dado con un modo mejor de conseguirlo, que hacer que las ponga en práctica un campesino. El lector conocerá que esto era en extremo difícil, como lo es concluir un cuadro con solo medias tintas. Si escribimos el siguiente juguete dialogado con este objeto, fué para ofrecerlo como prueba de amistad y aprecio á uno de nuestros primeros literatos contemporáneos, al que agrada y hace mucha gracia el género andaluz; y siendo aquel nuestro solo fin, y este nuestro único interes, esperamos se nos dispense que de este carezca la intriga.

LAS TRES REGLAS

DE LA GRAMATICA PARDA.

JUGUETE DIALOGADO.

PERSONAS.

D. José, rico propietario de un pueblo.
Doña Alfonsa, su mujer.
Doña Concha, rica viuda hermana de Doña Alfonsa.
Calixto, hijo de D. José y de Doña Alfonsa.
Ee Tio Matias, capataz.
Maria, ama de Calixta.

ESCENA PRIMERA.

El Tio Matias (*entrando*).

¡Alabado sea Dios! (*Vuelve la cara por todos lados, y al ver que no hay nadie, añade:*) Para siempre! Vamos allá! Esta casa está que no la conoce el albañil que la hizo. El amo no está en el despacho; el ama no está en la despensa, en esta estancia no hay nadie!! Le dije ayer al amo: señor,

hay que cavar la viña, que el año viene de mala vuelta, y si no se les da á las cepas lo que piden, va á ser tan mala la vendimia, que ni el Padre Santo podrá consagrar: y por respuesta me dió un ladrido. El ama cuando me encuentra, no me dice ni *adios, borrico.* Sobre que desde que llegó de Sevilla el señorito Calixto con su tia, esa fantasmona con mas vientos que un fuelle, mas faraláes que alero de un tejado, y mas humos que el barco que manotea [1]), está trastornada la casa esta... Vaya! Ahí viene el señorito. ¡Qué real mozo se ha puesto! qué espelotado y qué bien empatillado! Y con eso, solo heredero de un caudal que no es ningun mayorazgo de perro y escopeta, sino de los recios... Este mozo es de los que no les falta sino sarna que rascar.

ESCENA SEGUNDA.

Entra azorado CALIXTO.

Estóy desesperado!... Dado á los diablos!

TIO MATIAS.

Dios guarde á V., señorito! ¡Qué sofocado está su mercé! ¡Válgame Dios, que viene V. hecho un toro de fuego!... ¿Qué es lo que le apura? Por lo visto se ha levantado su mercé con el moño alto.

CALIXTO.

No he pegado los ojos en toda la noche!

TIO MATIAS.

¿Cómo los habia V. de pegar, si están las narices por medio?

CALIXTO (*ensimismado).*

¿Qué partido tomar? ¿Qué hacer?...

TIO MATIAS.

Señorito, me asusta su mercé. ¿Qué es lo que le saca asina de tino?

---

1) Vapor.

CALIXTO.

Ser el mas desgraciado de los hombres.

TIO MATIAS.

¿Esas tenemos?... ¡por via del judío!..

CALIXTO.

Mi enemiga suerte me depara un padre avaro, una madre corta de luces y egoista, y una tia vana y tiránica. ¡Qué desgraciado sino! ¡Qué fatal estrella!...

TIO MATIAS.

Déjese su mercé de términos surruscantes, señorito, y cuénteme lo que le pasa, que no será la primera vez que el tio Matías saca á su mercé de atajos.

CALIXTO.

Verdad es; pero no es el presente de los de *antaño*, como diria V. No se trata de disimular una travesura de niño, ni de lograr un capricho de muchacho; se trata de cosas de mas monta; se trata de mi suerte, de la felicidad de mi vida.

TIO MATIAS.

Pues con mas razon tome su mercé consejo. Como me ve V. con polainas y sajones, y como sabe que no tengo estudios de los finos, le parece á V. que no alcanzo y que no destingo. Pero yo diré á V., señorito, que el saberse manejar en este mundo *indino* no se aprende en los libros, sino con los años; asina el que quiera saber, que compre un viejo.

CALIXTO.

Ya sé que para manejarse tienen ustedes, los que no leen, una gramática parda de que es V. catedrático de primer órden, tio Matías.

TIO MATIAS.

Llámela su mercé como quiera; pero tenga presente que el saber lo dan los años con la experiencia, y que siempre se ha dicho: no sabe el Diablo por Diablo, sino por viejo: de

manera que yo, que soy mas viejo que Dupon, algo sabré: asina desabróchese V. y sepamos cuál es ese atolladero.

CALIXTO.

Pues sepa V. que mi padre me quiere enviar á la Habana á recoger una herencia que le disputan. ¿Le parece á V.? ¡Como si no tuviese bastante con lo que tiene!

TIO MATIAS.

(Aparte.) Acúsome Padre que soy carpintero. ¡Tarugo tenemos! *(Recio.)* Señorito, el tener no es una razon para no aprovecharse de lo que la suerte nos depara. Y siempre se ha dicho: bueno es un pan con un pedazo.

CALIXTO.

Que vaya el que lo desee por el pedazo, que yo no quiero ir. Mi tia está empeñada en que me vuelva con ella á Sevilla, que me case con su sobrina Diana que es una alcuza vacía con muchos faraláes y cara de desenterrada, y que me establezca allí. En ese caso me deja por heredero de cuanto tiene; pero si no se atiende á esta su voluntad, me deshereda... ¡Que lo haga!

TIO MATIAS.

Eso debe tomarse en consideracion, señorito. Verdad es que la niña alcuza con mas faraláes que el mar, y mas moñas que un conejo de rifa, no me hace gracia y me achoca: pero en cuanto á la herencia, esos son otros cantares, y merece considerarse; y tenga su mercé presente ántes de largar prenda, que cosas se hacen de prisa que se sienten despues despacio.

CALIXTO.

Nada, nada: quédese con su sobrina y con su caudal, y váyase lo perdido por lo ganado. Mi madre, por su lado, no quiere consentir de manera alguna en mi viaje á la Habana, en mi establecimiento en Sevilla, ni que concluidos mis estudios, vuelva á salir de aquí.

TIO MATIAS.

¿Y dónde habia V. de ír que mejor le fuese que en su pueblo, en su casa, al frente de su caudal, señorito? ¿Acaso quiere su mercé ir á diputar á Madrid como el hijo del escribano?

CALIXTO.

No trato de eso; quiero viajar por el extranjero, ir á Madrid, ó á cualquier parte. Tres son mis superiores, y cada cual tiene su parecer, sin que atiendan al mio! Vamos, esta es la familia del Dios Baco.

TIO MATIAS.

No diga V. eso, señorito; que la familia del Dios Baco son Padre, Hijo y el Demonio. Pero V. está, por lo visto, como el cigarron, que quiere saltar, y no sabe dónde.

CALIXTO.

Mis padres que tienen mucho caudal y no tienen mas heredero que yo, ¿es justo que sean despóticamente mis tiranos? ¡Son crueles!

TIO MATIAS.

Señorito, mas que sea solo la lengua que hable, que no lo haga mal de los padres; que eso es tan feo como pegarle á Dios en Viérnes Santo. ¿Cómo quiere V. que consientan en que como mal pájaro abandone su tierra, su casa, y á sus padres en su ancianidad? Si tal quisiese mi hijo, le habia yo de enseñar su obligacion con una cartilla de acebuche.

CALIXTO.

No intento tal cosa. Estóy en que acabaré por establecerme en este pueblo, que aunque bien malo, es mi patria y la de mi familia, y en el que radica el caudal que algun dia ha de ser mio; pero ya que mi posicion me lo permite, quiero ántes de establecerme definitivamente en él, conocer el mundo, viajar, formar mis ideas, adquirir conocimientos para ser un caballero instruido y culto.

TIO MATIAS.

Ya que se le ha puesto á su mercé entre ceja y ceja el ver mundo, como les sucede á los mozos de los cuentos de encantamientos, no queda mas sino que se conforme el amo, le dé una lanza, su bendicion, y el mejor caballo de la cuadra. Bien está; no hay que decir; toda vez que no intente su mercé, á su vuelta del extranjero, ensayar el arado y el trillo de por allá.

CALIXTO.

No tenga V. cuidado que no voy para estudiar trillos ni arados. En lugar de consentir en ese mi racional deseo, todos disponen de mí, sin tomar en cuenta mi propio parecer. ¿Puede darse tal tiranía? ¡Y luego dirán que me quieren! Lo que quieren todos es gobernarme.

TIO MATIAS.

Ya veo, señorito, que está V. como el conejo, que todos le tiran; pero el hijo bueno sufre lo malo y lo bueno. ¿Y le han dicho á V. sus mercedes sus intentos?

CALIXTO.

No: me los ha comunicado mi ama, delante de la cual hablan sin reserva; pero ahora mismo voy á decirles á los tres con la boca de mi cara, que estóy firmemente resuelto á no ir á la Habana, á no casarme con la mal criada elegantona de mi prima, y á no sepultarme á los 23 años en un poblachon. *(Da unos pasos hácia la puerta.)*

TIO MATIAS *(deteniéndolo).*

¿Qué va V. á hacer señorito... sino á dar una campanada mal dada, y nada mas? Párese V. señor!... que no por mucho madrugar amanece mas temprano! Vamos á cuentas. V. quisiera no embarcarse para la Habana, ni tampoco perder la gracia de su padre, y los alimentos. ¿No es esto?

CALIXTO.

Por supuesto... eso es.

TIO MATIAS.

Bueno seria tambien que sin casarse con la alcuza de nombre revesado, y faraláes almidonados, conservase V. la herencia y los bienes de su tia, sin tranquilla.

CALIXTO.

Ya se ve!

TIO MATIAS.

Y V. quisiera, señorito, que su madre consintiese en que se fuese por esos mundos, y si hacerse puede, que le previniese bien las alforjas.

CALIXTO.

Ese es el colmo de mis deseos.

TIO MATIAS.

Pues, por ver si se logra, ¿quiere su mercé seguir mis consejos?

CALIXTO.

Segun sean... Diga V.

TIO MATIAS.

Si no se han de seguir, me escuso el decirlos; y siendo así, junto este con este *(aprieta sus labios con los dedos)*. Prométame V. hacer lo que le diga; que si no sale bien, siempre está V. á tiempo de hacer lo que habia pensado.

CALIXTO.

Prometo; y veamos lo que he de hacer.

TIO MATIAS.

Estarse callado y metido en sus calzones sin cogerles la delantera á sus mercedes: que en estos casos lo que hay que hacer es VER VENIR.

CALIXTO *(reflexionando)*.

No atacar y estar á la defensiva para rechazar con ventaja. ¿Sabe V., tio Matias, que no me parece mala táctica?

TIO MATIAS.

La mejor, señorito, la mejor! .. En este mundo, para no errar, no hay como no atropellarse, y VER VENIR.

CALIXTO.

Oigo que mis padres y mi tia se acercan disputando.

TIO MATIAS.

Mejor!... Pero su mercé toque de suela y tome camino. *(Calixto se va corriendo.)*

TIO MATIAS *(solo)*.

El amo es buen hombre, y mal sastre. El ama, que no tiene mas luces que las del dia, es inocente de repique. La tia es mas loca que un habar; á gentes de este jaez, se les da mas vueltas que á una llave. A la presente, lo que se debe hacer es dejarlos entre sí, que una bola empuje á otra bola, y al mozo este es preciso meterle juncos para despabilarlo.

ESCENA TERCERA.

Entran disputando acaloradamente DOÑA ALFONSA, DOÑA CONCHA y D. JOSÉ.

DOÑA CONCHA.

Enviar á su hijo único á la Habana con peligro del vómito, para recoger una herencia problemática! Esto es inaudito. es una atrocidad!.. y no ménos!

DOÑA ALFONSA.

Embarcarse el hijo de mi corazon, y estarse un par de meses por esas mares hondas á mercé de las olas y del viento!... ¡Y esto por adquirir unos bienes, que gracias á Dios no necesita! No lo consentiré: nó.

D. JOSÉ.

Irá sin que consientas.

DOÑA CONCHA.

Es que él no querrá ir, y hará bien.

D. José.

¿Qué es eso de no querrá ir, si se lo manda su padre?

Doña Alfonsa.

Es que no se lo mandarás, ni tomarás tal responsabilidad sobre tí; que eso seria de mal padre...

D. José.

No necesitaré hacerlo, puesto que no es Calixto tan niño que no comprenda sus intereses; y sábete que por recoger una herencia se va, no á la Habana, sino á China, y se pone al trote aunque sea un Grande de España.

Doña Alfonsa.

Solo lo hace el que no tiene otra cosa.

Doña Concha.

O el que no tiene dinero para costear un agente.

D. José.

¿Un agente? ¿Para que cargue con el Santo y la limosna? ¡Cosas de mujeres! que como no tienen ni que agenciar, ni que manejar los intereses, no entienden de ellos una palabra.

Doña Concha.

Pues ten entendido que si se va en busca de una herencia que puede volverse sal y agua, como suele suceder con las herencias de América, pierde la mia que es positiva, y que le aseguro si se establece en Sevilla, y se casa con mi sobrina.

Doña Alfonsa.

Establecerse en Sevilla! dejar solos á sus padres en su ancianidad! abandonar su casa solariega, su caudal!... esto faltaba! Y ademas casarse por interes! No querrá, hermana, no querrá; y hará bien!

Doña Concha.

¿Que no querrá vivir en una capital, en lugar de hacerlo en un poblachon? ¿Que no querrá la herencia que le brindo,

con una mujer elegantísima, que es mi sobrina, y parienta suya? ¡Pues tendria que ver!...

DOÑA ALFONSA.

No querrá; porque no quiere á tu sobrina, y porque debe vivir al lado de sus padres, en su pueblo, en su casa, como lo han hecho todos sus antepasados; ¿y es este, hermana, un motivo para que lo desheredes?

D. JOSÉ.

Por eso quiero yo que recoja la herencia de la Habana, de la que desde luego le hace cesion este que V., señora, llama mal padre; para que viva independiente y sin tener que avasallar su voluntad á herencias con condiciones.

DOÑA ALFONSA.

Mas la avasallaria si para lograr la herencia de la Habana se expusiese á ser pasto de los peces del mar, de los caimanes, de los cocodrilos, que se comen á los hombres enteros... ¡Dios nos defienda!

D. JOSÉ.

Miedos de mujeres; espantijos necios! Lo dejaremos á él que decida.

DOÑA ALFONSA.

Santa palabra!

DOÑA CONCHA.

Desde luego. Eso me place.

DOÑA ALFONSA.

Pues qué! ¿Habrá hombre con sus cinco sentidos cabales, que se quiera embarcar, que se quiera casar á gusto ajeno, y que quiera establecerse fuera de su tierra?

DOÑA CONCHA.

Hermana, vives en Babia, y atrasada un siglo de la era presente.

D. José.

En ninguna era hay quien no vaya á recoger una herencia.

Doña Concha.

Lo dicho dicho. Decida él.

D. José.

Convenidos. *(Se va diciendo aparte:)* Le hablaré.

Doña Alfonsa *(aparte al salir).*

¡Qué desengaño os vais á llevar! Querer conocer á un hijo, mejor que la madre que lo parió! *(A María que ha estado en el fondo durante escena.)* María: llama á Calixto, que quiero hablarle.

Doña Concha *(aparte saliendo).*

Pensar que Calixto, que es un muchacho elegante, se ha de meter en este villorro! ¡que ceguedad! Imaginarse que un hombre rico se vaya á América á defender un pleito!... Qué mezquindad de señor de lugar! Pero bueno es provenir á Calixto de lo que pasa.

ESCENA CUARTA.

Calixto, el Tio Matias.

Calixto.

Ya ha oido V. lo que ha dicho María. Los tres me andan buscando para proponerme sus planes, muy creidos en que estóy dispuesto á avenirme á ellos. Ahora es la ocasion que me esplique, tio Matías; ahora me oirán, y cada cual llevará un *no* debidamente recalcado.

Tio Matias.

Nada de eso! Se pierde V., señorito.

Calixto.

¡Pues no, que concederia á cada uno lo que de mí exige!

TIO MATIAS.

Tampoco.

CALIXTO.

¿Pues cómo ha de ser este niño?

TIO MATIAS.

Ni chato, ni narigon. DEJESE IR, señorito: DEJESE IR, y no diga ni sí, ni no. Ahí viene el amo; me voy; pero, señorito, no se desabroche V., y DEJESE IR, sin soltar prenda.

CALIXTO.

¿Si tendrá razon el viejo marrullero? Vamos á ver, y sigamos las reglas de su gramática parda: seamos ambiguos para no exasperarlos ni consentirlos.

ESCENA QUINTA.

D. JOSÉ y CALIXTO.

D. JOSÉ.

Hijo, ya te hablé en otra ocasion de la pingüe herencia que tengo que pleitear en la Habana.

CALIXTO.

Lo recuerdo, señor.

D. JOSÉ.

Me escriben, que para acabar de poner en claro ese negocio, es preciso que vaya una persona entendida en leyes, y de toda confianza, que lleve los documentos que aun faltan, y se entregue en el caudal.

CALIXTO.

Será muy acertado que la enviéis, padre.

D. JOSÉ.

Pero como personas de la confianza que este asunto requiere, no se hallan; como tú acabas de concluir tu carrera

de leyes, conocerás que nadie es mas á propósito que tú mismo para el efecto; que dice el refran: á lo tuyo, tú.

CALIXTO.

Gracias, señor, por la prueba de confianza que me dais.

D. JOSÉ.

Esta herencia pienso que la disfrutes íntegra, por via de alimentos, y en recompensa de tu trabajo.

CALIXTO.

Esto es una generosidad que agradezco como debo.

D. JOSÉ.

¿Te persuades, pues, de lo acertado de la disposicion que he tomado?

CALIXTO.

No podéis tomarlas, señor, sino acertadas.

ESCENA SEXTA.

Los mismos y DOÑA CONCHA.

DOÑA CONCHA.

Hermano, una hora hace que te están aguardando el capataz, el temporil, el sobajanero, el aperador, el guarda mayor, el manijero y el rabadan.

D. JOSÉ *(apresurado).*

Voy, voy. Hasta despues, señora hermana! V. se convencerá, mal que le pese, de que los hombres se conocen y entienden mejor entre sí, que no lo pueden hacer las mujeres por muy Licurgas que se crean.

ESCENA SEPTIMA.

DOÑA CONCHA y CALIXTO.

DOÑA CONCHA.

¿Qué es esto! ¿qué quiere decirme tu padre? Acaso, insensato, ¿has consentido en ir al foco de la fiebre amarilla á disputar una herencia incierta que para nada necesitas?

CALIXTO.

Un aumento de caudal nunca viene mal, tia.

DOÑA CONCHA.

Es que este aumento lo puedes tener sin hacer un viaje penoso, desairado y expuesto. Sabes que te he querido y quiero como á hijo; así es, que desde ahora te declaro mi único heredero, si no emprendes ese desatinado viaje.

CALIXTO.

Tia, tanta bondad me confunde!

DOÑA CONCHA.

Te establecerás en Sevilla, y te casarás con Diana, que te llevará en dote mi cortijo de los Almeses, que rinde 60,000 rs. anuales. Con otro tanto que te dé tu padre, podéis aguardar con paciencia nuestras herencias. ¿Qué te parece?

CALIXTO.

Que esto sobrepuja mis deseos, tia.

ESCENA OCTAVA.

Entra apresurada DOÑA ALFONSA.

DOÑA ALFONSA.

Hijo, hijo, ¿dónde te metes, que hay una hora que te ando buscando?

Doña Concha.

Está tratando de cosas harto graves, hermana; discute sobre los medios de no exponer su vida por codicia, y de no enterrarse en vida, como podrian exigirlo de él cariños egoistas. *(Se va.)*

ESCENA NOVENA.

Doña Alfonsa.

Esto es! esto es! ¿Con que está mi hermana fomentando en tí la malhadada idea de salir de tu pueblo, de tu casa, y del lado de tus padres?

Calixto.

Pero, Señora, el hombre á los veinte y tres años no puede encerrarse para siempre en un punto, por bueno que sea; y puede V. tener por cierto que el famoso raton que se hizo hermitaño en un queso, era un raton viejo.

Doña Alfonsa.

Mal hayan los barcos y los carros de fuego! Ellos son los que han alborotado al mundo; ellos son los que han introducido ese perverso afan de moverse y de moverlo todo, como si cada cosa no estuviese bien en el lugar que Dios le ha designado! Hijo! ¿Dónde te ha de ir mejor que al lado de tus padres, en tu casa, en la que todos te quieren; en tu pueblo, en donde todos te conocen y te respetan?

Calixto.

Madre, si me fuese, seria tan solo para hacer un viaje, ver mundo, y despues regresar.

Doña Alfonsa.

Hecho un descontentadizo, y renegando de tu país! Pues, ¡y tu padre que te quiere echar por esas mares bravas en uno de esos navíos que se traga como anises!

Calixto.

Señora, todo el mundo va y viene á América, y no le sucede nada.

Doña Alfonsa (*sin atenderle*).

Tu tia quiere que te establezcas en Sevilla, sin tener presente á tus padres que se quedan solos!

Calixto.

En cambio me asegura la herencia ...

Doña Alfonsa.

Sí! si te casas con su sobrina, que sabe hablar frances, y no sabe rezar el rosario; y poca salud que tiene. Tú habrás dicho que no.

Calixto.

No he dicho ni que sí, ni que no.

ESCENA DECIMA.

Entran D. JOSÉ y Doña CONCHA y el Tio MATIAS, que se pone en un extremo del proscenio, detras de CALIXTO.

D. José (*restregándose las manos*).

Vamos pues: veamos por lo que se ha decidido Calixto.

Doña Concha.

No que le petaria mas ser un aventurero, buscando herencias por esos mundos, ó permanecer hecho un cena-á-oscuras en un poblachon, que el establecerse como un caballero en la capital de la provincia! ¿Qué dices Calixto?

Calixto (*con decision*).

Pues señores, digo ....

Tio Matias (*tirándole por la manga*).

Tente alla! que palabra y piedra suelta, no tienen vuelta.

Calixto (*algo turbado, bajando la voz*).

Yo . . . yo . . . no he decidido nada. (*Aparte.*) Dice bien; atrincherarse, y no abrir postigo.

Tio Matias.

Asina! ¡bendito sea su piquito, señorito!

D. José.

¿Cómo es eso? Hijo, no quedamos? . . . .

Calixto.

En nada, señor.

Tio Matias.

Bien: retebien!

Doña Concha.

Despues, ha hablado Calixto conmigo, y como cuerdo, trata de complacer á una tia que le propone lo que le conviene. ¿No es así?

Calixto.

Todo lo que queráis, ménos . . . .

Tio Matias (*tirándole por la manga*).

Tente alla!

Doña Concha.

¿Qué decias?

Calixto.

Que podré complaceros cuando vuelva de la Habana, si voy, aunque no estóy decidido.

Tio Matias.

Bien! esto es entenderlo.

Doña Concha.

No irá á la Habana, á correr tras de una herencia como un D. Nadie, como un pobreton. Oh! Señor cuñado, no todos los hombres se entienden entre sí.

D. José (*aparte*).

Esta culebra me lo ha envuelto! Aunque pierda su herencia mi hijo, no consentiré que ella disponga de él. *(A Calixto á media voz.)* Te dispenso del viaje á la Habana, y te duplico tus alimentos, si rehusas el casarte con la mal criada sobrina de tu tia. *(En alta voz.)* Calixto no piensa en casarse por ahora, pues los caballeros de mi casa no acostumbran casarse por interes.

Doña Concha (*aparte*).

Me embarca á Calixto para la Habana, porque no he visto hombre mas testarudo que este cuñado mio. *(De quedo á Calixto.)* Hijo mio! te aseguro mi herencia sin condiciones, con tal que no vayas á la Habana.

Doña Alfonsa.

Despachándose á su gusto, y disponiendo de mi hijo están ambos sin tomar en cuenta para nada á la madre que lo parió. ¿A que la una con su labia, y el otro con sus sentencias, logran, la una que se case con la casquivana de su sobrina, y el otro que se embarque! ¡No lo permita Su Divina Majestad! *(Se acerca presurosa á Calixto, y le dice al oido.)* Hijo, hijo, si no te embarcas para la Habana, ni te estableces en Sevilla, no solo te permitiré que viajes por la tierra firme, sino que te daré el dinero que para ello necesites.

Calixto (*aparte á su Madre*).

Estóy conforme, madre.

Doña Alfonsa (*alto*).

Calixto ni se va á América ni se establece en Sevilla. ¿Conocia yo al hijo que parí?

D. José (*á su mujer*).

Costilla de mi costado, mi hijo no se quedará pegado á tus enaguas como una faldriquera. Irá á Madrid, á cuidar de que las cortes me indemnicen del privilegio que gozaba mi casa, y del que la han desposeido.

DOÑA CONCHA.

Celebro, hermano, que hayas desistido de tu disparatado intento, y mi hermana, de su proyecto cena-á-oscuras, que queria para Calixto la existencia de una ostra.

TIO MATIAS (*á* CALIXTO *á parte*).

¿Lo ve su mercé, señorito? Ha logrado usted de ellos lo que ha querido, y los tiene metidos y agradecidos.

CALIXTO.

Es cierto; pues no me embarco, no me caso, no me establezco por ahora en ninguna parte, y me voy á viajar. Este buen resultado se lo debo al tio Matías.

D. JOSÉ.

¿Al tio Matías, dices?

DOÑA CONCHA.

¿El capataz? ¿Por qué medio? ...

CALIXTO.

Por medio de TRES REGLAS DE SU GRAMATICA PARDA.

D. JOSÉ.

¿Y cuáles son esas reglas que te ha dado el viejo marrullero?

CALIXTO.

Son: VER VENIR, DEJARSE IR, Y TENERSE ALLA.

UNA PAZ HECHA SIN PRELIMINARES, SIN CONFERENCIAS Y SIN NOTAS DIPLOMATICAS.

ESCENA POPULAR ANDALUZA.

El pueblo de Chiclana, distante dos leguas de la ciudad de San Fernando, está separado de ella por las albinas y pantanos que son los naturales baluartes de aquella poblacion.

Aunque pueblo de campo, es grande, y está asentado sobre dos alturas, entre las que pasa el rio Liro [1]) muy progresista en invierno, y muy moderado en verano.

Este pueblo campestre es notable por su buen caserío, labrado en gran parte por los ricos moradores de Cádiz, que en todo tiempo han gustado mucho de desembarcar de su navío de piedra, para buscar la tierra, el campo, la vegetacion, y todas las bellezas de la naturaleza rural; y en ninguna parte por aquellas cercanías han podido satisfacer tan cumplidamente sus deseos, como en el mencionado pueblo. Su campo es hermoso y sobre todo variado. Siguiendo el curso del rio, y paralelamente á la Isla, ó ciudad de S. Fernando, se encuentran las monótonas albinas, y un coto llano y verde que se une á otro llano líquido y azul, el mar. Entre ambos se levanta el castillo que lleva el grave nombre latino de Sancti Petri, el que vió la batalla de la Barrosa á sus espaldas, miéntras á su frente ve tan repetidos naufragios, quedando siempre entre los huesos que aun cubren el suelo, y

---

1) Otros la llaman Arillo; mas el castillo que existió allí tenia por nombre Liro.

los despojos que cubren la playa, sombrío é inerte como un obelisco en un cementerio.

En cambio, los caminos que en las otras direcciones llevan á Medina, Vejer, y Conil, serpentean por terrenos quebrados entre huertas, viñas, sembrados y pinares, todo lindo, todo diverso y perfumado con las enérgicas fragancias del tomillo, del orégano y del delicioso almoraduj, que se cria en aquellos terrenos en gran abundancia.

Merced á ser pueblo de baños, por tener aguas minerales, y serlo tambien de recreo, tiene Chiclana su aire elegante y ataviado. Uno de sus adornos es, no el puente, del que por respeto á sus años y á sus buenos servicios no hablaremos, sino una espaciosa alameda que se extiende á lo largo del rio, detenido en sus límites por un parapeto de cantería.

Como esta alameda está en el sitio mas céntrico, mas pasajero, y mas alegre del pueblo, suélense sentar en los bancos de piedra que se alzan entre uno y otro árbol, los aficionados al *farniente* y á tomar el sol. Estos amigos de Febo tuvieron la peregrina idea de condenar á destierro y muerte á los dos mas bellos árboles de la alameda que se hallaban á la entrada, por haberse hecho culpables de... dar sombra! El siglo de las luces deberia premiar á estos enemigos de la sombra. ¡Oh, astro magno, cirio pascual entre las luminarias de la celeste bóveda! ya que no lo haga el siglo, recompensa tú el apasionado amor de estos tus seides, con las flechas mas agudas y candentes de tu dorado carcaj!

La falange de estos sectarios del *farniente* y del sol, se compone en su mayor parte de viejos, de inválidos, de pordioseros, y de infinitos muchachos de poca edad, de esos que denomina Paul Féval, *intrépidos inconvenientes de los sitios públicos.* Allí, pues, acuden todos, y se ponen á comer piñones, y seria difícil hallar un pueblo en que se haga mas consumo de dicha almendra. Los chicos chillan y bullen; los viejos se sientan y *platican,* ocupacion que aman con extremo, y en que sobresalen los hijos de Vandalia. Allí se habla de todo y se discurre muy bien, y un taquígrafo podria recoger materia para un curioso volúmen, en que no faltarian

anécdotas, sentencias, refranes, dichos agudos, y chistes burlescos, porque la burla es el sempiterno alimento de la conversacion de los andaluces.

En vista de que los taquígrafos están empleados en el salon de las cortes, vamos nosotros á constituirnos en taquígrafos de la alameda del terraplen de Chiclana. Acerquémonos á este comité en que lleva la voz un inválido mendigo que hizo sus hazañas en la guerra de la independencia y relata por milésima vez las mismas batallas, escuchadas siempre con el mismo interes por su auditorio; porque el hombre del pueblo andaluz, en quien rebosa el pensamiento, no es hablador vacío y de profesion; su locuacidad es inteligente y no mecánica, y así sucede que escucha con el mismo interes que habla.

— No fueron Vds., la gente de tropa, los solos en ser *afusilados* por aquellos franceses de Napoleon; dijo otro viejo pequeño y de cara bondosa, al concluir el veterano la relacion de una de las mil catástrofes que herian sin desanimar al heroismo que sostuvo aquella gloriosa guerra; que no faltó un tris á que lo fuésemos yo y mi *compae* Juan. Si no hubiese sido por las Señoras de S... que vivian y aun viven en aquella casa, (y el narrador señaló una de las cinco casas que forman un costado de la gran plazuela en que desemboca el puente) de esa familia que de padres á hijos ha sido siempre tan buena para los pobres como el agua para el trigo: como iba diciendo, si no hubiese sido por sus mercedes, no me hallaria yo á estas horas platicando con los vivos.

— Y ¿cómo fué eso, tio Cayetano? preguntó un mozo cojo, que era de Conil.

— Han de saber Vds., contestó el interrogado, que por aquel entónces teníamos yo y mi compadre unas bestiecillas y nos ejercitábamos en hacer carbon, y venderlo á los franceses. Los asistentes de un *Comendante* que estaba alojado en aquella casa, nos quisieron mercar dos cargas. Nos metimos en trato y nos ajustámos; pero al recibir las cargas, se empestillaron en que no tenian las seis arrobas cabales; se rufianaron, y no quisieron pagar lo ajustado. Pensaban ellos

que acá teníamos las muelas de corcho, pero se engañaron, porque nosotros no nos amilanámos, sino que les dijimos: mau, mau, caballeros, acá seremos tontos hasta donde nos hizo Dios, pero no hasta donde nos quieren hacer los hombres. Nosotros que sí, ellos que no; ellos sin entender el español que hasta los burros entienden, y nosotros sin comprender su jerigonza que el diablo que la entienda, les dije yo que para acabar presto, iria en un brinco por la romana. Caballeros! no bien lo hube dicho cuando se echan sobre mí aquellos sayones gritando como grajos; uno me sacude, otro me empuja, otro me zamarrea: mi compadre que veia *aquesa* barbaridad, les dijo: señores; ¿en qué les ha ofendido mi compadre? su mercé no ha hablado malamente; no ha dicho mas sino que para convencerlos y traerlos á la razon, iba por la romana. Apénas lo hubo dicho, cuando me sueltan á mí y la emprenden con él que daba compasion, pues cada trancazo que le descargaban, valia un duro. A la gritería que se armó se junta gente, acude la guardia, y sale el Comendante al que le cuentan en su algarabia lo que pasa. Vamos, pensámos nosotros, este gobierno le meterá el resuello para dentro al *ipotismo* de esos leones; pero, señores, se nos heló la sangre en las venas, cuando vimos que aquel Fierabras echa mano á la espada y se viene sobre nosotros con los ojos que se le salian del casco, y las narices mas hinchadas que las tiene el mar cuando le duele la barriga. Dios nos la depare buena! le dije á mi compadre; ya nos podemos poner bien con su Divina Majestad, que el fin de fiesta no seremos nosotros los que lo contemos. Nos quieren quitar la vida para no pagar el carbon, me respondió mi compadre; pero podian hacerlo sin tanto *intrépitu* y sin ántes romperle á uno los huesos del cuerpo.

En aquel conflicto cate V. que se presentan las señoras de la casa, que parecian ángeles, para saber por qué se habia armado aquel Tiberio. Señoritas, les grité, nos llaman briganes, y nos quieren matar, porque aferrándose en que el peso del carbon no está cabal, les hemos dicho que iríamos á traer la romana.... A la cárcel, gritó el Comendante, que por lo visto lo que no queria era que se pesase el carbon.

Pero fué el caso, que aquellas señoras se desternillaban de risa, y que habiéndole hablado en su parla, el Comendante se echó á reir tambien, y mandó que se nos pagase, y que se nos dejase ir, lo que hicimos nosotros, y por los aires, y sin volver la cara atras.

— Tio Cayetano, dijo el cojo de Conil, y ¿por qué se pusieron tan embravecidos aquellos franceses?

— Toma! porque siempre estaban de *aquesa* manera.

— Fué, dijo en voz hueca y tono de superioridad el veterano, porque si V. y su compadre al mentar á la romana aludian al peso, ellos creyeron que les amenazaban con el general la Romana, que era un caudillo de los mas sonados, y con razon, porque la hazaña que él hizo, desde el Cid acá no se ha visto otra.

— ¿Y qué fué?

— Los franceses aquellos quisieron tambien meterse en casa del Ruso como lo habian hecho por acá; y para ayudarles en la empresa, se llevaron un ejército español con su general, y su plana mayor, completo de un todo. Este general fué la Romana, el que aunque tamaño como del codo á la mano, era un hombre como son los hombres; un español de antaño, mas valiente que Pizarro, y mas leal que valiente: llegó á saber que se habian llevado al rey de España, y que para rescatarlo y defender su tierra se estaban armando los españoles todos desde los viejos hasta los niños, y entónces se escapó con todo su ejército como si hubiesen tenido alas en lugar de mochilas, y se vino á su tierra para defenderla; y esta hazaña ha de ser sonada miéntras el mundo sea mundo, porque cuidado con escapársele de entre las manos á aquellos cancerberos, y venir á hacerles cara aquí á los franceses aquellos, que les llevaban un palmo á los franceses de hoy!

— ¿Qué está V. diciendo, señor? le interrumpió el de Conil: pues qué, ¿llevaban zancos?

— Calla tú, pata galana, contestó el veterano; lo digo yo, y basta: yo lo digo, yo, que los miré cara á cara ántes que pensaras tú nacer.

— Pues por mas que lo diga V. no creo yo que los padres altos tuvieran todos por un rasero los hijos con un jeme de cuerpo ménos que ellos, ni lo cree nadie, tio Mambrú!

— Los señores me creerán á mí, y no á tí, ¿estás? que habiendo hombres en el mundo ¿quién hace caso de chavales? Y sábete que en diciendo yo una cosa, la firma el rey. Los franceses aquellos que gastaban mas fantasía que pesetas, habian dado en la gracia de burlarse de los andaluces, diciendo que eran fanfarrones, y que todo en ellos era jarabe de pico, mentiras peladas; que lo que sabian era enamorar, y *ajicalarse*, y torear, y otros *despresiones* que le dejaban á uno con la cara llena de frente.. mas acaeció por entónces la batalla de Bailen, en la que el ejército frances entero y verdadero, con sus águilas, sus furgones, sus gorras de pelo, sus generales, y su Dupont, cayó prisionero, por lo que un coplero de los recios sacó una décima que decia asina:

Si con fleco en la montera
Y capote de alamares,
Pensáis que no hay militares
De arrogancia verdadera,
Esta victoria primera
Os demostrará mil veces
Que los que saben corteses
Cortejar y gastar oro,
Mentir y matar toro,
Saben matar los franceses.

— Dios guarde á V., tio Cayetano, y á la compaña, dijo acercándose al grupo un naranjero de Vejer; ¿no puso V. un puesto de carbon?

— Sí, pero lo quité.

— Porque el demonio que hiciera carrera con los marchantes; lo querian bueno, barato, fiado, bien despachado, y con agrado: pero es el caso que de aquesta manera ellos se fueron riendo, y el puesto se quedó *á tí suspiramos los enterrados*.

— Tio Mambrú, dijo el naranjero dirigiéndose al veterano; pues qué ¡no se habia V. muerto!

El veterano mal humorado por la pregunta, contestó con un no enérgico, quintinciada extracto de la negativa.

— Pues si me lo aseguraron!...

El veterano no se dignó responder.

— Señor, si me dijeron de V., como del Mambrú, que lo habian visto enterrar!...

— Dále! si me hubiese muerto no lo negara, castañas!

— Pues si no se ha muerto, se morirá.

— Y tú, ¿te quedarás por acá? dijo con coraje el veterano. Vaya! solo los vejeranos le ganan á brutos á los de Conil!

— Pues mire V., repuso el vejerano, que los chiclaneros pueden echar planta! Que lo diga la duquesa de Medina-Sidonia, y lo que le pasó cuando vino á Chiclana á visitar sus estados!

— Entónces, contó el naranjero, estaba todavía en pié su castillo, que despues han echado abajo, pero no tenia puertas, por lo que en su lugar colgaron una cortina de damasco en la estancia de Su Excelencia. Es de advertir, que como el hueco era muy alto, la cortina no llegaba hasta el suelo. Se juntó el ayuntamiento de la villa para discurrir el modo de hacerle su venera á la señora, y de hacerle un agasajo, y lo que discurrieron fué llevarle un plato de brevas. Así lo hicieron, marchando por delante el alcalde con el plato de brevas, y siguiendo los demas en procesion.

Cuando llegaron y se encontraron con la cortina, se preguntaron unos á otros que cómo se entraba? pero ninguno acertó el modo de hacerlo, hasta que el alcalde, que era el mas listo, se puso á gatas y coló por debajo de la cortina con su plato de brevas en una mano, y gateando con la otra: los demas hicieron lo propio.

Cuando la duquesa vió entrar aquella procesion á gatas se asustó, y luego que se enteró del asunto le dió tal coraje, porque lo tomó á guasa, que cuando le presentaron las brevas las cogió y se las empezó á tirar; el ilustre ayuntamiento echó á correr que volaba; y cuando estuvieron en la calle se decian unos á otros: «Si como han sido brevas hubieran sido chinas, nos achoca la indina!»

— Si como mientes corres, dijo el tio Mambrú, el demonio que te alcance!

— Muchísima verdad que es, opinó el de Conil, que ese lance lo saben hasta las piedras de la calle; desde que principió el relato lo recordé.

— Oye, pata galana, ¿hay en tu pueblo pilon para las bestias?

— En donde hay campanas, hay de todo, tio Mambrú: ¿por qué lo pregunta V.? Tiene V. sed?

— No lo pregunto por eso, dijo el tio Cayetano; sino para recordarte á tí el alcalde de tu pueblo que lo mandó hacer, y no sabiendo el albañil la altura que le habia de dar, se puso el alcalde á gatas y le dijo: «á esta altura; que donde alcanzo yo alcanza un burro.»

— Ya estóy, ya estóy, señor Cayetano, que mas corre un cojo que un sano, contestó el de Conil; en mi resguardo nada se pasa por alto, y mas que sea el tio Mambrú un soldado viejo, ó un jitano.... se entera V.? Por via del judío! y qué sobre sí están los *ataja-primos!*

— Y qué insolentes son los *desechados!*

— Y qué entrometidos los *tardíos!* respondió con coraje el de Conil.

— Señores, paz! que parecen Vds. gallos de reñidero; observó un viejo de Medina que vendia los ricos alfajores que allí se elaboran.

— Tau, tau, callen los zorros, repuso el cojo.

Mas ántes de proseguir y de pintar la esplosion de coraje que (como si estos apodos hubiesen sido las mayores injurias personales) produjeron en aquellos á quienes se aplicaban, referiremos el orígen de cada cual, lo que no deja de ser curioso, y de tener algun interes para los pocos que en nuestro país estudian, y á quienes interesa la índole y el giro de las invenciones burlescas y tradicionales del pueblo de campo.

El de *ataja-primos*, mal nombre que pica de muerte á los chiclaneros, dicen que debe su orígen á dos primos, que estando en la orilla del rio vieron la luna reflejada en él y la quisieron coger; pero como por mas que corrian, el reflejo

quedaba siempre á igual distancia de ellos, y nunca lo podian alcanzar, le dijo el uno al otro: «Dá vuelta, adelántate, y *atájala, primo.*»

El de *tardíos* que incomoda tanto á los de Vejer, proviene de haber querido echar abajo un peñasco que les estorbaba, y que tiene vetas amarillas. Cuéntase que el medio de que se valieron para llevar á cabo tan ardua empresa, fué el tirarle huevos, los que se estrellaron en él como lo atestiguan las vetas amarillas. Habiendo consumido sin obtener resultado el repuesto de huevos que llevaban, enviaron á algunos de entre ellos al pueblo para que les trajesen mas. Tardándose los comisionados y estando ellos tan enfuncionados y tan impacientes por llevar su obra á cabo, se pusieron á darles voces diciendo: «Llegád, *tardíos!*»

En cuanto al de *zorros* que enfurece á los de Medina, refiérese que estando este pueblo en poder de moros y no pudiendo los españoles hacerse dueños de él, discurrieron una treta que fué la de fingirse zorros. Así sucedió que una noche los moros de Medina oyeron con espanto tal concierto de ahullidos de zorros en todas direcciones y un tau, tau, tan estrepitoso y general, que se asustaron y abandonaron el pueblo, de que se posesionaron pacíficamente los fingidos zorros.

Tocante á los *desechados* de Conil, no hemos podido á pesar de nuestras investigaciones hallarle mas etimología, sino el que en siendo de Conil, nadie los quiere ni encuentran cabida.

La contienda se iba acalorando cada vez mas, sin que el tio Cayetano, que tenia buena índole, tomase parte en ella.

— Señor, le dijo el veterano; está V. ahí como el niño de Diego, que nació mudo, sordo y ciego!

— En boca cerrada no entran moscas, contestó el interpelado.

— Pero ¿no lo está V. oyendo? Por via del dios Baco! que tiene V. mas calma que la iglesia mayor.

— Dos buenos callos me han nacido; uno en la boca y otro en los oidos, contestó el tio Cayetano.

— Pues estos deslenguados no tienen ninguno en la boca, ni yo ninguno en los oidos.

— Ni en la lengua, dijo el de Conil; que estóy para mí, que con los franceses aquellos que le llevaban un jeme á los de ahora, no habia V. de gallorear tanto.

— Eso es! contestó furioso el veterano, eso es! tú, *desechado*, cara de sardina frita, como me ves viejo, me insultas, por aquella órden del dia de los cobardes y pillos: á toro muerto, gran lanzada!...

— Cristianos, callar! dijo el tio Cayetano; que duro con duro, no hizo jamas buen muro.

Los intrépidos obstáculos de los sitios públicos, que entre otras buenas cualidades cuentan la de ser curiosos, y de enterarse de lo que no les va ni les viene, habian acudido al oir las voces de los contrincantes, se habian impuesto del orígen de la querella, y cantaban ahora en voz y en grito:

De Medina son los zorros,
de Vejer la pompa vana,
de Conil los desechados,
los borrachos de Chiclana.

— ¿Queréis callar, hato de tunos y pelgares? les gritó el de Conil, levantando con amenaza su muleta.

Canta la rana, canta la rana,
Y no tiene ni pelo ni lana.

Gritaron en coro y en diversas voces á cual mas desentonadas los pilluelos.

Canta la rana, canta la rana,
Y no tiene ni pelo ni lana.

Entre tanto otros chiclaneros se habian unido al tio Mambrú en defensa de su nacionalidad. Los gritos habian llegado del *crescendo* al *fortissimo*. La turba muchachil habia acudido á su económico proyectil, y se apedreaban sin piedad. Los de la contienda, cada vez mas exaltados, se tiraban volantes sacados de un diccionario no académico, y se preparaban con gestos amenazadores á venirse á las manos, cuando de repente y como por magia, sucedió á esta algazara general un absoluto silencio; á este encarnizamiento, el olvido

y la indiferencia mas completa. En un momento los *intrépidos inconvenientes*, en la mas perfecta union, habian despejado el campo, y se les vió, cual salamanquesas, trepados y pegados á las rejas de las primeras casas que pudieron alcanzar. El naranjero corrió hácia una cuadra y desapareció; el cojo pudo alcanzar una berlina sin enganchar que se hallaba al frente, cuya portezuela abrió, subiéndose en ella, y volviendo á cerrarla; la mayor parte, sobre todo los pobres viejos, se subieron sobre el parapeto y saltaron al otro lado, escondiéndose entre las yerbas. La asamblea se deshizo como el humo; el terraplen, poco ántes campo de Agramante, apareció solo, tranquilo, despejado, como una iglesia á media noche.

Este pronto y pacífico desenlace, este súbito cambio en los ánimos, esta paz improvisada, este calmante de las iras, este pacificador por excelencia, este cortador de nudos gordianos era.... un toro de cuerda que se habia presentado repentinamente, desembocando por una de las calles que abren en el terraplen; toro, que despues de haberse parado un momento, y vacilado sobre la direccion que tomaria, se habia decidido por la que conducia al puente, y se acercaba corriendo, seguido de una gran muchedumbre gritadora, silbadora, soez, descompuesta y frenética.

El taquígrafo que se habia ya ausentado desde el fuego graneado de voces indisciplinadas, y observaba desde la orilla opuesta el mágico efecto causado por la presencia de aquel pacificador, deseó de todo corazon que no parase su carrera; y que despues de dar la vuelta de Europa, de Asia, de Africa, de América, con igual feliz resultado, viniese á ser coronado de olivo á reemplazar con ventaja en su altar al becerro de oro.

UN QUID PRO QUO.

No contamos un cuento; referimos un hecho en toda su sencilla verdad, tal cual salió de la boca del editor responsable, que es un boyero. Aquel á quien asuste la fuente, el chorro y el recipiente, esto es, el boyero, su relacion, y el trasladante que va á poner en letra de molde lo que recogió, que no lea, puesto que si supiéramos que íbamos á ser leidos con prevencion, se tornaria la ligera pluma que tenemos en la mano, en un inamovible barron.

Hay en uno de los pueblos de Andalucía, que alza sus blancas casas bajo un cielo que crió Dios solo para cobijar á España, desde Despeñaperros hasta la ciudad que defendió Guzman el Bueno, un convento abandonado como todos, gracias *al progreso de las ruinas*, situado sobre una elevacion del terreno, al fin de una ancha y solitaria calle, á la que dió su nombre San Francisco, es hoy mas propiamente que nunca, la última casa del lugar. Eleva el convento su grandiosa puerta hácia el pueblo, y extiende su huerta en el campo. Hubo en esta huerta muchas palmeras; hay ancianos que las recuerdan; pero solo quedan dos, unidas como hermanas. Hubo en el convento muchos religiosos; pero ya no queda sino uno solo! Las palmas se apoyan una en la otra: el religioso en la caridad de los fieles. Todos los mártes viene á decir una misa en aquella magnífica iglesia abandonada, que ya no tiene campana para llamar á los devotos. ¡No hay voces con que expresar los sentimientos que inspira el ver en este suntuoso templo al venerable anciano ofrecer en silencio y soledad el augusto sacrificio! No puede uno ménos de figurarse que aquel sagrado recinto está lleno de espíritus celes-

tes, entre los cuales solo el sacrificante está visible. La iglesia es de una altura portentosa, y tan apaciblemente alegre, que parece que solo se edificó con el fin de que en ella resonase el sublime himno del *Te-Deum*, y el no ménos sublime cántico del *Gloria.*

El altar mayor, primorosamente esculpido en el género churrigueresco, deslumbra con la multitud de flores, frutas, guirnaldas, y cabezas de ángeles dorados, que ostentan con tal profusion y tal brillo, que prueba que al labrarlo, no entraron en cuenta ni el tiempo ni el gasto. — ¿Para qué sirve el oro hoy en dia? ¿para qué el tiempo? ¿empléase mejor? El que nos afirme que sí, nos consolará de la supresion de los conventos. Miéntras no, lloraremos sobre aquel grandioso coro, aquellas ricas capillas, aquel soberbio tabernáculo, frio y vacío como el corazon del incrédulo. ¡La incredulidad!! Ella es el gran triunfo que logra la materia sobre el espíritu, la tierra sobre el cielo, el ángel apóstata sobre el ángel de luz.

La plazuela que separa el convento de la ancha calle que á él conduce, está cubierta de yerba; allí sueltan los carreteros sus bueyes en horas de descanso. Al entrar en el compas, en lugar de escalones, se sube una pequeña cuesta terraplenada; á los lados sostienen la tierra unos poyos de mampostería; al frente está la puerta de la iglesia; á la derecha una capilla de la Orden de los Terceros; á la izquierda se sigue para buscar la portería.

Lector, si eres afecto á las cosas de nuestra vieja España, acude aquí. Aquí aun está en pié la iglesia; aun vegetan sin cultivo las dos palmas; aun existe un fraile franciscano, que dice misa en la escueta iglesia; aquí aun hay boyeros que refieren sucesos, en los que se aparea lo religioso y lo festivo con esa buena fe y sanidad de corazon del niño que juega con las veneradas canas de su padre, sin creer por eso que le falta al respeto. Pero acude pronto, porque ántes de mucho desaparecerá todo esto, y habremos de llorar sobre ruinas, á las que lo pasado prestará toda su magia, como para vengarlas.

El tercer dia de la semana brillaba puro y alegre, igno-

rando sin duda la calidad de aciago que le prestan los hombres, y muy ajeno de que un refran su enemigo le quiera privar del placer de ser testigo de bodas y embarques. Un mártes, pues, ajeno de toda influencia ó mira hostil, como si fuese un domingo, subia la calle de San Francisco una señora, que es la que nos ha referido lo que vamos á contar. Se dirigia al convento vacío para oir la misa de los mártes, en la que Dios iba á llenar aquel templo abandonado con su Augusto Majestad.

Cuando llegó, aun no habia venido el sacerdote, y la iglesia estaba todavía cerrada. Sentóse en el compas sobre uno de los poyos de mampostería, entre tanto que llegaba el padre. La mañana estaba tan fresca, que hacia dulces los rayos del sol. Al frente de ella veia descollar las palmeras como dos nobles gemelas que llevaban, sin doblarse ni humillarse, su persecucion y abandono. Los bueyes tendidos en la plazuela rumiaban pausadamente, y tan inmóviles, que se posaban los pajarillos en sus astas. Las lagartijas se paseaban por las paredes de que eran dueñas absolutas, en un verjel de alcaparras, de rosadas flores, y de parietarias, mirándolo todo con sus grandes é inteligentes ojos. En esmalte del cielo... (mal decimos: ¿quién hace un esmalte que se parezca á ese cielo?) vagaban blancos y ligeros celajes, como el humo de un puro sacrificio en gloria del Altísimo. Era una mañana en que era dulce el vivir; tanto hacia olvidar la naturaleza los estrechos círculos con que nos agitamos con afan, y en los que el vivir es una fatiga.

Dos boyeros se sentaron en el mismo poyo que la señora. Un andaluz no se corta nunca: el sol puede eclipsarse: la serenidad de un andaluz no se eclipsa en la vida de Dios. El sultan Harun-Alraschid, si hubiese reinado en Andalucía, hubiera podido ahorrarse los disfraces de que usaba para mezclarse entre su pueblo, sin imponerle cortedad. No es debido esto á que menosprecie las superioridades este pueblo, no: es que si bien se quita el sombrero ante una superioridad, no agacha la cabeza. Así fué que aunque esa señora era una de las principales del pueblo, y aunque habia otros

asientos, aquel les pareció el mas bonito. y en aquel se sentaron á *platicar* sin cuidarse de ser oidos.

En los países del Norte la gente del campo es perfectamente buena y perfectamente estúpida: piensa poco y habla ménos; pero en Andalucía el pensamiento vuela, y la palabra le sigue; pueden quedarse estas gentes sin comer y sin dormir dos dias sin mayor molestia; pero callados dos minutos, eso no puede ser. Si no tienen con quien hablar, cantan.

— Hombre, le dijo el uno al otro, no puedo mirar aquella capilla de los Terceros, sin acordarme de mi padre que era hermano, y cuando yo era muchacho me traia aquí todas las noches á rezar el rosario que á la oracion rezaban los hermanos.

— ¡Cristiano! ¡y qué hombre era tu padre! ¡ya no los hay de aquella cantera!

— ¡Qué ha de haber! Los hombres hoy por hoy son un hato de haraganes, sin mas devocion que la de san Rorro, patron de los borrachos. — Decia mi padre (en gloria esté) que desde la guerra de la guillotina del frances se torció el carro. — Pero vamos al caso: me contaba su merced un suceso acaecido en este convento. — Acudia toda la gente de este barrio á los frailes, para que asistiesen á bien morir. — Hoy en dia mas de cuatro se van al otro mundo como perros ó judíos. — Quedábase, pues, todas las noches un padre velando, y listo por si lo requerian, é iba eso por turnos. Una noche que le tocó la vez á un padre muy conocido y bien visto en el pueblo, que se llamaba el padre Mateo, vinieron á llamar tres hombres á la portería, requiriendo á un religioso para que fuese á auxiliar á uno que se estaba muriendo. El portero avisó al padre Mateo, que bajó tan luego. Pero apénas se habia cerrado la puerta del convento, los tres hombres le dijeron que era preciso que á buenas ó á malas se dejase vendar los ojos. Al padre le hizo aquello una gracia como si le sacasen las muelas; pero ¿qué habia de hacer el santo varon sino agachar las orejas? porque aunque era un moceton como un trinquete, que tenia buenos puños para defenderse, aquellos eran tres, era gente del bronce, y venia armada. Ademas, tampoco podia su merced desatender á su

ministerio, y solo Dios sabia cuales eran las intenciones de los que lo llamaban. Así fué que se dejó vendar, y dijo: ¡A Roma por todo!

Nadie puede saber las calles que le hicieron andar: por esta me entro, por estotra me salgo, hasta que llegaron á un casucho, lo subieron por una escalera, lo empujaron en un cuarto y lo encerraron. Quitóse la venda, pero todo estaba oscuro como boca de lobo; oyó entónces un gemido hácia un rincon de la estancia. — ¿Quién se queja? preguntó el padre Mateo. — Señor, yo soy, contestó una voz lastimera de mujer; aquí me tienen esos malvados, que me quieren matar despues que me haya puesto bien con Dios. ¡Esto es una iniquidad! Padre, por María Santísima, por la sangre de Cristo nuestro Señor, por los pechos que lo criaron, padre, sálveme V.!

— Hija, y ¿cómo podré yo salvarte? respondió el padre Mateo. ¿Qué puedo yo, solo, contra tres hombres, armados y sin conciencia?

— En primer lugar desáteme V., dijo acongojada la mujer.

El padre Mateo se puso á tientas, y como Dios le dió á entender, á desatar los nudos de las cuerdas que le ataban á aquella infeliz las manos y los piés: pero estaban apretados, no se veia, y el tiempo volaba como si un toro corriese tras él.

Llamaron á la puerta. — ¿No ha despachado V., padre? preguntó uno de los hombres.

¡Ea! no dar prisa, contestó el padre, que tenia el corazon bien puesto; pero que no acertaba cómo salvar á aquella infeliz que temblaba como una azogada, y lloraba como una fuente. — ¿Qué hacemos? decia el pobre señor condolido y asombrado. Como las mujeres son capaces de discurrir tretas hasta con un pié en el hoyo, discurrió esta esconderse debajo de la capa del padre Mateo, que como ya dije era un hombron que no cabia por esa puerta. — Mal medio es, dijo su merced; pero á no haber otro, preciso es valerse de él, y salga el sol por Antequera!

Púsose cerca de la puerta, llevando á la mujer debajo de

su capa... — ¿Acabó V. Padre? preguntaban los desalmados aquellos. — Acabé, contestó el padre Mateo, al que no llegaba la camisa al cuerpo. — Señor, no me desampare Vd., gemia la mujer, mas muerta que viva. — Calla! Encomiéndate al Señor de los Desamparados, y sea lo que Dios quiera! contestaba este. — A vendarse, y ligero! dijeron los hombres, volviendo á cubrirle los ojos; y cerrando la puerta con llave, bajaron los tres custodiando al padre, no fuese que intentase quitarse la venda y conocer el paraje en que se hallaban.

Despues de dar las mismas vueltas y revueltas, se hallaron en la calle de San Francisco; entónces los tres á la vez echaron á correr, y desaparecieron como por ensalmo. Apénas se hubieron ido, cuando le dijo el padre Mateo á la mujer: — Ea, ahora, hija mia, pon los piés en polvorosa, y ve dónde te escondes, que yo no puedo llevarte al convento. No me des las gracias, sino á Dios que te ha librado; no te detengas, que aquellos forajidos conforme se hallen que voló el pájaro, van á venir á alcanzarme. Dicho esto, ella echó á correr, y el padre en tres zancadas se plantificó en su convento. Conforme entró, se fué á la celda del padre guardian y le contó cuanto le habia pasado, añadiendo que aquella gente de cierto vendria al convento á preguntar por él.

No bien lo hubo dicho, cuando se oyó llamar á la puerta del convento. El guardian fué el que bajó y se presentó. — ¿Qué se ofrece, caballeros? preguntó. — Acá venimos, contestaron, en busca del padre Mateo, que estaba ahora poco confesando á una mujer. — No hay tal: el padre Mateo no ha confesado esta noche á ninguna mujer. — ¿Que no? ¡pues si se la ha traido aquí por mas señas! — ¿Qué estáis diciendo, deslenguados? ¡Una mujer al convento! ¿cómo se entiende quitar de esa manera la estimacion al padre Mateo é infamar al convento? — No, no señor, no lo decimos con esa intencion, sino que... — ¿Sino qué? preguntó cada vez mas enojado el guardian. ¿Qué motivo honrado puede acaso haber para traer de noche una mujer al convento?

Los hombres se miraron unos á otros.

— Bien te dije yo, murmuró el uno, que esto no era cosa natural, sino milagrosa. — Sí, sí, dijo otro: esto es obra

de Dios, ó del diablo. — Del diablo no, porque no se mete á impedir lo que le tiene cuenta.

— Id con Dios, mal hablados, dijo en voz campanuda el guardian, y guardáos de acercaros á los conventos con malos fines, ni tender lazos, ni levantar calumnias á sus pacíficos moradores, que como el padre Mateo descansan tranquilamente en su celda; que nuestro Santo Patrono vela sobre nosotros.

— No te quede duda, dijo el mas sobrecogido de los tres: ha sido el mismo San Francisco que ha venido con nosotros para salvar con un milagro á aquella mujer.

— Padre Mateo, dijo el guardian cuando se hubieron ido; se han sobrecogido mucho, y os han tomado por San Francisco. Mas vale así, pues son gentes temibles y están furiosos.

— Mucho me honran, contestó el padre Mateo; pero déme vuestra Paternidad permiso para marcharme esta madrugada á un puerto de mar, y de allí en el primer barco que salga á las Indias, no sea que lo piensen mejor, y me cuelguen á mí el milagro de San Francisco.

FLORES HUMILDES

DE RELIGIOSA POESIA, Y ETIMOLOGIAS DE DICHOS Y EXPRESIONES GENERALIZADAS.

Si existe alguien que haya leido todo lo que hemos escrito, lo que no es probable, pero tampoco es imposible, habrá notado que es nuestro anhelo, nuestro afan, y nuestra especialidad, el buscar orígenes y causas á las cosas, sacar consecuencias y conjeturas, y escrudiñar el *porqué* de aquellas mismas. En este ramo *tememos* mucho el llegar á ser una *notabilidad.*

Este nuestro sistema es el que se practica hoy dia para escribir la historia; nosotros claro es que no nos metemos en cosas tan graves ni en tales honduras, y que con el indicado moderno sistema solo tratamos de asuntos de *academias abajo*, sacando nuestras noticias de tradiciones, romances, consejas y creencias populares. Todo el mundo ha manoseado estos datos que nos es tan grato poner en relieve, sin darles valor cual lo hacian los Indios con el oro ántes que los conquistadores lo valorasen, como lo harán las futuras generaciones cuando lloren estas cosas perdidas. Nosotros tenemos el placer de haber explotado con fruto estas ricas minas; así es que hemos averiguado que el álamo blanco fué el primer árbol que hizo el Creador, que por consiguiente es el mas viejo, y que por eso está como el Adan vegetal: igualmente hemos sabido que la serpiente andaba derecha, erguida y orgullosa con su triunfo en el paraíso, pero que habiendo la Sacra Familia en su huida á Egipto encontrado á una entre unas breñas, le quiso morder al niño Dios, y que San José, indignado, la dijo para pararla «cae, soberbia, y no te vuel-

vas á levantar» y que desde entónces se arrastra. Sabemos tambien que los sapos y culebras existen con solo el fin de absorber en sí los venenos de la tierra.

Sabemos que los árboles que están todo el año verdes, disfrutan de este privilegio de vida y hermosura por haber sido aquellos á cuya sombra descansó la Vírgen Madre con su hijo Dios en su huida á Egipto; que goza su perfume el romero y que florece todos los viérnes, dia de la Pasion de nuestro Salvador, porque en sus ramas tendia la Vírgen las ropitas del Niño, y que por eso tambien tiene el privilegio de atraer paz y ventura á las casas que en la noche buena se sahuman con él; que todo el mundo simpatiza, ama, y aun respeta á las golondrinas, porque compadecidas y caritativas, arrancaron las espinas de la corona que heria las sienes del divino Mártir; que el mochuelo, que presenció la cruel crucificacion del Dios-hombre, no hace desde entónces, aterrado y triste, sino repetir con doliente voz: Cruz! Cruz!; que la rosa de Jericó, que era blanca, debe su color purpurino á una gota de sangre del herido Salvador que cayó en su cáliz; que en el monte Calvario y la calle de la amargura se secaron y murieron las suaves plantas y las frescas yerbas, despues que pasó por ellas el Señor con la Cruz en los hombros, cubriéndose aquellos sitios de abulagas [1]; que el rayo pierde su fuerza en todo el ámbito en que alcanza la voz de la oracion, que el dia de la Ascension, al tiempo de alzar, en la misa mayor, las hojas de los árboles se inclinan unas á otras formando cruces por devocion y reverencia. Sabemos que los niños recien nacidos, y así puros é inocentes, que aun no tienen pensamientos ni ideas, cuando sonríen en sueños ó despiertos, es á ángeles visibles solo á ellos; que cuando los oidos zumban, es el ruido que produce al caer, una hoja del árbol de la vida; que cuando varias personas reunidas callan, no es, porque vaya el coche sobre arena como dicen las personas cultas, sino porque ha pasado sobre ellas un ángel, infundiendo al aire que mueven sus alas, el silencio del respeto á sus almas, sin que defina la causa su comprension.

---

1) Especie de abrojos.

Sabemos tambien que la tarántula era una mujer tan casquivana y tan desatinada por el baile, que en una ocasion en que estaba bailando, pasó S. D. M. y que no por eso cesó de bailar, sino que prosiguió con espantosa irreverencia; por lo que el Señor la castigó convirtiéndola en araña, con una guitarra señalada en la espalda, teniendo su mordedura el efecto de hacer bailar á los que son mordidos por ella, hasta que desfallecidos y exaustos caen en el lecho postrados. En fin, sabemos muchas otras cosas que hemos trascrito ya, y otras que trascribiremos, pues todo se andará si la soga no se rompe.

Pero entre estas cosas hay una que vamos á consignar ahora de miedo de morirnos del cólera, y que baje al sepulcro con nosotros, pues ya no existe apénas, y con ella desaparecerá su recuerdo.

Cuando la fe llenaba los corazones hasta hacerlos rebosar, eran traidas á miles las ofrendas y los ex-votos al templo del Señor; hoy dia que somos ilustrados, empléanse de otro modo el oro, las cosas selectas, y las artes; pues como dice el poeta, [1])

En el siglo diez y nueve
Nadie á tener fe se atreve,
Y no hay quien en milagros crea.

Bien está...nos equivocamos, mal está.

Los primeros huevos de avestruz, que en sus viajes por Africa pudieron haber los españoles, fueron deposidados como una maravilla, sea como ex-votos, sea como ofrendas en las iglesias, en las que sujetos con lazos de vistosas cintas pendian ante los altares como adornos de gran valor. Aun se ven en pueblos humildes, ante un modesto altar, algunos de esos enormes huevos que parecen melones de porcelana con sus ajados y descoloridos moños. ¿Quién los trajo? ¿dónde se los halló? ¿quién los colgó en aquel lugar? Al mirarlos asaltan la mente estas preguntas, que lanzan al sentir y á la imaginacion en el vasto campo de conjeturas inaveriguables, pero todas dulces, santas, y románticas.

---

1) D. Vicente Barrantes.

El pueblo español, que tiene *una imaginacion que siente*, no pudo ver el objeto material sin adherirle una idea, y le hizo un símbolo con su ferviente corazon. La idea adaptada á los huevos de avestruz colgados ante los altares, es la siguiente, que sábiamente calificarán los santones de la *despreocupacion*, de fanática ó supersticiosa, *ad libitum*, y que entregamos á los misioneros protestantes que nos favorecen con su propaganda, como mortífera arma contra los ignorantes y malvados *Papistas.*

Diz que el ave que pone esos huevos que parecen de mármol, no los puede sacar porque no le es posible cubrirlos, ni su calor basta á traspasar la dura concha; pero tiene este pájaro tal fuego en su mirada, encendida por la ansia de sacar á sus hijos, que fijando la vista sobre los huevos de continuo y sin distraerse, con esa ansia, ese amor, y esa consagracion, penetra el cascaron y saca á sus hijuelos. Así es que penden estos huevos ante los altares en que se celebra el santo sacrificio de la misa para enseñarnos que miremos al altar con el mismo amor, con la misma exclusiva atencion y sin que nada nos distraiga. ¡Oh poetas! si queréis mover el corazon, como es vuestra mision, aprendéd algo ménos en las aulas, y algo mas del pueblo que sencillamente cree y siente!..

Referiremos ahora algunas etimologías de dichos y refranes que se han hecho sumamente conocidos, sin haber necesitado producir su procedencia. La primera será la del conocido dicho: *ahí me las den todas.* Habia una vez un tramposo que á todo el mundo debia y no pagaba á nadie. Uno de sus acreedores se fué á quejar al juez, el que mandó al deudor un alguacil con la intimacion de que pagase al punto. El alguacil era muy grave, y por respuesta á la intimacion recibió una bofetada. Volvióse al juzgado y le dijo al juez: Señor, cuando voy á notificar algo de parte de V. S. ¿á quién represento? — A mí, contestó el juez. — Pues señor, prosiguió el aguacil señalando su carrillo, á esta cara de V. S. han dado una bofetada. — Ahí me las den todas, repuso el juez.

Esta es la del otro dicho: *quien no te conozca, te compre.*

Tres estudiantes pobres llegaron á un pueblo en el que habia feria. — ¿Cómo haríamos para divertirnos? dijo el uno

al pasar por una huerta en la que estaba un borrico sacando agua de la noria. — Ya di con el medio, contestó otro de los tres: ponédme á la noria, y lleváos el borrico, que venderéis en seguida en el rastro. Como fué dicho fué hecho. Despues que se hubieron alejado sus compañeros con el borrico, se paró el que habia quedado en su lugar... ¡Arre! gritó el hortelano que trabajaba á alguna distancia. El borrico improvisado no se movió ni sonó la esquila. El hortelano subió á la noria, y cuál seria su sorpresa al hallarse su borrico convertido en estudiante. — ¿Qué es esto? esclamó. — Mi amo, dijo el estudiante, unas pícaras brujas me convirtieron en borrico, pero ya cumplí el tiempo de mi encantamiento, y he vuelto á mi primitivo ser. El pobre hortelano se desesperó; pero ¿qué habia de hacer? le quitó los arreos, y le dijo que se fuese con Dios. En seguida tomó tristemente el camino de la feria para comprar otro burro. El primero que le presentaron unos gitanos que lo habian adquirido, fué su propio borrico: apénas lo vió, cuando echó á correr exclamando: *quien no te conozca, te compre.*

Otro dicho es, *yo te conocí ciruelo.*

En un pueblo quisieron tener una efigie de San Pedro, y para el efecto le compraron á un hortelano un ciruelo. Cuando estuvo concluida la efigie y puesta en su lugar, fué el hortelano á verla, y notando lo pintado y dorado de su ropaje le dijo:

Gloriosísimo San Pedro,
yo te conocí ciruelo,
y de tu fruta comí;
los milagros que tú hagas
que me los cuelguen á mí.

Dícese á menudo: *ya sacó raja.* Deriva este dicho de que en Estremadura están divididos los montes de encinares en *rajas;* así denominan cierta extension que puede cebar con la bellota un determinado número de cerdos. Estas *rajas* cuando son de montes de los propios del pueblo, se reparten por un estipendio muy corto á los vecinos pobres, que como es de suponer, ansian por obtenerlas; pero como es muy difícil conseguirlas, por distribuirlas los ayuntamientos generalmente

entre sus paniaguados y protegidos, se dice de aquel que por su habilidad, intrigas, osadía, ó buena suerte, logra una ventaja difícil de obtener y que depende de otro: *ese sacó raja.*

El *que tiene capa, escapa,* proviene de cuando se hundió el puente nuevo en el Puerto de Santa María por la gran cantidad de gente que se aglomeró sobre él. El capitan general O'Rely, habia prohibido para evitar desórdenes y robos, que se dejase pasar á los que llevasen capa, por lo cual ninguno con capa cayó al rio.

Es muy usual el ponderar la pobreza de un individuo, diciendo que está á la *cuarta pregunta.* Derívase esta asercion de que en los interrogatorios para justificaciones de testigos sobre varios objetos, y entre ellos el de acreditar pobreza, se acostumbra comprehender este extremo en la *cuarta pregunta,* en los términos siguientes:

Cuarta: ¿si sabe el testigo y le consta que la parte que lo representa es pobre, sin poseer bienes raíces ni rentas, por manera que cifra su subsistencia absolutamente en el producto de su personal trabajo?

CUENTOS POPULARES.

TIO CURRO EL DE LA PORRA.

FERNAN.

Tia Sebastiana, aquí vengo con la decidida intencion de que me cuente V. un cuento.

TIA SEBASTIANA.

Señor, eso dígaselo V. á mi Juan que sabe á mantas, y si no los recuerda los saca de su metro, porque sabe mucho: no parece sino que ha estudiado en la *Peña Carmesí.*

FERNAN.

¿En la *Peña Carmesí*? ¿Que es la *Peña Carmesí*, tia Sebastiana?

TIA SEBASTIANA.

¿No sabe su merced eso? La *Peña Carmesí* es en la que estudió con el diablo el marques de Villena.

FERNAN.

¡Oiga!

TIA SEBASTIANA.

Pues sí señor. Cada dia levantaba el diablo un tablon y aparecia el texto escrito en la *Peña Carmesí;* y de esta manera tanto aprendió el marques que llegó á saber mas que su maestro; encelado entónces el diablo dejó caer el tablon sobre el marques para que lo matase: pero este que se habia olido la quema, se desvió á tiempo, de manera que el tablon no cogió mas que su sombra, por lo cual el marques se quedó sin sombra.

FERNAN.

No es la primera vez que llega á mí noticia que los hombres que dan su alma al diablo se quedan sin sombra; esto mismo se dice en Alemania y en Francia, y un autor de gran nombradía ha escrito sobre este asunto una novela.[1]) Pero ahí está el tio Romance, el que si quiere un cigarro y desea complacerme me contará el cuento que Vd. en su nombre me ha prometido.

TIO ROMANCE.

¿Pues qué, señor, estamos en algun velatorio?

FERNAN.

¿Vd. me cuenta un cuento, ó me voy?

TIO ROMANCE.

Señor: ¿y vá á ser *imprentado*?

FERNAN.

¿Y á V. qué le importa?

TIO ROMANCE.

Entónces era preciso que el que lo contase tuviese sal; y á mí era menester meterme en una salina.

FERNAN.

Con Dios, tio Romance.

TIO ROMANCE.

Jesus, señor, no sea su mercé tan *súbito*, que en diciendo melon, la tajada en la boca; ya voy, ya voy! Y ya que quiere usted un despilfarro, allá va este.

Pues señor, ha de saber Vd. que habia una vez un hombre que vivia alegremente sin pensar en el dia mañana, y como el *gastar, deber y no pagar, es el camino del hospital,* en breve se quedó nuestro hombre sin su hacienda, y sin tener

---

1) Peter Schlemihl, por Cárlos Nodier, ¿Quién y cómo, trajo y llevó estas canciones populares del Norte al Sud, del Sud al Norte?

mas que treinta dias al mes, ni qué comer mas que las uñas. Por lo tanto se fué poniendo con los ánimos tan caidos, que cuando no traia para su casa, la mujer le pegaba y los chiquillos decian denuestos, hasta que se aburrió, le pidió un cordel emprestado á su compadre, y se fué al campo á ahorcarse; ató el cordel á un olivo, y cuando se lo iba á echar al pescuezo se le apareció un duendecito vestido de fraile que le dijo: — Hombre, ¿qué vas á hacer? — A ahorcarme; ¿no lo está viendo su mercé? — Con que tú, Cristiano, vas á hacer lo que hizo Júdas? quita allá, que eso no está bien. Toma esta bolsa que nunca se ve vacía, y remédiate.

Nuestro hombre tomó la bolsa y sacó un duro y otro y otro, y vió que era la bolsa como la boca de las mujeres, que echan palabras y mas palabras y no se agotan estas en la vida de Dios. Visto lo cual desató y lió el cordel y tomó la vereda para su casa. En el camino habia una venta en la que se entró y empezó á pedir de comer y de beber de cuanto habia, pagando sobre la marcha, porque visto su pergenio, el ventero no le queria fiar tan gran consumo: y tanto comió y tanto bebió, que se cayó borracho debajo de la mesa y se quedó mas dormido que los muertos en campo santo.

El ventero que se habia enterado de que la bolsa de la que sacaba los dineros nunca se veia vacía, le dijo á su mujer que hiciese otra semejante, le sacó la suya al tio Curro y le puso la que su mujer habia hecho en el bolsillo.

Cuando despertó el tio Curro, se puso en camino y llegó á su casa mas alegre que un dia de sol.

Alegráos! le gritó á la mujer y á los hijos. Aquí hay dinero largo: se acabaron las miserias.

Metió la mano en su bolsa y la sacó vacía; la volvió á meter, pero ¿qué habia de sacar? Al ver esto fué tal el coraje de la mujer, que le pegó una templa que lo puso como nuevo.

Mas desesperado que nunca cogió el cordel y se fué á ahorcar. Llegó al propio sitio de la otra vez y ató el cordel á la rama del olivo. ¿Qué vas á hacer, Cristiano? le dijo la voz del duendecito que se le apareció caballero sobre la cruz del olivo. — A colgarme aquí como ristra de ajos en

techo de cocina, contestó muy en sí el tio Curro. — ¿Con que te ha vuelto á faltar otra vez la paciencia? — Señor, si no tengo que comer! — Tu culpa es, tu culpa, pero.... adelante. Toma este mantel que con él nunca te ha de faltar que comer. Dióle el duende un mantel y desapareció por entre las ramas.

Extendió el tio Curro el mantel en el suelo, y no bien estuvo extendido cuando se cubrió de manjares que eran uno rico y otros mas, que ni que los hubiese guisado el cocinero del rey.

El tio Curro despues de darse un hartagon de los de no puedo mas, dobló su mantel y se fué á su casa.

En la venta le entró sueño y se acostó á dormir. El ventero que lo reconoció, se sospechó desde luego que algo bueno traeria; y birlándole el mantel con el salero del mundo le puso otro en su lugar.

Cuando llegó á su casa les gritó á la mujer y á los hijos: vamos, vamos á comer, y esta vez por mí la cuenta que os habéis de hartar. En seguida desdobló el mantel, que en lugar de manjares se vió cubierto de lamparones de todos tamaños y de todas colores.

Ahí fué ella!! madre é hijos le cayeron encima y lo dejaron para las andas de la caridad.

El tio Curro cogió el cordel y se fué á ahorcar.

El, que se habia de ahorcar, y el frailecito que no, le dió este una porrita, asegurándole que con ella, todo el mundo le dejaria el alma quieta, y que no tenia mas que decirle: *porrita descomponte* para que todos echasen á correr y lo dejasen en paz, y á sus anchas.

Cogió nuestro hombre el camino de su casa con su porra, mas en sí que un alcalde con su vara, y apénas vió venir hácia él á los chiquillos pidiéndole pan con vituperios y denuestos, tal como lo veian hacer á su madre, cuando le dijo á su porra: *porrita, descomponte.* No bien lo hubo dicho, cuando empezó la porrita á sacudir trancazos á los muchachos, que me los destemporizó. Acudió la mujer en socorro de los hijos; *á ella, porrita,* dijo el tio Curro, *á ella y con coraje,* y tal felpa le dió la porrita que la mató.

Avisaron á la justicia y se presentó el alcalde con sus alguaciles. *Porrita, descomponte*, dijo el tio Curro conforme los vió, y la porrita empezó á sacudirles tales cachiporrazos que cada uno valia un duro: de forma que mató al alcalde, y los alguaciles apretaron á correr que suela no les quedó bajo los piés.

Mandóse un propio al rey avisándole lo que pasaba, y el rey mandó un regimiento de granaderos para prender al tio Curro el de la porra. No bien este lo vió venir, cuando dijo: *porrita, descomponte*, y la tiró en medio de las filas. Empezó esta su baile sobre las costillas de los granaderos, que habia un ruido como en un batan: á aquel dejó cojo; á aquel manco; al comandante le saltó un ojo; para acabar pronto, los granaderos todos tiraron los fusiles y las mochilas, y echaron á correr que no veian la vereda, creyendo que el demonio andaba suelto.

Libre de cuidado el tio Curro se echó á dormir, guardándose su porrita en el pecho para que no se la robaran.

Cuando se despertó se halló pierni y maniatado y que se lo llevaban á la cárcel, donde le fué leida su sentencia que era de muerte en garrote vil.

A la mañana siguiente lo sacaron del calabozo, y estando ya subido en el cadalso le desataron las manos; sacó entónces su porrita y le dijo: *porrita, descomponte*, y se la tiró al verdugo que quedó muerto á cachiporrazos. Que suelten á ese hombre, dijo el rey, porque si no, va á acabar con todos mis vasallos; decídle, que le doy un estado en América con tal que se largue. Así sucedió; le dió S. M. un estado en la isla de Cuba, donde labró una ciudad, y en esta hizo el tio Curro tantas muertes con su porrita que le quedó por nombre *Matanzas*.

LA OREJA DE LUCIFER.

FERNAN.

Vamos, tio Romance, cuénteme V. un cuento.

TIO ROMANCE.

— Qué, señor D. Fernan, si los que yo sé no son mas que mormajos.

FERNAN.

— No le hace: sepa V. que á muchos les gustan los cuentos andaluces, y me dicen que se los escriba.

TIO ROMANCE.

— ¿Y qué, lo que le cuento á su mercé va á ser *imprentado?* ¡Ah qué gracia! Vea V.; yo que pensaba que aquellas gentes tan *estirazadas*, que todas van á escuela de principios, no les habia de gustar mas que la *latinidad.* Pero anda con Dios, yo he de hacer lo que su mercé me mande, que el que te favorece te ayuda á vivir, y es deuda agradecer; que el que no es agradecido no es bien nacido. Yo iré relatando, su mercé irá apuntando y le quitará á la relacion mia los *escuajos* y barbaridades que diga yo, la pondrá repulida como cosa de imprenta, y podrá su mercé escribir á aquellos usías: «Entre mi oficial y yo hicimos este retablo; si está bueno lo hice yo, y mi oficial si está malo.» ¿Quiere su mercé un cuento de encantamiento?

FERNAN.

— El primero que se le venga á las mientes; y si V. lo inventa, mejor.

TIO ROMANCE.

— Qué, señor, yo no sé inventar! eso de inventar son rayos que se vienen al sentido, y yo tengo el sentido tupido, señor D. Fernan; así, le contaré un cuento que sé desde que me salieron los dientes, y ya se me han caido, con que vea su mercé la fecha que trae.

FERNAN.

Mejor: los cuentos son como el vino, miéntras mas viejos mas valen.

TIO ROMANCE.

— Pues señor, habia una vez un mercader muy rico que tenia un hijo que era un sol. Lo crió como si fuese hijo de un rey; le enseñó de todo como si se fuese á ordenar, y los ejercicios de caballero en que salió muy amaestrado. Habíase hecho un mozo muy bien plantado, muy jaque, muy bien empatillado, y guapo como no otro.

Un dia le dijo á su padre que aquel lugar le venia angosto, que no se hallaba, y que queria irse.

— ¿Y dónde quieres ir? le preguntó su padre.

— A ver mundo, contestó el hijo.

— Estás como el cigarron, dijo el mercader, que salta y no sabe dónde. ¿Cómo has de irte por esos mundos sin *conocencias?*

— Padre, quien tiene arte va por todas partes, respondió el hijo; y como el padre habia dejado criar muchas alas al pollo para poder retenerlo, cogió este sus armas, un caballo de los de punta, y echó á andar por esos mundos.

Al cabo de tres dias que anduvo por breñales y matuleras, se halló con un hombre que llevaba á cuestas una carga de tarama, como dos veces la que puede cargar una carreta, como que pesaba ciento cincuenta arrobas.

— Hombre, le dijo el caballero, cargas mas que un mulo matriz; ¿cómo te llamas?

— Me llamo Carguin Cargon, hijo del buen cargador, respondió el hombre.

— ¿Te quieres venir conmigo?

— Así fuera su mercé para llevarme como yo para irme, respondió Carguin.

Se apellaron, pues, y siguieron su camino.

Al cabo de una hora hallaron á un hombre que estaba soplando á dos carrillos, echando mas aire que los fuelles de la fragua de *Bucano*, que dicen fué un herrero gigante de los sonados.

— ¿Qué haces ahí? le preguntó el caballero.

— Calle su mercé, contestó el hombre, que no puedo dejar de soplar, porque estóy haciendo moler con mi soplo cuarenta y cinco molinos.

— ¿Y cómo te llamas?

— Soplin Soplon, hijo del buen soplador, contestó el hombre.

— ¿Te quieres venir conmigo?

— Sí que me voy, respondió Soplin, que estóy harto de soplar cuantos dias echa Dios al mundo.

Mas allá se toparon con un hombre que estaba en acecho.

— ¿Qué haces ahí? le preguntó el caballero.

— Aquí estóy en acecho, á ver cuando oigo salir del mar una bandada de mosquitos.

— Hombre! si el mar está á cien leguas.

— Y qué, si los oigo!

— ¿Y cómo te llamas?

— Oidin Oidon, hijo del buen oidor.

— ¿Te quieres venir conmigo?

— Sí que me voy, que me ha hecho su mercé gracia; ya avisarán los mosquitos su llegada.

Echaron, pues, los cuatro á andar en amor y compañía, y llegaron á la vista de un castillo tan mustio, solitario y encapotado, que mas que vivienda de vivos, parecia sepultura de difuntos.

Conforme se acercaban se iba ahogando el cielo, de manera que cuando llegaron, estalló una tormenta de truenos y relámpagos, con unos aguaceros, que cada gota de lluvia parecia en el tamaño y en el sonsonete un cascabel.

— Pierda su mercé cuidado, mi amo, dijo Soplin, que ahora verá donde va la tormenta; y poniéndose en seguida á soplar, echaron á correr las nubes, los truenos y los relámpagos por esos cielos tan desatinadamente, que al verlos se quedó bizco el sol, y la luna con la boca abierta.

Mas no fué esto lo peor, sino que cuando llegaron al castillo se hallaron que no tenia puerta, ni entrada, ni postigo, pero ni señal.

— Bien le dije á su mercé, dijo Oidin que llevaba mas miedo que vergüenza, que ese castillo mal encarado, era solo para nido de urracas y aposentadero de mochuelos.

— Pero yo estóy fatigado y quiero descansar, le respondió el caballero.

— Pierda su mercé cuidado, dijo Carguin, que trajo en seguida un peñasco que arrimó al muro del castillo, y entraron por una ventana.

En las salas aquellas se hallaron unas mesas puestas con unos manjares de los famosos, sus licores, sus alcarrazas de agua, sus aceitunas, y un pan como unas hostias.

Despues que se hartaron de comer hasta que no pudieron mas, quiso el caballero registrar el castillo.

— Señor, dijo Oidin, para meterse en casas ajenas es necesario tener conocencia para que no digan: ¿dónde va este bolo?

— Qué! dijo Carguin, acá no llevamos malos fines; y al que anda derecho, ¿quién le hecha el arado atras?

— Vámonos de aquí, mi amo, dijo Oidin, á quien no se le pegaba la camisa al cuerpo; este castillo no está en gracia de Dios, y mire su mercé que debajo de tierra oigo ruidos que suenan como lamentos.

Pero el caballero no atendió á Oidin, sino que echó á andar, seguido de sus criados, y se metieron por aquellos aposentos, corredores y pasadizos, que estaban todos mas intrincados que si los hubiese labrado un escribano, hasta que por fin vinieron á dar en un patio como una plaza de toros. Apénas entraron, cuando les salió al encuentro una serpiente de siete cabezas á cual mas fiera, con siete lenguas que parecian lanzas, y catorce ojos que parecian dardos. Carguin, Soplin y Oidin, mas asombrados que rata que sale de vallado, echaron á correr que se desuñaban; pero el caballero, que era valiente como un Cid, y esforzado como un Bernardo, sacó su espada, y con cuatro tajos y cuatro reveses, le cortó á la serpiente sus siete cabezas en un decir tilin; la mayor de las siete, despues de mirar al caballero con sus fieros ojos que echaban fuego y sangre, saltó en medio del patio, en el que se abrió un hoyo por donde coló.

Volvieron entónces á las voces del caballero los tres que habian huido, y se quedaron asombrados de la guapeza de su amo.

— Sabéd, les dijo este mirando el agujero por el que habia colado la cabeza de la serpiente, al que no se le veia el fin, sabéd que ahora vamos al campo por hojas de palma y esparto, para hacer un hicar tan largo que alcance al fondo de este pozo.

Así sucedió, y estuvieron los cuatro, cuatro años haciendo soga. Al cabo de este tiempo, alcanzó por fin á dar en lo firme, y su amo le dijo á Oidin que se descolgase por la soga, para que viese lo que habia allá abajo y se lo viniese á relatar. Pero Oidin se plantó sobre sus sostenes como palma barranquera que nada menea, y le dijo que solo hecho pedazos bajaria.

El caballero le dijo entónces á Soplin que bajase; este se ató la soga al cuerpo, y empezó á descender de noche y de dia hasta que llegó abajo. Allí se encontró con un palacio de los mas famosos, y en una cama recostada á la princesa de Nápoles, llorando por su cara abajo cada lagrimon como un garbanzo; esta le contó que Lucifer se habia enamorado de ella, y la tenia allí presa y encantada hasta que se presentase alguno que la quisiese salvar, para lo cual tendria que batirse con él y vencerlo. Pues ya se halló el que va á acometer la empresa, dijo Soplin tomando resuello, y no bien lo hubo hecho, cuando se apareció Lucifer en propia persona. Al verlo fué tal el espanto de Soplin, que echó á huir y se encaramó sobre una puerta. Lucifer con su gran rabo le dió á la puerta un rabizazo que la desgoznó y cayó al suelo con Soplin, á quien quebró una pierna.

Dejemos á Soplin con esta hiel, y vamos al caballero, que viendo que no volvia á aparecer, le preguntó á Oidin lo que sucedia allá en las entrañas de la tierra, y Oidin se lo dijo todo, y como estaba oyendo á Soplin que se quejaba de una pierna que tenia rota. Envió entónces el caballero á Carguin, que le aseguró que cargaria con Lucifer, y se lo traeria aunque pesase mas que todo el plomo de la Sierra Almagrera; pero punto por punto le sucedió á Carguin lo que á Soplin, solo que al caer fué un brazo lo que se rompió.

— Allá voy yo, dijo el caballero cuando Oidin le relató lo que oia; y al llegar al palacio y al ver á la princesa de Nápoles, quedó tan enamorado de su gran belleza, que se preparó con redoblados brios al combate con Lucifer.

Cristianos! combate como sostuvieron el buen caballero y el maldecido de Lucifer, no se ha visto por el mundo; ¡ya! ¡cómo se habia de ver, si para combatir por acá arriba no viene nunca ese condenado á cara descubierta sino disfrazado en vicios! Mas el caballero se persignó, y como todo el que á Dios se encomienda vence á Lucifer, pudo mas el caballero, y le cortó una oreja.

¡Cómo se quedaria Lucifer al ver su oreja en manos de un cristiano! déjolo á la consideracion del que me escuche. Los bramidos que daba hacian pegar á Oidin cada repullo y dar cada salto, que parecia picado de tarántula.

— Dáme mi oreja! gritaba Lucifer con una voz que parecia una bocina.

— Si la quieres, le dijo el caballero, ha de ser dándome por ella un buen rescate, como poderoso que eres, compadre Lucifer; que ganada la tengo en buen combate, como leal, y así pongo tres condiciones que has de cumplir.

— Atrevido, insolente, envalentonado, dijo Lucifer.

— Sí, echa quinas por esa boca, respondió el caballero; pero te advierto que voy á meter tu oreja en salmuera y á enseñarla por dinero.

Lucifer pataleaba; ¿pues qué quieres, mal nacido, mal criado y mal medrado? le dijo.

— Que pongas á esa noble princesa en su reino y en su palacio sobre la marcha; respondió el caballero.

Lucifer no tuvo mas que apencar, puso á la princesa en su real palacio, y en seguida dijo al caballero:

— Dáme mi oreja.

— Ahora, respondió este, es preciso que me traspongas á la gran corte de Nápoles con mis tres criados, y que allí me tengas prevenido un albergue y un séquito regio, como compete á tu vencedor.

— No me da gana, dijo Lucifer, que te diviertas y triunfes á espensas mias, so hampon.

— Pues á son de trompa voy á publicar, dijo el caballero, que te falta una oreja; veremos entónces cómo te disfrazas de escribano, abogado, usurero, lechuzo ó enamorado, sin que te conozcan sobre la marcha.

— Dáme mi oreja, gritó trinando Lucifer despues que hubo hecho lo que pedia el caballero, poniéndolo en Nápoles con mucho dinero y muchos trenes.

— Ahí la tienes, le respondió este, no la quiero, que huele á azufre; pero falta que cumplas una de las tres condiciones que te puse.

— ¿Cuál es, bribonazo macaroño?

— No te la quiero decir por ahora; entre tanto ten paciencia, que si á tí no te ha de servir para ganar el cielo, te servirá para rescatar tu oreja.

Lucifer se puso hecho un veneno: eres, le dijo á su vencedor, siete veces mas malo que yo; por via de Napoleon! mas picardías se ven en la tierra que en el infierno: pero tú te acordarás de mí; te lo juro por mi rabo y por mis cuernos: y Lucifer se fué tirando de su sola oreja, por ver cómo le traia un Cristiano guason.

Pues vamos á que cuando la princesa vió al caballero tan bien *jateado* y con tanto boato, lo reconoció y le dijo á su padre que era su salvador, y que lo que queria era casarse con él, lo que sucedió; y yo fuí y vine, y no me dieron nada, bien que no me echaron de ver; porque me escurrí, teniendo presente aquello de á boda ni bautizado, no vayas sin ser llamado.

Pues señor, sabrá su mercé como despues de comerse el pan de la boda, se llevaban la princesa y el caballero como perro y gato, porque como la mujer habia estado tanto tiempo en poder de Lucifer, tenia un genio bragado y pintado por el lomo, que solo el demonio la podia aguantar. Así fué que cuando al cabo de algun tiempo se volvió á presentar Lucifer pidiendo su oreja, le dijo el caballero:

— Bien, te la daré; pero sabes que te queda que cumplirme la tercera condicion que te impuse por su rescate.

— Pícaro, truhan, dijo Lucifer, me habias de condenar si ya no lo estuviese. ¿Y cuál es esa condicion, perverso?

— La de que cargues con mi mujer, respondió el caballero, pues sois tal para cual, Pedro para Juan.

LA BUENA Y LA MALA FORTUNA.

FERNAN.

Tio Romance, hoy necesito que me cuente V. un cuento.

TIO ROMANCE.

¿Otra tenemos? Señor D. Fernan, ya le he dicho á su mercé que lo que yo cuento no son cosas de papel, sino de idea.

FERNAN.

Y yo he respondido que no le hace; así, adelante.

TIO ROMANCE.

Señor, si son cosas de por la calle.

FERNAN.

Tio Romance, á cada cual se le debe complacer á su gusto, y le digo á V. que me complace, y mucho, contándome un cuento.

TIO ROMANCE.

No me diga V. mas, señor, que me ha cogido su mercé la blanda, y no hay que respingar. Tengo ya la memoria muy descolorida, y de muchas cosas no me queda sino un visito; pero echaré mano á cosa reciente [1]).

Sobre una peña que está á los piés de una sierra, se ha encaramado y asentado un pueblo, á modo de nido de cigüe-

---

1) Y tan reciente, que ahora poco vivian los dos tipos que presenta este cuento. Si dicen los franceses que en Paris corre la agudeza por las calles, con tanta mas razon podemos decir nosotros que pasea por los campos en Andalucia.

ñas sobre una torre; no diré su nombre, que se cuenta el milagro sin mentar el santo.

Vivian en él dos hombres, á los que habian tomado por su cuenta la buena y la mala fortuna. Habíanle puesto al uno D. José el *Colmado*, y al otro tio Juan *Miseria*. Principió D. José por vender por las calles lienzo y paño fino; puso despues una tienda, luego se metió á pelantrin, y soplándole sin tomar resuello la buena fortuna, crió un caudal de los mas vastos del pueblo. Era el señor bien quisto, porque no era *estéril* ni agarrado, sino limosnero y buen cristiano. Los dineros no lo habian hinchado, ni el mucho tener engreido; no era pechisacado, sino llano como camino real. No tenia humo ni gastaba términos curruscantes, como les sucede á mas de cuatro que hablan supuesto, y todo aquello no es suyo, y por mas que se estudien, á lo mejor salen con una patochada, porque siempre la última palabra al centro va; resumidamente, eran D. José y los suyos buenas gentes, y en su casa, como en la de S. Basilio, eran todos santos, hasta el aguador.

En casa de Miseria, como que en donde no hay harina todo es mohina, lo que habia era hambres, desnudeces, grescas, chiquillos llorando, y sopapos para acallarlos.

Mandó un dia D. José á llamar á Miseria, que apareció que no se le podia agarrar ni con unas tenazas, ni hablar sino de verano [1]), y se habria podido dar media peseta por no verlo. Traia un gesto, que era menester darle de léjos el quién vive. Dijo al entrar:

— Alabado sea Dios: Dios guarde á su mercé, señor D. José.

— ¡Y á tí tambien, hombre; qué mal engestado y que frondio vienes!

— Ya, señor; si tengo dos varas de hambre y traigo las tripas que se quieren comer unas á otras; y barriga vacía, todo es sequía. Para eso que está su mercé tan esponjado y tan satisfecho, como que barriga llena á Dios alaba.

1) De léjos.

— Verdad es que no puedo quejarme.

— Ya lo creo que puede su mercé estar *requinto* [1]), como que siempre le sale el pegujar á veinte, y le carga la marrana [2]), no que yo soy la *prosulta* [3]) de la desdicha.

— Juan, en este mundo siempre ha habido y habrá quien ria y quien llore; pero vengamos al caso. Te he mandado á llamar para que vayas al palacio de la Fortuna y le digas de mi parte á la mia, que estóy satisfecho, y que no quiero mas: y te daré por tu mandado doscientos reales con que te remedies.

En lugar de acoger con aleluya la buena propuesta, y una ocasion como en su vida se le habia venido otra á las manos, le entró á Juan Miseria la codicia, y le dijo á D. José:

— ¡Qué, señor! doscientos reales no son para levantar ni agachar á nadie; mire su mercé que el palacio de la Fortuna está empingorotado allá donde Cristo dió las tres voces, y nadie las oyó. Si me voy por el cañal, me he de mojar; y si por las breñas, me he de hallar con lobos y malas veredas; déme su mercé siquiera trescientos reales, que bien lo vale el mandado.

A D. José bien se le previnieron las triquiñuelas de Juan Miseria; á pesar de eso, le dijo que le daria doce duros, y quedaron convenidos. Pero al salir, como que ya le habia entrado á Juan Miseria la codicia, se volvió atras, y le dijo á D. José que doce duros era poco.

— ¿Quieres nueve? le contestó con mucha pachorra D. José.

— ¿Señor, se está su mercé burlando? dijo Juan Miseria; con que no quiero ir por doce, é iria por nueve!

— Pues no vayas, dijo D. José.

Miseria, al oir esta respuesta, se descuajaró.

— ¿Y qué, me voy á quedar sin esos nueve duros que tanta falta me hacen? pensó el pobre; y volviéndose atras le dijo al Colmado que iria por los nueve.

---

1) Contento, aventajado.
2) Parir muchos lechones la cochina, tener suerte.
3) *Non plus ultra.*

— ¿Quieres seis? le preguntó D. José.

— Buen subir es de pregonero á verdugo, le respondió Juan Miseria; por los seis no voy ni hecho trizas.

— Pues no vayas, dijo D. José.

Juan Miseria se fué; mas apénas llegó á la calle, cuando lo pensó mejor, pues el dinero le hacia mucha falta. Los ricos son los que matan ó sanan, dijo para su chaleco, y no hay sino agachar las orejas. ¡Ojalá hubiera ido por los doce! Bien dice el refran, que la codicia rompe el saco. Volvióse atras y le dijo al Colmado:

— Señor D. José, la necesidad carece de ley; voy por los seis estíticos.

— ¿Quieres tres? le respondió el rico.

— El demonio que se rompa un par de zapatos y quizas la crisma, subiendo por esos vericuetos por tres malvados de duros! Vea V.! valiente puñado son tres moscas! Con Dios, D. José!

— Hasta mas ver, hijo.

Apénas estuvo Juan Miseria en la calle cuando pensó: ¿me he de quedar sin esos sesenta reales, yo que no tengo un cuarto, ni de donde sacarlo?

Volvióse de prisa atras, y gritó desde la puerta:

— D. José, mire V. que voy por los tres *endinos* de duros.

— ¿Quieres uno? dijo el rico.

— Sí señor, respondió Juan Miseria mas *súpito* que un pistoletazo; y echóse en seguida á correr ántes que D. José renovase su propuesta.

Despues de subir y bajar todo un dia por esos vericuetos, llegó á una peña tan alta y tan enriscada, que no tenia ni vereda de cabra, y hasta los rayos del sol se resbalaban en ella.

En el pinacho estaba encaramado el palacio de la Fortuna, que era de alabastro legítimo, con puertas de oro puro. Cuando acabó de trepar y llegó á la cumbre, entró en un patio como una plaza real, lleno de flores de todo el año, de frutales de todas estaciones, y de yerba siempre verde.

Empezó á llamar á voces á la fortuna de D. José el Colmado. Presentósele entónces una moza que le decia al sol

quítate allá, lozana, blanca, rubia, cada mejilla parecia una rosa de á libra, y cada ojo una estrella planeta; traia mas faraláes que un tejado, y mas perendengues que tienda de joyero.

— ¿Qué me quieres? preguntó la moza muy fantasiosa.

— Aquí me envía D. José el Colmado para que le diga á su mercé de su parte que está satisfecho, y no quiere mas; ¿se entera V., resalada sandunguera?

— Pues díle tú de la mia, respondió la buena moza, que le he de dar, quiera que no, hasta que se muera, porque así me da mi real gana; ¿estás?¡; y ahora vuélvete por donde has venido, que me empestas mi palacio á miseria.

— ¿Y no tiene ese esporton de rosas un favorcito para mí, mas que sea del tamaño de un cuarto de especias?

— Yo no soy tu fortuna y nada puedo por tí, le respondió la buena moza; pero aquí, á espaldas de mi palacio, está el de la tuya; anda, y platica con ella.

Y con eso se fué bailando como un trompo y cantando como un canario.

Salióse Miseria dando zancajadas, dió la vuelta al palacio, y se halló con el de su fortuna.

Era esta morada un derrumbo de piedras mas negras que mi corazon, que tenian entre cada grieta una víbora y en cada hendidura una culebra.

— ¿Con que aquí es donde mora la fortuna mia? dijo Juan Miseria: tal el pájaro, tal el nido: voy á llamarla, que ganas tengo de ver su *repulia* cara.

Y se puso á dar voces.

Salió al punto de los escombros una vieja mas fea que la que engañó á S. Anton y apedreó á S. Estéban [1]), con una boca sin dientes y unos ojos pitañosos sin pestañas.

— ¿Qué me quieres? preguntó la vieja con una habla que parecia una matraca.

---

1) Este dicho es un anacronismo, pues S. Estéban sufrió su martirio por los años 34, y S. Antonio Abad murió año 361; quizas indique la personificacion de la mala vieja.

— Mandarte al demonio como una condenada que eres; respondió Juan Miseria.

— Pues sábete, dijo la vieja, que porque me cogistes dormida has ganado un duro. Pues si no me hubieses cogido dormida, ni por los veinte reales venias.

LAS ANIMAS.

FERNAN.

Tio Romance, aquí me entro aunque no llueva.

TIO ROMANCE.

Bien venido, señor D. Fernan. Viene su mercé á su casa como el sol, para alegrarla. — ¿Qué tiene su mercé que mandarme?

FERNAN.

Necesito un cuento como el comer, tio Romance.

TIO ROMANCE.

¡Otra te pego! — Señor, ¿se ha figurado su mercé que son mis cuentos como los dictados de D. Crispin que no tenian fin? — Su mercé me ha de perdonar; pero hoy estóy de mala vuelta; tengo la memoria aliquebrada y los sentidos mas tupidos que caldo de habas. Pero voy á llamar á mi Chana para que complazca á su mercé. ¡Chana! ¡Sebastiana! . . . Caramba con la mujer! que le va sucediendo lo que al marques de Montegordo que se quedó mudo, ciego y sordo. ¡Chana!!!

TIA SEBASTIANA.

¿Qué quieres, hombre, con esas voces tan desamoretadas que parecen de zagal? ¡Ay! que está aquí el señor D. Fernan! Dios guarde á V. señor; ¿cómo lo pasa su mercé?

FERNAN.

Bien, tia Sebastiana; ¿Vd. tan buena?

TIA SEBASTIANA.

¡Ay, no señor! que me he caido como horno de cal.

FERNAN.

¿Pues qué ha tenido Vd.?

TIO ROMANCE.

Lo que la otra que estaba al sol.

Una vieja estaba al sol;
y mirando al almanaque,
en cuando en cuando decia:
ya va la luna menguante.

TIA SEBASTIANA.

No señor, D. Fernan, no es eso; que Dios y su madre no quitan carnes, sino el hijo al nacer y la madre al morir! y mi hijo, el alma mia...

TIO ROMANCE.

Calla, Chana, y no hables de Juan, que es un atallancon con mas costilla que una fragata.

TIA SEBASTIANA.

No lo crea Vd., señor; no sabe lo que se dice, y va despeñado: es mas manso y loje el hijo mio, que no es capaz de decir zape al gato. Ha servido seis años, y tiene las luces espabiladas.

TIO ROMANCE.

Sí!; tiene unas luces como la media noche; si ha entrado en la casaca, la casaca no ha entrado en él; es un boje.

FERNAN.

¿Pero qué le apura á Vd., tia Sebastiana?

TIA SEBASTIANA.

¡Señor, que no encuentra trabajo!!

FERNAN.

Vamos, yo se lo proporcionaré si me cuenta Vd. un cuento.

TIA SEBASTIANA.

Señor, para eso era mejor mi Juan: ya sabe usted las voces que tiene de buen contador; saca las cosas de su metro.

FERNAN.

Sí; pero hoy no está de humor de hablar.

TIA SEBASTIANA.

Es que yo...

TIO ROMANCE.

Vamos, mujer, no tengas al señor aguardando como un perro de cortijo; cuenta, y liberal, que tú eres capaz de hablar hasta debajo del agua.

TIA SEBASTIANA.

¿Quiere su mercé que le cuente el cuento de las ánimas?

FERNAN.

Desde luego: vamos, pues, con el cuento de las ánimas.

TIA SEBASTIANA.

Habia una vez una pobre vieja que tenia una sobrina que habia criado sujeta como un cerrojo, y era muy buena niña, muy cristiana, pero encogida y poquita cosa. Lo que sentia la pobre vieja, era pensar lo que iba á ser de su sobrina cuando faltase ella, y así no hacia otra cosa que pedirle á Dios que la deparase un buen novio.

Hacia los mandados en casa de una comadre suya pupilera, y entre los huéspedes que tenia, habia un indiano poderoso que se dejó decir que se casaria si hallase á una muchacha recogida, hacendosa y habilidosa. La vieja abrió tanto oido, y á los pocos dias le dijo que hallaria lo que buscaba en su sobrina, que era una prenda, un grano de oro, y tan habilidosa, que pintaba los pájaros en el aire. El caballero contestó que queria conocerla, y que al dia siguiente iria á verla. La vieja corrió á su casa, que no veia la vereda, y le dijo á la sobrina que asease la casa, y que para el dia siguiente se vistiese y peinase con primor, porque iban á tener una visita.

Cuando á la otra mañana vino el caballero, le preguntó á la muchacha si sabia hilar.

— ¿Pues no ha de saber? dijo la tia: las madejas se las bebe como vasos de agua.

— ¿Qué ha hecho Vd. señora? dijo la sobrina cuando el caballero se hubo ido, despues de dejarle tres madejas de lino para que se las hilase; qué ha hecho Vd., señora, si yo no sé hilar!

— Anda, dijo la tia, anda, que mala seas y bien te vendas. Déjate ir, y sea lo que Dios quiera.

— ¡En qué berengenal me ha metido Vd., señora! decia llorando la sobrina.

— Pues tú ves cómo te compones, respondió la tia; pero tienes que hilar esas tres madejas, que en ello va tu suerte.

La muchacha se fué á la noche á su cuarto en un vivo penar, y se puso á encomendarse á las ánimas benditas, de las que era muy devota.

Estando rezando, se le aparecieron tres ánimas muy hermosas, vestidas de blanco; le dijeron que no se apurase, que ellas la ampararian en pago del mucho bien que les habia hecho con sus oraciones, y cogiendo cada cual una madeja, en un dos por tres la remataron, haciendo un hilo como un cabello.

Al dia siguiente, cuando vino el indiano, se quedó asombrado al ver aquella habilidad junto con aquella diligencia.

— ¿No se lo decia yo á su mercé? decia la vieja que no cabia en sí de alegría.

El caballero preguntó á la muchacha si sabia coser.

— ¿Pues no ha de saber? dijo con brio la tia; lo mismo son las piezas de costura en sus manos, que cerezas en boca de tarasca.

Dejóle entónces el caballero lienzo para hacer tres camisas; y para no cansar á su mercé, sucedió lo mismo que el dia anterior, y lo propio al siguiente, en que le llevó el indiano un chaleco de raso para que se le bordase. Solo que á la noche, cuando estando encomendándose la niña con muchas lágrimas y mucho fervor á las ánimas, estas se le

aparecieron, y le dijo la una: no te apures, que te vamos á bordar este chaleco; pero ha de ser con una condicion.

— Cuál? preguntó ansiosa la muchacha. — La de que nos convides á tu boda. — Pues qué ¿me voy á casar? preguntó la muchacha. — Sí, respondieron las ánimas, con ese indiano rico. Y así sucedió, pues cuando al otro dia vió el caballero el chaleco tan primorosamente bordado que parecia que manos no le habian tocado, y tan hermoso que quitaba la vista, le dijo á la tia que se queria casar con su sobrina.

La tia se puso que bailaba de contento; pero no así la sobrina, que le decia: pero señora, ¿qué será de mí cuando mi marido se imponga que yo nada sé hacer?

— Anda, déjate ir, respondío la tia; las benditas ánimas que ya te han sacado de aprieto, no dejarán de favorecerte.

Arreglóse, pues, la boda, y la víspera, teniendo la novia presente la recomendacion de sus favorecedoras, fué á un retablo de ánimas, y las convidó á la boda.

Al dia de la boda cuando mas enfrascados estaban en la fiesta, entraron en la sala tres viejas tan rematadas de feas, que el indiano se quedó pasmado, y abrió tantos ojos. La una tenia un brazo muy corto, y el otro tan largo, que le arrastraba por el suelo; la otra era jorobada, y tenia el cuerpo torcido; y la tercera tenia los ojos mas saltones que un cangrejo, y mas colorados que un tomate.

— ¡Jesus María! dijo á su novia perturbado el caballero; ¿quiénes son esos tres espantajos?

— Son, respondió la novia, unas tias de mi padre que he convidado á mi boda.

El señor, que tenia crianza, fué á hablarles y á ofrecerles asiento.

— Dígame Vd., le dijo á la primera que habia entrado, ¿por qué tiene un brazo tan corto y otro tan largo?

— Hijo mio, respondió la vieja, así los tengo por lo mucho que he hilado.

El indiano se levantó, se acercó á la novia y la dijo: vé

sobre la marcha, quema tu rueca y tu huso, ¡y cuidado como te vea jamas hilar!

En seguida preguntó á la otra vieja por qué estaba tan jorobada y tan torcida.

— Hijo mio, contestó esta, estóy así de tanto bordar en bastidor.

El indiano en tres zancajadas se puso al lado de su novia á quien dijo: ahora mismísimo, quema tu bastidor, y cuidado como en la vida de Dios te veo bordar!

Fuése despues á la tercera vieja, á la que preguntó por qué tenia los ojos tan reventones y tan encarnados.

— Hijo mio, contestó esta retorciéndolos, es de tanto coser, y agachar la cabeza sobre la costura.

No bien habia dicho estas palabras, cuando estaba el indiano al lado de su mujer, á quien decia: agarra las agujas y el hilo y échalos al pozo, y ten entendido que el dia en que te vea coser una puntada me divorcio; que el cuerdo en cabeza ajena escarmienta.

Y, señor D. Fernan, ya está mi cuento rematado: ojalá os haya gustado!

FERNAN.

Mucho, tia Sebastiana, mucho; pero lo que veo, es que las ánimas á pesar de ser benditas, son en esta ocasion unas picarillas.

TIA SEBASTIANA.

¡Señor! ¿y va su mercé á buscar doctrina en un cuento como si fuera un ejemplo? Señor, los cuentos no son mas que *reideros* sin preceptos y sin enseñanza. De todo quiere Dios un poquito.

FERNAN.

Verdad es, tia Sebastiana; mejor dice Vd. con su sencillo buen sentido, que pueden pensar otros con su culto criterio; pero, tio Romance, no me voy sin mi correspondiente chascarrillo, y este á Vd. toca contármelo. ¿No me ha dicho Vd.

otras veces que todos somos devotos de *Santo Tomas?* Pues si lo es Vd., allá van estos habanos como ofrenda al santo.

TIO ROMANCE.

Por no desairar á su mercé...

FERNAN.

Pero quiero el chascarrillo; me hace falta para mi intento.

TIO ROMANCE.

Ya! su mercé lo quiere por aquello de que sin un ochavo no se hace un real; pues vamos allá. Ya que de ánimas se platica, vaya de ánimas. Habia un mayordomo de su cofradía, que era un pan perdido; siempre le faltaba un bocado como á la oveja; de manera que no tenia capa y andaba siempre dando diente con diente y aterido de frio: ¿qué hace? sin decir chuz ni muz ni chaqueberraque, cogió dinero del fondo de las ánimas, y se mandó hacer una capa, con la que paseaba por las calles tan en sí y tan pechisacado, como los ricos de poco tiempo, levantados del polvo de la tierra. Pero sucedia que no daba un paso que no le tirasen un tiron de la capa, y por mas que miraba no veia quién; no bien se la subia sobre el hombro izquierdo, cuando la tenia caida del hombro derecho; de conformidad que, sin estarlo, llevaba pata de puya.

Iba mohino con esta helera y haciendo sumarios de lo que aquello podria ser, cuando se encontró con un amigo y compadre suyo, que era mayordomo de la Hermandad del Santísimo, que venia tan recompuesto, llenando la calle y diciendo: *yo soy, yo soy.* ¿Qué tiene Vd., compadre, le dijo cuando emparejaron, que hay dias que lo veo tan *pardilloso?* ¿Qué he de tener? contestó este subiéndose la capa por el hombro derecho, miéntras se le escurria por el izquierdo; ha de saber Vd. que á entradas de invierno me hallé apuradillo; habia sembrado un pegujar y no le vi el color; mi mujer parió dos niños, cuando uno que hubiese parido estaba demas donde hay otros nueve; la costó el parto una enfermedad y á mí los ojos de la cara; en fin, me vi pegado á la pared como salamanqueza y con mas hambre que un ministro; de manera que

no tuve mas remedio que *emprestarle* á las ánimas para mercarme esta capa. Pero no sé qué demonios tiene, que siempre que la tengo puesta parece que me están tirando de ella; tiron por aquí, jalon por allá; ni con dos clavos timoneros me se quedaria sujeta en los hombros.

Su culpa de Vd. es, compadre, respondió el otro. Si Vd. *emprestase* á un señor poderoso, grande y dadivoso como yo, no habia de andar apremiado y acosado por la deuda; pero si empresta Vd. de unas pobrecillas, miserables y necesitadas, ¿qué han de hacer las infelices sino andar tras de lo suyo, que les hace falta?

DOÑA FORTUNA Y DON DINERO.

Pues señores, vengamos al caso: era este, que vivian enamorados Doña Fortuna y D. Dinero, de manera que no se veia al uno sin el otro; tras de la soga anda el caldero; tras Doña Fortuna andaba D. Dinero: así sucedió que dió la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era D. Dinero un gordote rechoncho con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia, y unas zapatas de papel de la gran fábrica de Madrid. — Doña Fortuna era una locona, sin fe ni ley, muy *raspagona*, muy rala *rata*, y mas ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina: la mujer queria mandar; pero D. Dinero que es engreido y soberbio, no estaba por ese gusto. — Señores, decia mi padre (en gloria esté) que si el mar se casase, habia de perder su braveza; pero D. Dinero es mas soberbio que el mar, y no perdia sus ínfulas.

Como ambos querian ser mas y mejor, y ninguno queria ser ménos, determinaron hacer la prueba cuál de los dos tendria mas poder. «Mira, le dijo la mujer al marido, ¿ves allí abajo en el *chueco* de un olivo aquel pobre tan cabizbajo y mohino? Vamos á ver cuál de los dos, tú ó yo, le hacemos mejor suerte.»

Convino el marido; enderezaron hácia el olivo, y allí se encamparon; él raneando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le habia echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los

ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos Usías se le plantaron delante.

— ¡Dios te guarde! — dijo D. Dinero.

— Y á Usía tambien, — contestó el pobre.

— ¿No me conoces?

— No conozco á su mercé sino para servirlo.

— ¿Nunca has visto mi cara?

— En la vida de Dios.

— Pues qué, ¿nada posees?

— Sí señor; tengo seis hijos desnudos como cerrojos, con gañotes como calcetas viejas; pero en punto á bienes, no tengo mas que un *coge y come* cuando lo hay.

— ¿Y por qué no trabajas?

— ¡Toma! — porque no hallo trabajo. Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido como cuerno de cabra; desde que me casé, pareció que me habia caido la helada, y soy la *prosulta* de la desdicha, señor! Ahí nos puso un amo á labrarle un pozo á estajo, *aprometiéndonos* sendos doblones cuando se le diese rematado; pero ántes no soltaba un maravedís; *asina* fué el trato.

— Y bien que lo pensó el dueño, dijo sentenciosamente su interlocutor, pues dice el refran: dineros tomados, brazos quebrados. — Sigue, hombre.

— Nos pusimos á trabajar echando el alma, porque aquí donde su mercé me ve con esta facha ruin, yo soy un hombre, señor.

— ¡Ya! dijo don Dinero, en eso estóy.

— Es, señor, repuso el pobre, que hay cuatro clases de hombres; hay *hombres* como son los *hombres;* hay hombrecillos, hay monicacos, y hay monicaquillos, que no merecen ni el agua que beben. — Pero como iba diciendo, por mucho que cavamos, por mas que ahondamos, ni una gota de agua hallamos. — No parecia sino que se habian secado los centros de la tierra; nada hallamos, señor, á la fin y á la postre, sino un zapatero de viejo.

— En las entrañas de la tierra! esclamó D. Dinero indignado de saber tan mal avecindado su palacio solariego.

— No señor, respondió el pobre, no en las entrañas de la tierra, sino de la otra banda, en la tierra de otra gente.

— ¿Qué gentes, hombre?

— Las *antrípulas*, señor.

— Quiero favorecerte, amigo, dijo D. Dinero metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó á correr que volaba; que la alegría le puso alas á los piés; arribó derechito á una panadería y compró pan; pero cuando fué á sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se habia salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso á buscarlo; pero qué habia de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Anton que le guarde. — Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia, y se puso á echarle á su mala fortuna cada maldicion que abria las carnes.

Doña Fortuna se tendia de risa, la cara de D. Dinero se puso aun mas amarilla de coraje; pero no tuvo mas remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A este le entró un alegron que se le salia el corazon por los ojos. Esta vez no fué por pan, sino á una tienda en que mercó telas para echarles á la mujer y á los hijos un rocioncito de ropa encima. — Pero cuando fué á pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos diciendo que aquella era una mala moneda, que por lo tanto seria su dueño un monedero falso, y que lo iba á delatar á la justicia. — El pobre al oir esto se abochornó y se le puso la cara tan encendida que se podian tostar habas en ella; tocó de suela, y fué á contarle á D. Dinero lo que le pasaba llorando por su cara abajo.

Al oirlo Doña Fortuna se desternillaba de risa, y á D. Dinero se le iba subiendo la mostaza á las narices. — Toma, le dijo al pobre dándole dos mil reales; mala fortuna tienes pero yo te he de sacar adelante, ó he de poder poco.

El pobre se fué tan enajenado, que no vió hasta que se dió de narices con ellos, á unos ladrones que lo dejaron como su madre lo parió.

Doña Fortuna le hacia la mamola á su marido, y este

estaba mas corrido que una mona. — Ahora me toca á mí, le dijo, y hemos de ver quién puede mas, las faldas ó los calzones.

Acercóse entónces al pobre que se habia tirado al suelo, y se arrancaba los cabellos; y sopló sobre él. Al punto se halló este debajo de la mano el duro que se le habia perdido. Algo es algo, dijo para sí, vamos á comprarles pan á mis hijos, que ha tres dias que andan á medio sueldo, y tendrán los estómagos mas limpios que una *paterna.*

Al pasar frente de la tienda en la que habia mercado la ropa, lo llamó el mercader, y le dijo que le habia de disimular lo que habia hecho con él; que se le figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado á entrar allá el contrastador, le habia asegurado que la onza era buenísima, y tan cabal en el peso, que mas bien le sobraba que no le faltaba: que ahí la tenia, y ademas toda la ropa que habia apartado, que le daba en cambio de lo que habia hecho con él. — El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate usted ahí que una partida de Napoleones de la Guardia Civil traian presos á los ladrones que le habian robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un compadre suyo en una mina, y no bien habia ahondado tres varas, cuando se hallaron un filon de oro, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dijeron *Don*, luego *Usía*, y luego *Excelencia.*

Desde entónces tiene Doña Fortuna á su marido amilanado y metido en un zapato, y ella mas casquivana, mas desatinada que nunca, sigue repartiendo sus favores sin ton ni son, al buen tun tun, á tontas y á locas, á ojo de buen cubero, á la buena de Dios, á cara y cruz, á manera de palo ciego, y alguno alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.

JUAN SOLDADO.

Erase un mozo solariego, sin casa ni canastilla, al que tocó la suerte de soldado. Cumplió su tiempo, que fué ocho años, y se volvió á reenganchar por otros ocho, y despues por otros tantos.

Cuando hubo cumplido estos últimos ya era viejo y no servia ni para ranchero, por lo que le licenciaron, dándole una libra de pan y seis maravedís que alcanzaba de su haber.

— ¡Pues dígole á V., pensó Juan Soldado cogiendo la vereda, que me ha lucido el pelo! ¡Despues de veinticuatro años que he servido al rey, lo que vengo á sacar es una libra de pan y seis maravedís! Pero anda con Dios: nada adelanto con desesperarme sino el criar mala sangre.

Y siguió su camino cantando:

La boca me huele á rancho
y el pescuezo á corbatin,
las espaldas á mochila,
y las manos á fusil.

En esos tiempos andaba Nuestro Padre Jesus por el mundo, y traia de lazarillo á San Pedro. Encontróse con ellos Juan Soldado, y San Pedro, que era el encargado, le pidió una limosna.

— ¿Qué he de dar yo, le dijo Juan Soldado, yo, que despues de veinticuatro años de servir al rey, lo que he agenciado no es mas que una libra de pan y seis maravedís?

Pero San Pedro, que es porfiado, insistió.

— Vaya, dijo Juan Soldado, aunque despues de servir al rey veinticuatro años solo tengo por junto una libra de pan y seis maravedís, partiré el pan con VV.

Cogió la navaja, hizo tres partes del pan, les dió dos, y se quedó con una.

A las dos leguas se halló otra vez con el Señor y San Pedro, el que le volvió á pedir limosna.

— Quiéreme parecer, dijo Juan Soldado, que les he dado *nántes* á VV., y que ya conozco esa calva; ¡pero anda con Dios! aunque despues de veinticuatro años de servir al rey solo tengo una libra de pan y seis maravedís, y que de la libra de pan no me queda sino este pedazo, lo partiré con VV. — Lo que hizo, y en seguida se comió su parte para que no se la volviesen á pedir.

Al ponerse el sol se halló por tercera vez con el Señor y San Pedro, que le pidieron limosna.

— Sobre que juraria que ya les he dado á VV., dijo Juan Soldado; ¡pero anda con Dios! aunque despues de servir al rey veinticuatro años, solo me he hallado con una libra de pan y seis maravedís, repartiré estos como repartí el pan.

Cogió cuatro maravedís, que le dió á San Pedro, y se quedó con dos.

— ¿ Dónde voy yo con un ochavo? dijo para sí Juan Soldado: no me queda mas que ayuncar al trabajo y echar el alma si he de comer.

— Maestro, le dijo San Pedro al Señor, haga Su Majestad algo por ese desdichado que ha servido veinticuatro años al rey y no ha sacado mas que una libra de pan y seis maravedís, que ha repartido con nosotros.

— Bien está, llámalo y pregúntale lo que quiere; contestó el Señor.

Hízolo así San Pedro, y Juan Soldado, despues de pensarlo, le respondió que lo que queria era que en el morral que llevaba vacío, se le metiese aquello que él quisiese meter en él: lo que le fué concedido.

Al llegar á un pueblo, vió Juan Soldado en una tienda unas hogazas de pan mas blancas que jazmines, y unas longanizas que decian comédme.

— ¡Al morral! gritó Juan Soldado en tono de mando; y cáteme V. las hogazas dando vueltas como ruedas de carretas, y las longanizas arrastrándose mas súpitas que culebras,

encaminarse hácia el morral sin perder la derechura. El montañes dueño de la tienda, y el montañuco su hijo, corrian detras, dando cada trancazo que un pié perdia de vista al otro; pero ¿quién los atajaba, si las hogazas rodaban desatinadas como chinas cuesta abajo, y las longanizas se les escurrian entre los dedos como anguilas?

Juan Soldado, que comia mas que un cáncer, y aquel dia tenia mas hambre que Dios paciencia, se dió un hartagon de los cumplidos, de los de no puedo mas.

Al anochecer llegó á un pueblo; como era licenciado del ejército tenia alojamiento, por lo cual se encaminó al ayuntamiento para que le diesen boleta.

— Soy un pobre soldado, señor, le dijo al alcalde, que despues de veinticuatro años de servir al rey, solo me hallé con una libra de pan y seis maravedís que se gastaron por el camino.

El alcalde le dijo que si queria lo alojaria en una hacienda cercana, á la que nadie queria ir porque habia muerto en ella un condenado, y que deste entónces habia asombro; pero que si él era valiente y no le temia al asombro, podia ir, que allí hallaria de cuanto Dios crió, pues el condenado habia sido muy riquísimo.

— Señor, Juan Soldado ni debe ni teme, contestó este, y allá voy á encamparme en un decir tilin.

En aquella pòsesion se halló Juan Soldado el centro de la abundancia: la bodega era de las famosas, la despensa de las bien provistas, y los soberados estaban atestados de frutas

Lo primero que hizo á prevencion por lo que pudiese tronar, fué llenar un jarro de vino, porque consideró que á los borrachos se les tapaba la vena del miedo; en seguida encendió candela y se sentó á ella para hacer unas migas de tocino.

Apénas estaba sentado, cuando oyó una voz que bajaba por la chimenea y decia: — ¿Caigo?

— Cae si te da gana, respondió Juan Soldado, que ya estaba pinton con los lapos de aquel rico vino que se echaba entre pecho y espalda; que el que ha servido veinticuatro

años al rey sin sacar mas que una libra de pan y seis maravedís, ni teme ni debe.

No bien lo hubo dicho, cuando cayó á la mismita vera suya la pierna de un hombre: á Juan Soldado le dió un espeluzo que se le erizaron los vellos como el pelo á un gato acosado; cogió el jarro y le dió un testarazo.

— ¿Quieres que te entierre? le preguntó Soldado. — La pierna dijo con el dedo del pié que no.

— Pues púdrete ahí, dijo Juan Soldado.

De allí á nada volvió á decir la misma voz de *denántes:*

— ¿Caigo?

— Cae si te da gana, respondió Juan Soldado dándole un testarazo al jarro; que quien ha servido veinticuatro años al rey, no teme ni debe.

Cayó entónces al lado de la pierna su compañera. Para acabar presto, de esta manera fueron cayendo los cuatro cuartos de un hombre, y por último la cabeza, que se apegó á los cuartos y entónces se puso en pié en una pieza, no un cristiano, sino un espectáculo fiero, como que era el mismísimo condenado en cuerpo y alma.

— Juan Soldado, dijo con un vocejon que helaba la sangre en las venas: ya veo que eres un valiente.

— Sí Señor, respondió este; lo soy, no hay que decir, ni hartura ni miedo ha conocido Juan Soldado en la vida de Dios: pues á pesar de eso, ha de saber su mercé, que en veinticuatro años que he servido al rey, lo que he venido á sacar ha sido una libra de pan y seis maravedís.

— No te apesadumbres por eso, dijo el espectáculo, pues si haces lo que te voy á decir salvarás mi alma, y serás feliz; ¿quieres hacerlo?

— Sí señor, sí señor, mas que sea lañarle á su mercé los cuartos para que no se le vuelvan á desperdigar.

— Lo malo que tiene, dijo el espectáculo, es que me parece que estás borracho.

— No señor, no señor, no estóy sino calomelano, pues ha de saber su mercé que hay tres clases de borracheras: la primera, es de escucha y perdona; la segunda, es de capa

arrastrando; y la tercera, de medir el suelo: yo no he pasado de escucha y perdona, señor.

— Pues sígueme, dijo el espectáculo.

Juan Soldado, que estaba peneque, se levantó haciendo su cuerpo para aquí para allá, como santo en andas, y cogió el candil; pero el espectáculo alargó un brazo como una garrucha y apagó la luz. — No se necesitaba, porque sus ojos alumbraban como dos hornos de fragua.

Cuando llegaron á la bodega, dijo el espectáculo:

— Juan Soldado, toma una azada y abre aquí un hoyo.

— Abralo V. con toda su alma si le da gana, respondió Juan Soldado, que yo no he servido veinticuatro años al rey sin sacar mas provecho que una libra de pan y seis maravedís, para ponerme ahora á servir á otro amo que puede que ni eso me dé.

El espectáculo cogió la azada, cavó y sacó tres tinajas, y le dijo á Juan Soldado:

— Esta tinaja está llena de cuartos, que repartirás á los pobres; esta otra está llena de plata, que emplearás en sufragios para mi alma; y esta última está llena de oro, que será para tí si me prometes emplear el contenido de las otras segun lo he dispuesto.

— Pierda su mercé cuidado, respondió Juan Soldado; veinticuatro años he estado cumpliendo con puntualidad lo mandado, sin sacar mas premio que una libra de pan y seis maravedís; con que ya ve su mercé si lo haré ahora en que tan buena recompensa me *apromete.*

Juan Soldado cumplió con todo lo que le encomendó el espectáculo, y se quedó hecho un Usía muy considerable, con tanto oro como habia en su tinaja.

Pero á quien le supo todo lo acaecido á cuerno quemado, fué á Lucifer, que se quedó sin el alma del condenado por lo mucho que por ella rezaron la iglesia y los pobres, y no sabia cómo vengarse de Juan Soldado.

Habia en el infierno un Satanasillo mas ladino y mas astuto que ninguno, que le dijo á Lucifer que él se determinaba á traerle á Juan Soldado.

Tuvo de esto tanta alegría el diablo mayor, que le *preme-*

tió al chico si le cumplia lo ofrecido, regalarle una jarapada de moños y de dijes para tentar y pervertir á las hijas de Eva, y una multitud de barajas y de pellejos de vino para seducir y perder á los hijos de Adan.

Estaba Juan Soldado sentado en su corral, cuando vió llegar muy diligente al Satanasillo, que le dijo:

— Buenos dias, señor D. Juan.

— Me alegro de verte, monicaquillo; ¡qué feo eres! ¿Quieres tabaquear?

— No humo, D. Juan, sino pajuelas.

— ¿Quieres echar un trago?

— No bebo sino agua fuerte.

— Pues entónces ¿á que vienes, alma de Cain?

— A llevarme á su mercé.

— Sea en buen hora. No tengo dificultad en ir contigo. No he servido yo veinticuatro años al rey para tocar retirada ante un enemiguillo de mala muerte como tú. Juan Soldado ni teme ni debe, ¿estás? Mira, súbete en esa higuera que tiene brevas tamañas como hogazas de pan, miéntras yo voy por las alforjas, porque me se antoja que la vereda que vamos á andar es larga.

Satanasillo, que era goloso, se subió en la higuera y se puso á engullir brevas, entre tanto que Juan Soldado fué por su morral, que se colgó, y volvió al corral gritando al Satanasillo: — ¡Al morral!

El diablo chico, pegando cada hipío que asombraba, y haciendo cada contorsion que metia miedo, no tuvo mas remedio que colar en el morral.

Juan Soldado cogió un dique de herrero y empezó á sacudir trancazos sobre el Satanasillo, hasta que le dejó los huesos hechos harina.

Dejo á la consideracion del noble auditorio el coraje que tendria Lucifer, cuando vió llegar á su presencia á su Benjamin, á su ojito derecho, todo derrengado y sin un hueso que bien lo quisiese en su cuerpo.

— ¡Por los cuernos de la luna! gritó, aseguro que ese descarado hampon de Juan Soldado me las ha de pagar todas juntas; allá voy yo por él en propia persona.

Juan Soldado, que se aguardaba esta visita, estaba prevenido y tenia colgado su morral, así fué apénas se presentó Lucifer echando fuego por los ojos y cohetes por la boca, plantósele Juan Soldado delante con muchísima serenidad, y le dijo :

— Compadre Lucifer, Juan Soldado no teme ni debe, para que lo sepas.

— Lo que has de saber tú, fanfarron tragaldabas, es que te voy á meter en el infierno en un decir Satan, dijo bufando Lucifer.

— ¿Tú á mí? ¿tú á Juan Soldado? ¡fácil era! Lo que tú no sabes, compadre Soberbia, es que quien te va á meter el resuello para adentro, soy yo.

— ¡Tú, vil gusano terrestre!

— Yo á tí, gran fantasmon, en un morral te voy á meter, á tí, á tu rabo y á tus cuernos.

— Basta de jactancias, dijo Lucifer alargando su gran brazo, y sacando sus tremendas uñas.

— ¡Al morral! esclamó en voz de mando Juan Soldado.

Y por mas que Lucifer se repercutó, por mas que se repeló, se defendió y se hizo un ovillo, por mas que bramó, bufó y ahulló, al morral fué de cabeza sin que hubiese tu tia.

Juan Soldado trajo un mazo, y empezó á descargar sobre el morral cada taramazo que hacia hoyo, hasta que dejó á Lucifer mas aplastado que un pliego de papel.

Cuando se le cansaron los brazos dejó ir al preso, y le dijo:

— Mira que ahora me contento con esto: pero si te atreves á volver á ponérteme delante, gran sin vergonzon, tan cierto como que he servido al rey veinticuatro años sin haber sacado mas que una libra de pan y seis maravedís, que te arranco la cola, los cuernos y las uñas, y veremos entónces á quien metes miedo. Estás prevenido.

Cuando su corte infernal vió llegar al diablo mayor, lisiado, tullido, mas trasparente que tela de tamiz y con el rabo entre piernas como perro despedido á palos, se pusieron todos aquellos ferósticos, á echar sapos y culebras.

— Despues de esto, ¿qué hacemos señor? preguntaron á una voz.

— Mandar venir cerrajeros para que hagan cerrojos para las puertas, albañiles para que tapen bien todas las rajas y boquetes del infierno, á fin de que no entre, no cuele ni aporte por aquí el gran insolenton de Juan Soldado, les respondió Lucifer.

Lo que al punto se hizo.

Cuando Juan Soldado conoció que se le acercaba la hora de la muerte, cogió su morral y se encaminó para el cielo.

A la puerta se halló con San Pedro, que le dijo:

— ¡Hola! bien venido: ¿dónde se va, amigo?

— Toma, respondió muy fantasioso Juan Soldado, á entrar.

— ¡Eh, párese V., compadre, que no entra cada quisque en el cielo como Pedro por su casa! ¿Veamos qué méritos trae Vd.?

— Pues no es nada, respondió Juan Soldado muy sobre sí: he servido veinticuatro años al rey, sin sacar mas recompensa que una libra de pan y seis maravedís. ¿Le parece á su mercé poco?

— No basta, amigo, dijo San Pedro.

— ¿Que no basta? repuso Juan Soldado dando un paso adelante: veremos.

San Pedro le atajó el paso.

— ¡Al morral! mandó Juan Soldado.

— Juan, hombre, cristiano, ten respeto, ten consideracion.

— ¡Al morral! que Juan Soldado ni teme ni debe.

Y San Pedro que quiso, que no, tuvo que colar en el morral.

— Suéltame, Juan Soldado, le dijo, considera que las puertas del cielo están abiertas y sin custodia, y que puede colarse allí cualquiera alma de cántaro.

— Eso era cabalmente lo que yo queria, dijo Juan Soldado entrándose adentro muy pechisacado y cuellierguido: pues diga V., señor D. Pedro, ¿le parece á su mercé *rigular* que despues de veinticuatro años de servir al rey allá abajo, sin haber sacado mas que una libra de pan y seis maravedís, no halle yo por acá arriba mi cuartel de inválidos?

JUAN HOLGADO Y LA MUERTE.

Pues señor, han de saber Vds. que habia una vez un hombre que se llamaba Juan Holgado, y á fe que á nadie le pudo venir peor el nombre: porque el pobre no tenia mas que la mañana y la tarde, tres cuartos de hambre y tres de necesidad. — Pero en cambio tenia un celemin de hijos con unas tragaderas como tiburones.

Díjole un dia Juan Holgado á su mujer: — Esas criaturas son un hato de tragaldabas capaces de engullir las estopas del óleo: no tomaria mas, sino comerme una liebre solo, á mi sabor, y sin estos alanos que de la boca me lo quitan. — Su mujer, que era una bendita, (mejorando lo presente) por no verlo rabiar con los hijos, vendió una docenita de huevos que le habian puesto sus gallinas, mercó una liebre, la guisó con caldo de empanada, y al dia siguiente por la mañanita le dijo á su marido: — Ahí tienes en el hato una liebre guisada y media hogaza de pan: véte á comértelas al campo, y buen provecho te hagan. — No se hizo el sordo Juan Holgado, sino que cogió el hato, y echó á correr que no veia la vereda. Despues que se hubo metido legua y media debajo de los piés, se sentó en el chueco de un olivo mas satisfecho que un rey, se encomendó á nuestra Señora de la Soledad, sacó del hato el pan y la ollita con la liebre, y se puso á comer. — Pero cate V. que, sin saber ni cómo ni por dónde, vió de repente sentada enfrente de él á una vieja vestida de negro y mas fea que un voto á Dios; era mas amarilla y mas descarnada que un pergamino de Simancas; tenia los ojos hundidos y amortecidos, como candil sin aceite; la boca como una espuerta; en cuanto á nariz, aquí

estuvo: no habia nada, ni memoria, perdone V. por Dios. — Maldita la gracia que le hizo á Juan Holgado aquella compaña llovida del cielo; ¿pero qué habia de hacer? — Como que no era ningun bárbaro, la dijo que si gustaba comer. – ¡Toma! como que la vieja no queria otra cosa, le contestó que para no ser descortes admitia el favor: se sentó y empezó á comer. — ¡Caballeros! aquello no era comer, sino devorar. — ¡Qué agallas, cristianos! — En dos por tres se metió la liebre entre pecho y espaldas.

— ¡Por via del dios Vaco, que es el Dios de las vacas — decia para sí Juan Holgado; — ¿pues no hubiera sido mejor que se hubiesen mis hijos comido la liebre, que no esta vieja del demonio? Está visto, ¡el que tiene mala fortuna nada le sale derecho!

Cuando la vieja hubo acabado, que ni el rabo de la liebre dejó, dijo:

— Juan Holgado, me ha sabido muy bien la liebre.

— ¡Ya lo he visto! — respondió Juan Holgado.

— Quiero pagarte la fineza.

— Viva Vd. mil años — contestó Juan Holgado con sorna al ver la decrepitud de la vieja.

— Sí haré — respondió esta; — algunos mas tengo; pues has de saber que yo soy la Muerte en propia persona.

¡Juan Holgado pegó un repullo que fué flojo, en gracia de Dios!!

— No te perturbes, Juan Holgado, que contigo no va nada; para pagarte el beneficio te voy á dar un consejo: métete á médico, que por mí la cuenta quo no ha de haber por esos mundos otro mas afamado y que mas pesetas gane.

— Seña Muerte, yo me contento con que no se acuerde su mercé de mí en una buena parvada de años; en lo demas eso de médico no es para mí.

— ¿Por qué no, hombre?

— Porque yo no he estudiado lo fino.

— No le hace.

— Señora, yo no sé ni latin, ni *Diego.* [1])

---

1) Griego.

— No importa.

— Señora, si no sé siquiera la *hora fria.* [1])

— Eso no quita.

— Señora, si no sé contar mas que la *humilidad.* [2])

— Lo mismo tiene.

— Señora, si no sé escribir, que me tiembla el pulso; ni leer, que me estorba lo negro.

— ¡Dále, bola, dále: — dijo la Muerte, que se la iba llevando el demonio con tantas dificultades. — ¡Caramba contigo, Juan Holgado, que tienes la cabeza á prueba de bomba! ¿No te estóy diciendo que no importa, que *no importa;* desde una hora? Ta digo que me de un pito del saber de los médicos; yo no voy ni vengo porque ellos me llamen ni me sapeen; hago lo que me da mi real gana, y me rio de los médicos, que cuando se me antoja cojo á uno por una oreja y me lo llevo. Cuando se pobló el mundo no habia médicos, y por eso se hizo la cosa pronto y bien, y desde que se inventaron los médicos, se acabaron los Matusalemes. Serás médico y tres mas, y si te niegas, te llevo conmigo mas fijo que el relój. — Ahora atiende y chiton. En tu vida de Dios, has de recetar mas que agua de la tinaja; ¿estás?

— Ya esta acá, contestó Juan Holgado que estaba con la Muerte que trinaba, y con mas gana de darle una guantada que de escucharla.

— Si cuando entres en una alcoba me ves sentada á la cabecera del enfermo, dí resueltamente que se muere, que no tiene remedio, y que lo preparen. — Si por al contrario yo no estóy allí, asegura que no se muere, y receta agua de la tinaja.

Con eso se despidió la feísima señora, haciendo una cortesía á la francesa.

— Buena señora, le dijo Juan Holgado, no quisiera despedirme de usted con aquello de *hasta mas ver*, y espero que su mercé tan poco abrigará el deseo de visitarme, porque no

---

1) Geografía.
2) Unidad.

siempre tengo yo liebre con que regalarme, y esta fué una, y se la llevó el gato.

— No tengas cuidado, Juan Holgado, contestó la Muerte; miéntras no veas tu casa desconcharse, no aportaré por allá.

Juan Holgado se volvió á su casa, y le contó á su mujer, cuanto le habia pasado y su mujer, que era mas lista que él, le dijo, que cuanto le habia dicho la vieja lo podia creer, porque nada habia mas verídico y cierto que la Muerte. — En seguida echó por ahí la voz de que su marido era un médico de los pocos, y que no tenia mas que mirar á un enfermo á la cara para saber si se moria ó se vivia.

Un domingo que estaban una porcion de mozalejas á la puerta de una casa mas alegres que unas sonajas, acertó á pasar por allí Juan Holgado.

— Ahí viene Juan Holgado, dijo una de ellas, que al cabo de sus dias se nos la viene echando de médico. — ¡Pues mire Vd. que salir ahora con esa sopa de ensalada al cabo de Ramos Pascuas, parece cosa de juego! — Si se habrá imaginado ese vejestorio que tiene unas luces como eslabon de madera, que no hay mas sino el decir, y las gentes creer? y no es mas sino pura fachenda y para que le digan *Don Juan*, y el *Don* le sienta como á un burro un sombrero de copa alta; y todas se pusieron á cantar:

Don Juan Holgado
Allí en la esquina
Parece un ramo
De clavellinas.

— ¿Vamos á darle un chasco á ese presumido? dijo una de las muchachas: me finjo mala ¿y á que se lo cree?

Dicho y hecho. Las muchachas dejaron plantada una canasta de higos de tuna que estaban comiendo, y en un decir Jesus estaba la que discurrió la guasa metida entre palomas, dando cada ¡ay! que llegaba al cielo. Fueron las otras corriendo á llamar á Juan Holgado comiéndose la risa. — Acudió este, y al entrar notó en la puerta de la calle un rimero de cáscaras de higos de tuna tamaño y tan grande. En la alcoba, lo primero con que se dió de narices fué con su con-

vidada la Muerte, que estaba sentada á la cabecera de la cama mas séria que un ajo porro. Muy mala está, dijo entónces Juan Holgado y se va. — ¿Pues qué es lo que tiene? preguntaron las muchachas que á duras penas podian contener la risa. Tiene, respondió este, una atraquina de higos de tuna, que no ha de contar. Fuése Juan Holgado, y á las dos horas estaba la muchacha con Dios. Dejo á la consideracion de Vds., caballeros, la fama que esto dió á Juan Holgado.

No habia por esos mundos enfermo de cuidado, ni se celebraba junta sin que asistiese á ella Juan Holgado, que ganaba pesetas á manos llenas, que ni sabia que hacer con ellas; compróle á los hijos un Usía y unas placas que se colgaban por delante y unas llaves que se colgaban por detras. En cuanto á él, no quiso colgajos sino pasarlo bien: así fué, que se puso tan gordo, tan desarrollado, y tan espelotado, que daba gusto el verlo; tenia mas cara que el sol de Dios, las piernas como columnas; las manos como embuchados, y la barriga como la media naranja de la iglesia.

A todo esto Juan Holgado cuidaba grandemente de su casa. Cuando los chiquillos le habian hecho de chicos algun descostrado, le habia hecho su padre en castigo, uno en sus pellejos. Siempre tenia en ella un albañil que pagaba por años, reparándola, recordando lo que le habia dicho la Muerte, de que miéntras no se desconchase su casa no aportaria por allí.

Pasaron los años, que cada vez corren mas, como piedra que rueda cuesta abajo.

Los últimos venian de mala vuelta. Juan Holgado les ponia muy mal gesto, y ellos en venganza, el uno se le llevó el pelo, el otro las herramientas [1]), otro le encorbó el espinazo que parecia una hoz, y el otro le obsequió con una cojera. — Un dia se puso malo, y la Muerte le mandó memorias con un murciélago, lo que no le hizo á Juan Holgado maldita la gracia. Otro dia le acometió la pituita y la Muerte le mandó á decir con una lechuza que pronto lo visitaria; Juan Holgado

1) Dientes.

le dijo á la lechuza que se fuese á freir monas. Otro dia le dió un accidente, y la Muerte le mandó á decir con un perro que se puso á ahullar á la puerta, que estaba en camino. Juan Holgado le tiró la muleta al perro y lo mandó á un *asta*; (digo *asta* por no gastar una voz mas cruda, pues sé ante quien hablo, y aunque basto, pues entre matas me crié, sé crianza, que mi padre me la enseñó con una cartilla de acebuche). Se empeoró el enfermo, y la Muerte llamó á la puerta. Juan Holgado mandó atrancar, y asimismo que no le abriesen; pero la Muerte se coló por una rendija. Señá Muerte, la dijo Juan Holgado con muy mal gesto, me dijisteis que no vendriais miéntras mi caca no se desconchase; así es, que á pesar de los recaditos, yo no aguardaba á su mercé. ¡Y qué! respondió la Muerte, ¿no te se han ido las fuerzas? ¿no te se han caido los dientes y el cabello? tu cuerpo es tu casa.

—No sabia tal, señora, dijo el enfermo; así es, que fiado en vuestra palabra, vuestra venida me sobrecoge.

—Peor para tí, Juan Holgado, respondió la Muerte, puesto que el que está siempre prevenido nunca le sobrecoge ni turba mi llegada; pero vosotros ciegos estáis, cuando no conocéis, que nacéis para padecer, y morís para descansar.

LA SUEGRA DEL DIABLO.

Pues señor, érase, en un lugar llamado Villagañanes, una viuda mas fea que el sarjento de Utrera, que reventó de feo; mas seca que un esparto; mas vieja que el andar á pié, y mas amarilla que la epidemia. — En cambio tenia un genio tan maldito, que ni el mismo Job lo hubiera aguantado. Habíanla puesto por apodo la tia Holoférnes, y apénas asomaba la cabeza, cuando todos los muchachos daban á huir. — Era la tia Holoférnes limpia como el agua, y hacendosa como una hormiga, y por lo tanto no tenia poca cruz con su hija Pánfila, la que á la contra era tan holgazana y tan amiga del padre Quieto, que no la movia un terremoto. — Así es que la tia Holoférnes empezaba riñendo con su hija cuando Dios echaba sus luces, y cuando las recogia aun duraba la fiesta. — «Eres, la decia, floja como el tabaco de Holanda, y para sacarte de la cama se necesita una yunta de bueyes. — Huyes del trabajo como de la peste, y te gusta mas la ventana, chiquilla sin vergüenza, que á una mona. — Mas enamorada eres que el tio Cupido; — pero ó he de poder poco, ó has de andar mas derecha que un huso y mas ligera que el viento. — Pánfila, al oir esto, se levantaba, bostezaba, se esperezaba, y cogiéndole las vueltas á su madre, se iba á la puerta de la calle.

La tia Holoférnes, sin advertirlo, se ponia á barrer con una actividad desatinada, acompañando el ruido de la escoba con monólogos de este tenor.

— En mis tiempos las muchachas trabajaban como machos.

La escoba hacia chis, chis, chis.

— Vivian recogidas como monjas.

Y la escoba chis, chis.

— Ahora son un hato de locas — chis, chis.

— De haraganas — chis, chis.

— No piensan mas que en los novios — chis, chis.

— Y estos son un hato de perdidos — la escoba seguia otorgando con su chis, chis.

Llegando á la sazon cerca del zaguan, veia á la hija haciendo señas á un mozuelo, y el baile de la escoba terminaba en un bien parado sobre las espaldas de Pánfila, que obraba el milagro de hacerla correr. En seguida se dirigia la tia Holoférnes, empuñando su escoba, á la puerta; pero apénas se asomaba, cuando su cabeza, haciendo el efecto acostumbrado, desaparecia tan ligero el pretendiente, que no parecia sino que le habian salido alas en los piés.

— ¡Maldita enamorada! gritaba la madre; te he de romper cuantos huesos tienes en tu cuerpo.

— Por qué? ¿porque pretendo casarme?

— ¿Que dijiste? ¡casarte, loca de atar! no en mis dias.

— ¿Pues Vd. no se casó, señora? ¿y mi abuela, y mi bisabuela?

— Harto me pesa, pues ello fué causa de que te pariese á tí, deslenguada: y ten entendido que si yo me casé y se casó mi madre y mi abuela, no quiero que te cases tú, ni mi nieta, ni mi biznieta; ¿lo has oido?

En estos suaves coloquios pasaban la madre y la hija su vida, sin otro resultado que ser la madre cada dia mas regañona, y la hija cada dia mas enamorada.

En una ocasion en que la tia Holoférnes estaba haciendo la colada, y en punto de hervir la lejía, hubo de llamar á su hija para que le ayudase á alzar la caldera del fogon, y á verter su contenido sobre la canasta de colar. La hija la oia con un oido, pero con el otro atendia á una voz conocida que cantaba en la calle:

Yo te quisiera querer
y tu madre no me deja:
el demonio de la vieja
en todo se ha de meter.

Siendo para Pánfila el pelar la pava una perspectiva mas halagüeña que la caldera de la lejía, dejó que se desgañotase su madre, y acudió á la reja.

Entre tanto, viendo la tia Holoférnes, que su hija no venia, y que se le pasaba la hora, agarró sola la caldera para verter el caldo sobre la ropa; y como era la buena mujer chica y de pocas fuerzas, la derramó y se abrasó un pié. A los gritos desaforados que daba la tia Holoférnes, acudió su hija.

— ¡Maldita, remaldita, malditísima, le decia la tia Holoférnes hecha un basilisco; enamorada de Barrabas! sin mas pensamiento que el casorio! permita Dios que te cases con el demonio!

Algun tiempo despues de esto se presentó un pretendiente, que era uno como pocos; mozo, blanco, rubio, y bien portado, y con los bolsillos bien provistos; no habia *pero* que ponerle, y ninguno pudo hallar la tia Holoférnes en su arsenal de negativas. A Pánfila le faltaba poco para volverse loca de alegría; hiciéronse pues, (con el debido acompañamiento de regaños por parte de la futura suegra del novio) los preparativos de la boda. — Todo marchaba ligero, derecho, y sin tropiezo como por un camino de hierro, cuando, sin saber porqué, la voz del pueblo, voz que es como una personificacion de la conciencia, empezó á levantar una sorda reprobacion contra aquel forastero, á pesar de que se mostraba afable, humano, dadivoso; hablaba bien y cantaba mejor, y apretaba entre sus blancas y ensortijadas manos las negras y callosas de los gañanes. — Ellos empero no se daban por honrados ni subyugados de tanta cortesía; su razon era tan tosca, pero tambien tan fuerte y sólida como sus manos.

¡Por via de Sanes! decia el tio Blas; pues ¿no me llama ese usía mal encarado *Señor Blas*, como si yo la echase de mas y mejor? — ¿Qué te parece?

— Pues ¿y á mí? respondia el tio Gil ¿no me viene á dar la pata, como si algo tuviésemos que freir juntos? — ¿No me dice que soy ciudadano yo, que jamas he salido ni quiero salir de la aldea?

Por su lado la tia Holoférnes, miéntras mas miraba á su yerno, mas le miraba de reojo. Parecíale que entre aquellos

inocentes cabellos rubios y el cráneo, se interponian ciertas protuberancias de mala especie, y recordaba con recelo aquella maldicion que echó á su hija el dia de triste memoria en que averiguó á punto fijo lo que duele una quemadura de lejía hirviendo.

Por fin llegó el dia de la boda. La tia Holoférnes habia hecho tortas y reflexiones; las primeras dulces, las segundas amargas; una gran olla podrida para la comida, y un gran proyecto dañino para la cena; habia preparado un barril de vino generoso, y un plan de conducta que no lo era. — Cuando los novios se iban á retirar á la cámara nupcial, llamó la tia Holoférnes á su hija y la dijo: cuando estén Vds. recogidos en su aposento, cierra bien todas las puertas y ventanas; tapa todas las rendijas, y no dejes sin tapar sino únicamente el agujero de la llave. — Toma en seguida una rama de olivo bendito, y ponte á pegar con ella á tu marido hasta que yo te avise; esta ceremonia es de cajon en todas las bodas y significa que en la alcoba manda la mujer, y sirve para sancionar y establecer ese mando.

Pánfila, obediente por la primera vez á su madre, hizo todo como lo habia prescrito la pícara vieja.

Apénas vió el novio la rama del olivo bendito en manos de su mujer, cuando echó á huir precipitadamente. — Pero como hallase puertas y ventanas cerradas, y las rendijas tapadas, no viendo mas escapatoria que el agujero de la llave, se coló por él como por una puerta cochera, porque habrán Vds. caido, así como lo sospechó la tia Holoférnes, en que aquel guapo mozo tan rubio y blanco y tan bien hablado, era ni mas ni ménos que el diablo en persona, el cual usando del derecho que le daba el anatema que contra su hija lanzó la tia Holoférnes, queria regalarse con los obsequios y regocijos de una boda, cargando luego con su mujer, haciendo así en beneficio propio lo que tantos maridos le suplicaban hiciese en el de ellos.

Pero este señor, á pesar de que sabe mucho segun es fama, habia dado con una suegra que sabia mas que él, (y no es la tia Holoférnes el único ejemplar de esta especie). — Así, apénas entró su Señoría en el agujero de la llave, dán-

dose el parabien de haber hallado como siempre la escapatoria, cuando se encontró preso en una redoma, que su prevenida suegra tenia aplicada por fuera al agujero de la llave, y no bien estuvo dentro cuando la vieja tapó la vasija herméticamente: rogábale el yerno con las voces mas tiernas y las súplicas mas humildes, con los ademanes mas patéticos, que le diese carta de libertad. Hacia presente cuanto faltaba con aquella arbitrariedad al derecho de gentes, con aquel despotismo á la constitucion. Pero á la tia Holoférnes no la embaucaba el diablo, ni la desconcertaban arengas, ni la imponian palabrotas; y así no hubo tu tia: cargó con la redoma y su contenido; se fué á un monte, y trepando, trepando con vigor, llegó á su elevada cima, escarpada y solitaria, donde depositó la redoma porque le sirviese de cresta, y se alejó amenazando á su yerno con el puño cerrado á guisa de despedida.

Allí permaneció su Señoría diez años. — ¡Qué diez años, señores!!! el mundo estaba como una balsa de aceite. — Cada cual atendia á lo suyo, sin meterse en lo que no le competia. — Nadie deseaba ni el puesto, ni la mujer, ni la propiedad ajena; — el robo vino á ser una palabra sin significado; las armas enmohecieron; la pólvora se consumió solo en fuegos artificiales; los locos no pasaron de divertidos; las cárceles se vieron vacías; en fin, en esa década del siglo de oro, no acaeció sino un solo *deplorable evento* ... los abogados se murieron de hambre y de silencio.

Mas ¡ay! — Tan feliz estado habia de tener fin; todo lo tiene en este mundo, ménos los discursos de algunos elocuentes padres de la patria. El fin de la envidiable decena fué del modo siguiente.

Un soldado llamado Briónes habia obtenido licencia para ir por unos dias á su pueblo, que lo era Villagañanes. Seguia este un camino que rodeaba al encumbrado monte, sobre cuya cúspide estaba el yerno de la tia Holoférnes, renegando de todas las suegras, presentes, pasadas y futuras, prometiéndose á sí mismo acabar con esa clase viperina, cuando reconquistase su poder, valiéndose para este fin de un medio sencillo, el de abolir el matrimonio: entre tanto pasaba el

tiempo en componer y recitar sátiras contra la invencion de la colada.

Llegado al pié del monte, Briónes, que segun lo decia su apellido tenia brios aumentativos, no quiso echarse á un lado como lo hacia el camino, sino que siguió derecho, asegurando á los arrieros que venian con él, que si el monte no se le quitaba de delante pasaria por encima de él, aunque fuese tan alto que le costara descalabrarse contra la bóveda del cielo.

Llegado arriba, quedóse Briónes admirado al ver aquella redoma que á manera de verruga llevaba el monte en las narices: — cogióla, miróla al trasluz, y al percibir al diablo, que con los años, el encierro y ayuno, los rayos del sol, y la tristeza, se habia quedado tan consumido y amojamado como una ciruela pasa, esclamó asombrado:

— ¿Qué bicho, qué mal engendro, qué fenómeno es este?

— Soy un honrado y benemérito diablo, mejorando lo presente, contestó humilde y cortésmente el encerrado: la perversidad de una traidora suegra (que en mis garras caiga) me tiene aquí encerrado hace diez años; libértame, valiente guerrero, y te otorgaré el favor que me pidas.

— Quiero mi licencia; respondió Briónes sin vacilar.

— La tendrás; pero destapa, destapa pronto, que es una monstruosa anomalía tener arrinconado en este tiempo de revoluciones al primer revolucionario del mundo.

Briónes sacó un poco el tapon y salió de la redoma un vapor mefítico que le subió al cerebro. Estornudó y en seguida se apresuró á volver á apretar el tapon con la mano estendida dando una furiosa palmada, de modo que el corcho se hundió depronto, estrujando al preso, que dió un grito de rabia y dolor.

— ¿Qué haces, vil gusano terrestre, mas malo y pérfido que mi suegra? esclamó.

— Es, respondió Briónes, que pongo otra condicion en nuestro trato; me parece que el servicio que voy á hacerte lo vale.

— ¿Y cuál es esa condicion, pesado libertador? preguntó el diablo.

— Quiero por tu rescate cuatro duros diarios miéntras yo viva. — Piénsalo, pues esta sí que es la de dentro ó fuera.

— Por Satanas, por Lucifer, por Belcebú, esclamó el diablo, miserable, avariento, no tengo dinero.

— ¡Oh! repuso Briónes, vaya una respuesta para un señoron como tú! esa es, compadre, respuesta de ministro. — Ni te pega á tí ni me conviene á mí.

— Pues ya que no me crees, dijo el diablo, déjame salir, y te ayudaré á procurártelo como he hecho con muchos otros: eso es lo que puedo hacer por tí. Suéltame, con mil de los mios, suéltame.

— Poco á poco, contestó el soldado, nadie nos corre, y maldita la falta que haces en el mundo. Ten entendido que te he de tener agarrado por la cola hasta que me cumplas lo prometido, y si no, no hay nada de lo dicho.

— ¿No te fias de mí, insolente? gritó el diablo.

— No, respondió Briónes.

— Lo que me pides es contra mi dignidad, dijo el preso con toda la arrogancia que podia demostrar una ciruela pasa.

— Pues me voy, dijo Briónes.

— Agur, dijo el diablo, por no decir adios.

Pero viendo que Briónes se alejaba, empezó el preso á dar desaforadas vueltas por la redoma, llamando á gritos al soldado.

Vuelve, vuelve, amigo querido, decia, y para sí añadia: ¡que no te cogiera un toro de cuatro años, truhan desalmado! pero seguia gritando: ven, ven, benéfica criatura, libértame, y agárrame por la cola ó por las narices, guerrero benemérito; y seguia murmurando: de mí cuenta queda vengarme, soldado perverso; y si no puedo lograrlo haciéndote yerno de la tia Holofernes, he de hacer que ardáis cara con cara en la misma hoguera, ó he de poder poco.

Al ver las súplicas del diablo, volvió Briónes y destapó la redoma. Salió el yerno de la tia Holofernes como un pollo del cascaron, sacando primero la cabeza, y sucesivamente todo el cuerpo, y por último la cola, de que se asió Briónes, por mas que quiso encogerla el rabudo.

Despues que el ex-preso, que estaba bastante entumido, se sacudió y esperezó, estirando bien los brazos y las piernas, se pusieron en camino para la corte, raneando el diablo por delante, y siguiéndole el soldado llevando la cola bien cogida con sus manos.

Llegados que fueron á la corte, díjole el diablo á su libertador:

— Voy á meterme en el cuerpo de la princesa, á quien el rey su padre quiere con estremo, y la daré tales dolores que ningun médico los sepa curar; te presentarás tú entónces, ofreciéndote á curarla, mediante la recompensa de cuatro duros diarios, y saldré; al punto se aliviará y nuestras cuentas quedarán saldadas.

Todo sucedió segun lo habia arreglado y previsto el diablo; pero no acertó á prever que al quererse marchar Briónes le agarró por la cola y le dijo:

— Bien pensado, Señor, son cuatro duros una mezquindad indigna de vos, de mí y de servicio que os he prestado. Buscád medio de mostraros mas generoso. Eso os hará honor en el mundo, donde (perdonád mi franqueza) no gozáis de la mejor opinion.

— Que no pueda yo cargar contigo! (dijo para sí el demonio) pero estóy tan débil y tan entumecido, que ni puedo conmigo mismo. ¡Tengo, pues, que tener paciencia! eso que los hombres llaman una virtud. Oh! ya comprendo por qué vienen tantos á mi poder, por no haberla practicado. Anda pues, maldito de cocer, anda, que de la horca has de venir á la caldera, donde todo saldrá á la colada. Vamos á Nápoles, ya que me es preciso ceder para libertad mi rabo, del que no me desprendo porque no me es posible. Vamos y nos valdremos del arbitrio de ántes para saciar tu codicia.

Todo salió á medida de su deseo. La princesa de Nápoles se revolvia convulsa de dolores en su lecho. El rey estaba en la mayor afliccion.

Presentóse Briónes con la arrogancia del que sabe que el diablo le ayuda. El rey admitió sus servicios, pero puso una condicion, que fué, que si en tres dias no curaba á la princesa, como ofrecia hacerlo con tanta seguridad, seria el pre-

suntuoso doctor ahorcado. Briónes, seguro del buen éxito, no puso la menor objeccion.

Por desgracia oyó el diablo el trato, y dió un brinco de alegría al ver cómo se le venia á las manos la ocasion de vengarse.

El brinco del diablo causó á la princesa tales dolores, que gritó se llevasen al médico.

Al dia siguiente se repitió la misma escena. Briónes conoció entónces que el diablo hacia de las suyas y que su intencion era dejarle ahorcar. Pero Briónes no era hombre que perdia la cabeza.

Al tercer dia cuando el presunto médico llegó estaban levantando la horca frente á la puerta del mismo palacio.

Al entrar en la estancia de la princesa redoblaron los dolores de la paciente, y se puso á gritar que echasen fuera á aquel curandero impostor.

— Todavía no se han agotado todos mis recursos, dijo Briónes con gravedad. Dígnese V. A. aguardar un rato. Salió en seguida, y dió órden en nombre de la princesa que repicasen todas las campanas de la ciudad.

Cuando volvió á la estancia real, el diablo que aborrece de muerte el sonido de las campanas, y que ademas es curioso, preguntó á Briónes: ¿á qué santo es el repique?

— Repican, respondió el soldado, por la llegada de vuestra suegra, que he mandado á llamar.

Apénas oyó el diablo que llegaba su suegra, cuando echó á huir con tal rapidez que ni un rayo del sol le hubiese alcanzado. Ufano como un gallo, pero mas feliz que el de Moron, se quedó Briónes cacareando y con plumas.

TRIBULACIONES DE UN REMENDERO.

Habíase un zapatero remendon, que en punto á feo no habia quien le ganase, ni en punto á mal genio habia quien le igualase. Sentado ante su mesilla, en su casa-puerta, calado el gorro de algodon que habia sido azul y blanco, cuyos colores, subiendo el blanco, bajando el celeste, se habian fundido en un tinte incalificable, ó sea tinte *union sospechosa*, puesto su delantal de cuero y sus espejuelos de cuerno, era el dicho remendon el negro blanco de todos los traviesos chiquillos del barrio, los que con todas las viejas de ídem, que eran sus parroquianas, habian gastado la paciencia del remendon hasta dejarlo sin ninguna.

El tio Hormazo, que era el nombre que le habian puesto, por ser su habitual amenaza á los chiquillos tirarles un hormazo, era un hombre grave y muy rígido; convenia en que las botas debian salir á la calle, pero las mocitas no; que los zapatos debian tener compañero, pero que las mozas recatadas no debian tener otro que el anafe, el torno de hilar, y el rosario.

Pero su hija Mariquita no era de la misma opinion que su padre, porque nunca dió orugon mas feo y rastrero, vida á mas vistosa y casquivana mariposa: esta mariposa se habia enamorado y entendido por señas con un teniente, el que maldita la gracia le hacia al tio Hormazo: este, por vigilar y cuidar á su hija, iba descuidando los zapatos viejos, y por atender á la fama de su hija iba perdiendo la suya.

Una mañana estaba el tio Hormazo mas desesperado que nunca; el almidon, aunque mas podrido que de costumbre, se lo habia comido el gato que estaba muerto de hambre; el

hilo se le habia enredado, y el cerote se le habia perdido; ya habia reñido con tres viejas, que habian prometido vengarse, cuando llegó una mozuela desenvuelta, la cual dijo sin preámbulo:

— ¿Y mis zapatos?

— No están, contestó lacónicamente el tio Hormazo.

— Habráse visto viejo mas embustero! ¿no me dijo Vd. que estarian?

— Me equivoqué.

— No podré ir al fandango, dijo pateando la mozuelilla.

— Mejor: las mocitas pierden su estimacion en los fandangos; á coser, á barrer; ea, anda!

— Pues he de bailar y he de cantar miéntras me dé gana: ¿está Vd.? que yo vengo aquí por mis zapatos y no por sermones: vaya con el viejo este, que no quiere que se cante y se baile y miente mas que el almanaque!

Y se fué cantando á gritos:

A la puerta de un sastre
todas son tiras,
y á la de un zapatero
todas mentiras.

Tienen los zapateros
en el cogote
un letrero que dice
viva el cerote.

El tio Hormazo impaciente iba á contestarla, cuando entró un chiquillo.

— ¿Qué quieres? preguntó con su vocejon y torba y desconfiada mirada el remendero.

— Preguntarle á Vd., tio Hormazo, si ha confesado.

— ¿Te vas, ó te envío al demonio?

— Es que venia á enseñarle á Vd. su confesion, que es así:

yo zapatero
pecandero
embustero
me confieso á Andero,
á Pedro Botija
y á Anton Perulero.

— Bribon, tunante! si te tiro un hormazo te abro la crisma.

Pero la amenazada crisma estaba ya fuera de tiro.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando se presentó otro marchante. Este no fué mal acogido, porque traia en la mano un zapato que por delante abria una inmensa boca como un gran pez que parecia amenazar al tio Hormazo: en cuanta al talon, era una triste ruina; aquel edificio yacia por tierra.

— Déjalo ahí, dijo sin asustarse y sin condolerse el remendon, hecho á ver como un cirujano de ejército descalabros, y como un anticuario ruinas.

— Cuidado! que dice mi madre que quede bien cosido y firme!

— Pues ... mire la advertencia! gruñó el tio Hormazo: ¿te se ha figurado, metebulla, que coso yo con telarañas?

— Lo advierto, respondió el chiquillo tomando el portante, porque:

Dice el remendero pobre
Tente, tente hasta que cobre.

— Por via del demonio malo tu padre! ... que si te tiro un hormazo te has de acordar de mí.

— Tio Hormazo! dijo otro muchacho presentándose con los fueros de embajador, de parte mi abuela por *mor* de Vd. que no le ha cosido el zapato no puede ir á misa, y que es Vd. un judío.

— ¡Yo judío! ¡mira so insultante! vuélveme con otra insolencia, y por mí la cuenta si con el hormazo que te tire no te dejo estampados los sesos en la pared, so bribon! díle á la malhablada de tu abuela que los descalzos se van mas fácil á la gloria que los calzados.

— Entónces, tio Hormazo, ya que calza Vd. cristianos, está Vd. trabajando para el diablo; bien dice mi abuela que es Vd. un judío, y asina dice la copla:

Un remendero fué á misa
y no sabia rezar,
y andaba por los altares
¿zapatos que remendar?

Esta vez la horma fué por los aires; pero dió contra la puerta, cuando ya estaba el chiquillo en la acera de enfrente cantando:

zapatero, remendero
come tripas de carnero.

— ¡Pues no es este un oficio para condenar á un cristiano! esclamó desesperado el antítesis de Heródes; esto es la víctima de la tiranía muchachil (ay! ¡y no es la sola, que bastantes hay!) vamos, señor, que ni la paciencia de Job! hato de pillos!

Entónces se asomó al umbral, y subió el poyete con mucho trabajo, quedándose plantado en él, un sujeto microscópico de cinco años, que apénas hablaba claro: recobrado su equilibrio, merced á apoyar una mano en la pared, se quedó derecho, y presentando como presenta una centinela el fusil, una gran asta de buey al tio Hormazo, dijo:

Señor remendero garboso
Quié Vd. hacé unos zapatos pa este buen mozo?

— Ah gurrapatillo! esclamó fuera de sí el remendon; ¿tú tambien te metes á hacer burla? Ahora lo verás!

Pero como el enemigo era tan débil, y el tio Hormazo generoso, no acudió á su arma favorita la horma, sino que cogió una escoba de mano y se la tiró al gurrapato: este asustado, se habia vuelto; pero no atinaba á bajarse por lo cual el proyectil le dió con todo su ímpetu por detras, cayendo al suelo hechos un lio el gurrapato, el asta y la escoba de mano. Al oir los poderosos berridos que daba el *porta asta* acudieron de la casa contigua su madre, su abuela, su tia, su madrina, y media docena de vecinas á cual mas compadecidas de la víctima, y á cual mas enardecidas de indignacion contra el Fierabras remendero. Como un fuego graneado fueron lanzados al tio Hormazo los siguientes requiebros:

La madre. ¡Hereje!

La abuela. ¡Heródes!

La tia. ¡Alma de Cain!

La madrina. ¡Sin entrañas!

La prima. ¡Desalmado!

Una vieja. ¡Judío!

Una modista. ¡Neron!

La mujer de un miliciano. ¡Déspota!

La mujer de un marinero. ¡Pirata!

La mujer de un soldado. ¡Moro Riff!

Una corsetera francesa. ¡Ogre!

Una negra mendiga. ¡Caravali Bozal!

Una beata. ¡Impío!

Una antirusa. ¡Cosaco!

Una chiquilla. ¡Bu!

El blanco de todas aquellas iras siguió tranquilamente uniendo suelas y palas desunidas, sin hacer otra cosa que repetir de cuando en cuando: esta vez ha sido la escoba; la primera vez que ese escuerzo mal criado se venga haciendo burla de un hombre *respetuoso*, será un hormazo el que le enseñe crianza; estás prevenida, Juana Gañotes.

Pero no estaba el tio Hormazo al cabo de sus tribulaciones, pues en este instante vió pasar rozagante con la gorrita de cuartel terciada sobre la frente y aire jaque al asistente del oficial, que merced á la bulla y algazara que habia allí armada, esperó poder pasar sin ser notado por el cancerbero de la pretendida de su teniente. Mas se engañó: al vigor del can, unia el remendon los cien ojos de Argos.

Al ver el tio Hormazo aquella aparicion garbosa y hostil, su temple se acabó de agriar, y se puso de concierto con el de su almidon. Se dió un puñetazo en la cabeza, con lo cual quedó el gorro de algodon terciado sobre su calva, y el mismo aire *crâne*, (como dicen los franceses,) que tenia la gorra de cuartel del asistente. Habiendo en consecuencia de esto quedado descubierta una de sus orejas, pudo oir perfectamente lo que al pasar, sin detenerse, y en voz de tenor cantaba el Mercurio, y era esto:

> Arandin, arandin, arandé,
> Señá Mariquita atiéndame usté.

Y siguió su camino.

— Yo tambien atiendo, dijo para sí el remendon, metiendo y sacando el hilo con las fuerzas de un Hércules y con los brios de un Aquíles.

De ahí á un rato volvió á pasar el enemigo cantando en la misma voz de tenor:

> Señá Mariquita la del falalá,
> Dice mi teniente que vaya usté allá.

Y pasó como quien no quiere la cosa.

— ¿Habráse tunantes? gruñó indignado el severo remendon.

Al cabo de quince minutos hizo el militar su tercera aparicion: el remendero estrujó de coraje entre sus manos una suela vieja; entónces oyó abrirse suavemente la ventana de su habitacion, y una voz de tiple que cantaba:

> Arandin, arandin, arandero,
> Díle á tu teniente que allá iré y luego.

Apénas concluia la voz de tiple, cuando el tio Hormazo, tirando furioso la mesa con todos sus despojos y cachivaches, teniendo en su alzada mano una horma, salió á la calle cantando con un formidable vocejon de bajo:

> Arandin, arandin, arandaso,
> Como te menees te tiro un hormaso. [1])

---

1) Este cuento tiene su gracia en que se cantan los trozos del arandin con una graciosa tonada que le es propia, en voz de tenor, de tiple y vocejon de bajo.

CHASCARRILLOS.

Un cura predicaba sobre el milagro de pan y peces, y habiéndose equivocado, dijo que cinco mil peces bastaron para satisfacer á cinco personas. — ¿Y no se ahitaron? le preguntó un chusco. — No, y ahí estuvo el milagro, contestó el predicador sin perturabrse.

Unos estudiantes que iban por un camino, vieron en un cerro á un pastor y se propusieron burlarse de él. — Tio! le gritaron: ¿ha visto Vd. pasar por aquí un burro? — ¿Llevaba albarda? repuso el pastor con mucha cachaza. — Sí. — ¿Y jáquima? — Tambien. — ¿Y batícola? — Sí. — ¿Y cincha? — Sí. — Pues no lo he visto, respondió el pastor.

Iba uno por un camino y se encontró con otro que campechanamente le preguntó: — Compadre, es este el camino de la villa? — A lo que el otro le contestó volviéndole la espalda: — Ni este es el camino, ni yo soy su compadre.

Una se fué á confesar y dijo: — En el primer mandamiento no pequé, en el segundo sí, váyase lo uno por lo otro, y así siguió con los demas. — El padre que era vivo y se iba impacientando, le dijo cuando concluyó: el año pasado te di la absolucion; este no te la doy, y váyase lo uno por lo otro.

Un cura muy celoso por el culto, quiso hacer una funcion al patrono del pueblo; pero este que era muy pobre, no tenia para su iglesia ni órgano, ni sochantre. El barbero era un cantador y tocador de fama, y al cura se le ocurrió pregun-

tarle si seria capaz de acompañarle en una misa cantada. El barbero, que era fanfarron, y se creia capaz de todo, le contestó muy en sí, que lo era para eso, y para cuanto hubiese que cantar en el mundo. Mucho se alegró el buen cura que desde luego dispuso su funcion, mandó repicar á misa mayor, y previno la iglesia, la que el dia siguiente se llenó de gente, y comenzó el cura su misa cantada, tan confiado en las promesas del barbero. Peró cuál seria su asombro y su despecho, cuando al entonar el Gloria, notó que el barbero en tono de fandango prosiguió el canto con acompañamiento rajado de esta suerte: ay qué gloria, qué gloria, qué gloria; tan, tan, tan, tan, tan, tan, y entusiasmándose con lo bien que resonaba la guitarra y su voz en la bóveda del coro, continuó cada vez mas recia y precipitadamente: ay, qué gloria, qué gloria, qué gloria, tan, tan, tan, tan, tan, tan. Hasta que no pudiendo ya sufrir el cura aquella estúpida irreverencia, arrastrado por su impaciencia é indignacion, se volvió hácia el coro y levantando los brazos esclamó: ay qué bestia! qué bestia! qué bestia! qué bestia!

Un soldado fué alojado en un pueblecito en casa de la alcaldesa, que lo recibió muy mal. Hágame V. el favor, le dijo el soldado, de despertarme á las tres, que tenemos que marchar: á lo que le contestó su patrona con mal gesto señalándole hácia un gallo y dos gallinas que, colocadas las unas debajo del otro, estaban sobre dos palos atravesados: ahí tiene V. el reloj, que lo despertará, porque en punto de las tres canta. Y así sucedió; el soldado se levantó, cargó con el gallo y las gallinas, y dejando escrito con un carbon en la pared de la cocina: con Dios, señora alcaldesa, que me llevo el reloj y las pesas.

Díjole un ciego á un muchacho que llevaba de lazarillo que fuese á una tienda de montañes en que le solian socorrer, á pedir una limosna. — Diéronle una sardina frita que el chiquillo se comió, y dijo al ciego que no le habian dado nada: pero el ciego que notó el olor de la sardina, conoció el embuste y le dió una paliza. — Siguieron andando y el

lazarillo llevó al ciego derecho hácia una esquina contra la que se dió un tremendo encontronazo ... Pícaro! esclamó el ciego, y el chiquillo le contestó echando á correr:

y Vd., que olió la sardina,
¿por qué na ha olido la esquina?

-

Habia un viejo que tenia un peral y todos los años le quitaban las peras sin que pudiese averiguar quienes eran los ladrones. Desesperado determinó, quedarse una noche de luna en acecho, asomado á la ventana de una bohardilla. — A eso de media noche, vinieron unos estudiantes disfrazados de fantasmas, con velas en las manos y sárgenas en los hombros, y se encaminaron en procesion hácia el peral cantando en tono de prefacio:

Andar, andar,
hasta llegar al peral.
Cuando éramos vivos
andábamos por estos caminos;
y ahora que estamos muertos,
andamos por estos desiertos.
¿Hasta cuando durarán nuestras penas?
Hasta que las sárgenas estén llenas.

Ay! dijo el viejo; estas son las almas de los que me han robado las peras, que están penando su delito. R. I. P. A., y se fué á acostar.

Habia un hombre que era tejedor; tenia una mujer muy buena y muy viva, pero le habia dado la manía de ser celoso, y de figurarse que su honrada mujer le podia faltar. Una mañana sabiendo que su mujer habia ido á confesar, y queriéndose cerciorar de si sus sospechas eran ciertas, se puso un hábito de fraile y se sentó en el confesonario. Llegó la mujer, que lo habia conocido y le dijo: — Acúsome, padre, que he tenido amores con un mozo, despues con un viejo, y despues con un fraile. — Véte de aquí! le dijo el fingido fraile; no hay absolucion para tales delitos.

Fuése en seguida á su casa, y se puso á tejer; pero como

estaba tan rabioso, empezó á cantar para que lo oyese su mujer:

Acúsome, padre, con mucho descoco
Que he tenido amores con un hombre mozo.
Despues con un viejo, despues con un fraile,
Y teje que teje, y dále que dále.

A lo cual ella, en la misma tonada, contestó de esta suerte:

Si te lo dije fué por ser verdad
Puesto que te quise en tu mocedad.
Ayer siendo viejo, y hoy siendo fraile;
Y teje que teje, y dále que dále.

Con lo cual se quedaron tan amigos por ciento y un años.

Se estaba confesando un jitano, y dijo al confesor: — Padre, me confieso que he robado una soga. — Válgame Dios, y que no podáis resistir á esta tentacion, que es un pecado mortal! y gracias que no fué cosa mayor. — Es que detras se vino la jáquima. — ¿Esa mas? — Y detrás la albarda. — La albarda tambien? — Y debajo se vino la mula. — Esa es mas negra! esclamó el confesor. — No señor, respondió el jitano; mas negra era la otra que se vino detras de la primera. [1])

Vivia un matrimonio sordo con su madre sorda, y tenian una hija y un hijo sordos. Iban mal sus asuntos, y no habiendo pagado el alquiler de su casa por muchos meses, el dueño de la finca los mandó mudar. Una mañana que iba el marido á la plaza, se dió de manos á boca con el amo de la casa. — ¿Qué tal le va á V. en su casa nueva? le preguntó este al verlo.

— ¿Que me va V. á embargar por lo que le adeudo? esclamó asustado el sordo. — No hombre, no digo eso. — ¿Que hoy mismo? tornó á esclamar el sordo estremecido, y echó á correr que bebia los vientos hácia su casa, á la que llegó desalado. Su mujer estaba mala: mujer, la gritó al entrar,

---

1) Aquí encuentra su origen el dicho vulgar de „esa es mas negra.“

manda fuera de casa las cosas de mas valor, que hoy nos van á embargar. — Tu padre dice que no se halla el jarabe de malva loca blanca, que es el solo que me alivia el pecho! dijo la pobre enferma á su hijo. — Madre dice que no me puede coser la chaqueta. Sin ella no puedo salir; conque cósemela tú, dijo el hijo á su hermana. — Su hermana se echó á llorar y le dijo á su abuela: — Mi hermano dice que José le habla á Petrola!! — siempre pensé que ese mal nacido nos hacia cara á las dos. — ¿Conque al fin se ha sabido que fué el monacillo quien le robaba las velas á San Pancracio? me lo sospeché y se lo dije al sacristan, contestó la abuela.

El lector. — ¿Esto es lo que llaman los Andaluces un chascarrillo? confieso que no le hallo ni chispa, ni sentido.

Tio Romance. — Lo poco nunca dió mucho, Señor; pero no deja de ser este chascarrillo un proverbio puesto en accion, y es el de: *Cada uno trata de lo que mata*, y suele ser sordo á apuros ajenos.

Habia en Sanlúcar de Barrameda una hermandad de San Pedro, que pensó en hacerle al santo en su dia una funcion de las buenas. Aviaron de un todo la iglesia, que pusieron como nueva; compraron la cera y apalabraron al predicador, á los cantores y á los músicos.

Estando la víspera vistiendo al santo, cate V. que se les cae de las manos y se hace pedazos, incluso el gallo, que se le quebró una pata y se descrestó.

Aquí de los apuros! ¿qué se hacia? los hermanos estaban cuajados, ahilados, de manera que si les hubiesen puesto un papel en la boca se ahogaban. El hermano mayor, al que no se le iban las marchanas, propuso que se llamase á un zapatero viejo, á quien por su perfecta semejanza con el santo, le habian puesto por nombre tio San Pedro, para que durante la funcion, y vestido con la ropa del santo, ocupase su puesto en el altar mayor.

Cuando se lo propusieron al buen zapatero, dijo que nones, porque miéntras estuviese él llorando en el lugar del

santo, no habia este de estar en el suyo remendando los zapatos que tenia que entregar.

Al fin, por una onza que le ofrecieron se convino; lo vistieron y lo colocaron en el camarin, y era tal la identidad, que cuando acudió la gente á la funcion, nadie pensó que el San Pedro de aquel año, fuese de carne y hueso, y ménos que á cada uno de por sí le hubiese remendado los zapatos que llevaba puestos.

Todo fué bien al principio; pero poco á poco se iba cansando el tio San Pedro de estar en la misma postura; dábanle unas fatigas y unos mareos, que veia al predicador y al púlpito boca abajo, y no digo nada, cuando en el sermon, que acertó á ser muy largo, se le fué al predicador el santo al cielo, y se atajó en el paso en que canta el gallo. Al tio San Pedro un sudor se le iba y otro se le venia. — «Sí, hermanos, no lo dudéis, decia, y volvia á decir el predicador, el gallo cantó.» — Y V. ¿cuándo acabará de cantar, que es V. mas cansado que un rano? le gritó el tio San Pedro, á quien se le habia acabado el aguante.

Al oir aquella reconvencion del santo, el predicador cayó accidentado y las gentes echaron á huir atropellándose en la puerta y diciendo: — ¡Jesus! vaya un genio que tiene San Pedro! y en tocándole á lo del gallo pierde su mercé los estribos.

AGUDEZAS.

Una maja buena moza estaba parada en el quicio de una puerta con la mantilla terciada, los brazos cruzados, y apoyado el hombro en la pared; pasó un caballero que quedó prendado de ella; pero la maja ni hizo caso, ni notó al improvisado admirador. — Volvió este á pasar y sucedió otro tanto; hasta que acercándose á ella, la dijo contoneándose y todo derretido: — Mi alma, ¿sirvo de algo? — De estorbo, contestó la interpelada sin volver la cabeza.

Un majo estaba en los toros muy amartelado con una buena moza que á su lado se hallaba. — Dijo esta que tenia sed, y su vecino se apresuró á llamar á un aguador. — Acudió este con su cántara, dió agua á la que la habia pedido, y á varias otras personas que la pidieron igualmente; despues de lo cual empezó á cobrar, y como habia quedado algo desviado del majo, y este le habia vuelto la espalda, se puso á llamarlo, gritando, eh! eh!; pero el majo ó no oia, ó no queria oir; hasta que su vecino le llamó la atencion tocándole el brazo. — Volvióse entónces, y el gallego aprovechó la ocasion gritándole: ¿y el cuarto? — ¿El cuarto? ¿el cuarto? honrar padre y madre; contestó el majo, volviéndole la espalda, y prosiguiendo su interrumpida conversacion con su vecina.

En un pueblo de Andalucía se dió una corrida, cuyos toros eran de la propiedad de un cura rico de un lugar. Acertaron estos á ser malos, en particular uno que era negro, y el mas flojo y cobarde de todos. Los asistentes á la fiesta

renegaban y ridiculizaban al toro, y uno esclamó: — qué toro, ni qué toro; ese no es toro, sino el sacristan del cura Fulano (el dueño que era de la ganadería).

Acababan de nombrar alcalde de un pueblo muy desmoralizado á un vecino, que se propuso por cuantos medios estuviesen á su alcance moralizarlo. — Con este fin suplicó al cura que le indicase las mujeres que daban escándalo y que convenia amonestar. — Acordaron ponerse juntos en la plaza y que cuando fuesen entrando las susodichas, diria el cura: — Haba. — Pero fué el caso que á cuantas entraban decia el cura: — Haba. — Señor, reponia el alcalde, si es la mujer de mi compadre... Haba! — recalcaba el cura. — Llegó en esto la mujer del alcalde. — Haba! — dijo el cura. — Señor, si es mi mujer y dice Vd. haba!! — Y Tarragona, repuso el cura.

Cuéntase que el afamado actor Maiquez que era un furioso aficionado á toros, y que por lo tanto se colocaba en los asientos mas cercanos á la arena, estaba un dia, segun la costumbre de los aficionados, llenando de denuestos é insultos á un picador, para obligarle á que contra toda regla y prudencia se fuese al toro, hasta que exasperado aquel, volvió la cara y le dijo: — Señor Maiquez, esto es de veras.

Una cigarrera buena moza y descocada se encontró con un hombre viejo, feo, y estrapajoso, que le dijo en tono de requiebro: vaya V. con Dios, tocayita! A lo que ella contestó: ¿Quién le ha dicho á V. que yo me llamo Bárbara?

Una señora rezaba de noche sus oraciones con su criada, concluyéndolas con una en que le pedia al Señor descansado sueño. La criada, por mas que se lo reprendia su ama todas las noches, se quedaba dormida al fin del rezo. Una noche, le dijo impaciente la señora al llegar á esta oracion, viéndola dormida: — «Lo que es esta oracion no hay para qué la reces.» — «Para que vea V., contestó adormitada la

muchacha, lo buena que soy, que Dios me concede las cosas sin qus se las pida.»

Pasando dos amigos cerca de un hombre que iba borracho, le dijo el uno al otro: — Valiente chispa lleva ese! — ¿Chispa? contestó el borracho; no se lo parecerá á mi mujer, sino una cosa muy grande.

Un jitano fué á confesar, y miéntras confesaba vió en la manga del fraile una caja de plata, y se la robó. — Acúsome, padre, dijo en seguida, que he robado una caja. — Pues, hijo, es preciso que la restituyas. — ¿La quiere V., padre? — Yo no, respondió el confesor. — Es, prosiguió el jitano, que se la he ofrecido á su dueño, y no la quiere. — Pues entónces quédate con ella, respondió el padre.

Encaminábase uno á galope tendido hácia un lugar con objeto de oir misa, y encontrándose á otro que venia del pueblo, le preguntó: — ¿Alcanzaré la misa? — Si sigue usted á ese paso, contestó el interrogado, de seguro la va á dejar atras.

TRATADO POPULAR DE AGRICULTURA Y DE METEOROLOGIA.

Cuando el año va á acabar,
Entierra el habar.
El mes de enero no pierdes
Si miras los trigos verdes.
En febrero
Siembra el yero;
En marzo
El garbanzo;
En abril
El maíz;
En mayo
Esperallo;
Y cuando llega San Juan
Los dineros te darán.

Con los granos de un buen año
Se remedian tres de daño.

Si hay faja en el Guadiana,
Agua habrá por la mañana.

Cuando el cerrojillo canta,
Agua lleva en la garganta.

Arco íris por levante
Levanta el tiempo al instante;
Mas si lo ves por poniente
Coge los bueyes y vente.

Por octubre
Echa pan y cubre.

Mas produce el año
Que el campo bien labrado.

Por San Andres
Mata tu res.

Hazme bien la cama,
Y tápame con una rama.

Quien ara en abril
Su madre no lo habia de parir;
Quien ara en mayo
Ni parirlo, ni criarlo.

¿Dónde vas tardío?
— En busca del temprano.
— Ni en paja ni en grano.

Agua de nube
A unos los baja y á otros los sube.

San Matías,
Marzo al quinto dia,
Entra el sol por las umbrías
Y calienta las aguas frias.

En el tiempo de la granada
La gallina no pone nada.

Por setiembre
Las gallinas vende.
Y por Navidad
Vuélvelas á comprar.

Lloviendo el dia de Santa Bibiana,
Llueve cuarenta dias y una semana.

Por San Simon y San Júdas
Mata tu puerco y atesta tres cubas.

Los pollos de enero
Suben con su madre al gallinero.
Y los de San Juan
Van al muladar.

Agua por San Mateo
Puercos, vendimias, y gordos borregos.

El mejor ternero,
Para mayo lo quiero.

La neblina
Del agua es madrina
Y del sol vecina.

Entre gavilla y gavilla,
Hambre amarguilla.

Año de ovejas, año de abejas.

Cuando marzo mayea,
Mayo marzea.

En el mes de enero
Se abriga el madero.
Viene febrerillo el loco
Con sus dias veinte y ocho.

Y si marzo vuelve el rabo,
No hay oveja con pelleja
Ni pastor deszamarrado.
En el mes de abril
Toda el agua cabe en un barril;
Pero si el barril está desfondado
Todo el campo está anegado.

Todas las flores del mundo
Las cautiva el mes de enero;
Pero cuando llega mayo
Salen de su cautiverio.

Agua por San Juan
Quita vino y no da pan.

Año de nieves
Año de bienes.

Año de pitones
Año de montones.

A veinte de enero
San Sebastian primero.
Detente varon,
Que primero es San Anton.

Febrerillo el loco
No pasó de veinte y ocho.
Sacó su padre al sol
y despues lo apedreó.

Un pastor le dijo á marzo que si se portaba bien, le regalaria un borrego. Marzo le prometió hacerlo, y cumplió portándose grandemente. Cuando ya iba saliendo, le pidió el prometido borrego al pastor; pero las ovejas y borregos estaban tan hermosos, que el pastor, considerando que solo quedaban tres dias de reinado á marzo, se rechifló y no se lo

quiso dar. — ¿No quieres? le dijo marzo, pues no tengas cuidado:

Con tres dias que me quedan
Y tres que me preste mi compadre Abril,
He de poner tus ovejas al parir.

E hizo por seis dias tan crudo temporal de agua y frio que se murieron todos los borregos y las ovejas todas.

Llueva para mí abril y mayo,
Y para tí todo el año.

Agua en agosto,
Azafran, miel y mosto.

Al alcornoque
No hay palo que le toque,
Sino la encina,
Que le quiebra la costilla.

Para tierra buena,
No hay inteligencia ajena.

El año seco tras el mojado,
Guarda la lana y vende el hilado.

El mal año entra nadando.

Año de brevas, nunca lo veas.

Todo tardío y siembra temprano,
Si errastes un año, acertarás cuatro.

El arado rabudo, y el arador barbudo.

Ara por enjuto ó por mojado,
Y no besarás á tu vecino el rabo.

Cada cosa á su tiempo,
Y los nabos en Adviento.

Un año bueno y dos malos,
Para que nos entendamos.

Así decian los labradores de Andalucía, porque la abundancia de los frutos hacia bajar mucho sus precios.

C A N T O S,

COPLAS Y TROBOS [1]) POPULARES.

RELIGIOSAS Y MORALES.

Mira que te mira Dios;
Mira que te está mirando;
Mira que te has de morir;
Mira que no sabes cuando.

Sufre si quieres gozar;
Baja, si quieres subir;
Pierde, si quieres ganar;
Muere, si quieres vivir.

Nacer sin querer nacer,
Sin quererlo, padecer;
Vivir sin querer vivir,
Morir sin querer morir.
Todos sujetos estamos,
Porque aquel que nos crió
Tan solo para salvarnos,
El libre albedrío nos dió.

---

1) El pueblo da nombre de trobo á varias coplas consecutivas que tratan de un mismo asunto.

Yo no le temo á la muerte
Que la muerte es natural,
Solo le temo á la cuenta
Que á Dios le tengo que dar.

Acuérdate, pecador,
Que tu vida es una luz,
Y que tú puedes morir
Antes que digas: Jesus!

Desde el dia que nacemos
A la muerte caminamos:
No hay cosa que mas se olvide
Y que mas cierta tengamos.

Aquel que tiene tres viñas
Y el tiempo le quita dos,
Conténtese con la una
Y déle gracias á Dios.

Sufre con ánimo igual,
Alma, lo que mas lastima:
Que la mas áspera lima
Limpia mejor el metal.

Yo no le temo á la muerte
Aunque la encuentre en la calle,
Que sin licencia de Dios
La muerte no mata á nadie.

A San Antonio le pido
Que me dé conformidad,
Que los bienes de este mundo
Dios los quita y Dios los da.

No ama mucho quien lo dice
Sino quien mucho padece,
Porque amor sin penas y obras
De amor solo el nombre tiene.

Hazte guerra y tendrás paz.
Ciega y hallarás la luz.
¿Quieres gloria? ansia por cruz.
Sé simple y serás la paz.

Si al sumo bien te has de unir
Su voz interior atiende,
Pues lo que tu Dios pretende
Es que le quieras oir.

Por divino adoro á Dios
Y le admiro por perfecto,
Por bondadoso le amo,
Por justiciero le temo.

Borda el oriente de luz
Cuando asoma linda estrella,
A adorar ante la cruz
Al que fué clavado en ella.

Los moros de Berbería
Dicen que no puede ser
Parir y quedar doncella
La esposa de S. José.
Si supieran la doctrina
Que enseña el Santo Evangelio
Supieran como María
Fué madre y vírgen á un tiempo.

En abril llueve bastante;
Las aguas no son dañinas
Que las manda el criador
Para que salga la espiga.
El primer dia de mayo
En punto de medio dia
A visitar los sembrados
Salen Jesus y María.

Se paran de trecho en trecho,
Les echan su bendicion,
Mandan que corran los vientos
Para dar la granazon.
En llegando el mes de junio
Me da mi Dios la licencia
Para que pueda segar
De los campos la cosecha.
Por la voluntad divina,
La que á todos nos mantiene,
Y la ayuda de los hombres
Son recogidas las mieses.

No hay nombre como Manuel
Ni mujer como María,
Amor como amor de madre,
Ni luz como la del dia.

Todos los dias del año
Se dice una misa en Roma
Que la dice el Padre Santo
Y la ayuda una paloma. [1])

Dicen que la golondrina
Tiene la pechuga blanca.
Y yo digo que María
Fué concebida sin mancha.

¡Ay¡ Madre de los Remedios,
Madre de los afligidos,
Los trigos se van secando,
Manda tu santo rocío.

---

1) Símbolo del Espíritu Santo.

Vengan, vengan en mi ayuda
Los inocentes corderos
Que degolló el fiero Heródes
Con un cuchillo de acero.

Los profetas y patriarcas
Y los mártires queremos,
Que son nuestros protectores
Y de Dios los mensajeros.

A las ánimas benditas
Nadie le cierre la puerta;
Con decirles que perdonen
Van las ánimas contentas. [1])

En el Cielo no hay faroles
Que todas son estrellitas.
¡Qué bien parece, Señores,
La honestidá en las mocitas
Y la razon en los hombres!

Como del cielo el rocío
Caiga en mí tu bendicion,
Y nacerán las virtudes
Como en el campo la flor.

Un árbol hay en la iglesia
Con espinas y sin flor; [2])
En cada ramita un ángel;
En medio nuestro Señor.

La piedad de Dios nos dé
Lo que pedimos con fe;
La paz, el pan, la paciencia,
Y muerte con penitencia.

---

1) Porque contenta la intencion y no ofende quien rehusa con buen modo.
2) La cruz.

El Sagrario está abierto,
Vamos llegando,
Que la mesa está puesta,
Dios convidando.

En lo alto del cielo
Suenan clarines,
Coronando á María
Los serafines.

SENTENCIOSAS.

Un loquito del hospicio
Me dijo en una ocasion:
Ni son todos los que están,
Ni están todos los que son.

Veinto y cinco pesetas
Son cien reales;
En faltando un ochavo
No están cabales.

El que siembra alcachofas
Espinas coge.
El que cria colmenas
La miel se come.

La mujer que no come
Con su marido,
Lo mejor de la olla
Se lo ha comido.

Compañerita del alma
Diga Vd. lo que yo digo:
Que el que no sabe leer
¿Para qué quiere los libros?

Desciendes de mala rama,
No lo puedes remediar;
Las mujeres y caballos
Por casta se han de buscar.

No te cases con viejo
Por la moneda,
La moneda se gasta
Y el viejo queda.

Qué son celos? pregunta
Un hombre sabio;
Y un rústico responde:
Ama y sabráslo.

Le pueden quitar á un rey
Su corona y sus estados;
Mas no le pueden quitar
La gloria de haber reinado.

Semejan esperanzas
A los laureles;
Sin darle fruto á nadie
Siempre están verdes.

No quieras casa caida,
Ni paredes derrumbiadas,
Ni casamiento á disgusto;
Donde no hay gusto no hay nada.

En una alforja al hombro
Llevo los vicios
Delante los ajenos
Detras los mios.

¿Te quieres poner conmigo?
Le dijo el tiempo al querer;
Esa soberbia que tienes
Yo te la castigaré.

Cuando la perdiz canta
Nublado viene;
No hay mas señal de agua
Que cuando llueve.

¿Quieres vivir sin afanes?
Deja la bola rodar;
Que lo que fuere de Dios
A las manos se vendrá.

Esperar y no venir,
Querer y que no lo quieran,
Acostarse y no dormir,
¿Cuál será la mayor pena?

Ninguno cante victoria
Aunque en el estribo esté,
Que muchos en el estribo
Se suelen quedar á pie.

Las nubes las destruye
Un viento recio.
Así á una tertulia
La acaba un necio.

El secreto de tu pecho
No se lo des á tu amigo,
Que si la amistad quebrare
Te ha de servir de testigo.

Ser rico y ser avariento
Una misma cosa es,
Porque nunca se separa
La codicia del tener.

Amiga, la mas amiga,
Amiga del corazon,
La mas amiga la pega
En llegando la ocasion.

En la isla de Leon
Se pesca con hilo y caña:
Por la boca muere el pez;
Cuenta con lo que se habla.

Nunca compres mula coja
Pensando que sanará,
Pues si las sanas cojean,
Las cojas, ¿qué lo que harán?

Alerta, alerta, mozuelas,
Que el hombre no sufre daño;
En sacudiendo la capa
Cáese el polvo y queda el paño.

El que presume de honra
Es porque carece de ella,
Aquel que no tiene capa
Se acuerda de Grazalema. [1])

La mujer que se enamora
De la ropa y no del hombre,
No tiene vergüenza en cara
Porque la ropa se rompe.

---

1) En Grazalema se fabrica el paño para hacer las capas.

En ningun hombre casado
Pongas nunca tu querer,
Que al fin y á la por partida
Se los lleva su mujer.

Nadie ponga su viña
Junto al camino,
Porque todo el que pasa
Coge un racimo.

Cuando yo tenia dinero
Me llamaban Don Tomas,
Y ahora que no lo tengo
Me llaman Tomas no mas.

No adelantes el discurso
Sino para pensar bien,
Que á veces nos discurrimos
Lo que no ha sido ni es.

Hasta la leña del campo
Tiene su separacion;
Una sirve para Santos
Y otra para hacer carbon.

Aquel que empieza una obra
Razon será que la acabe,
Para que nunca se diga
Que la dejó por cobarde.

Entre mi oficial y yo
Hicimos este retablo,
Si está bueno lo hice yo
Y mi oficial si está malo.

Cásate con un pastor
Y te llamarán pastora,
Cásate con un Señor
Y te llamarán Señora.

Ni fies ni desconfíes
Ni hijos ajenos cries;
Ni pongas viñas ni domes potro
Ni tu mujer enseñes á otro.

Nadie diga bien estóy;
Porque yo he solido estar
En casa de balconaje,
Y ahora vivo en un solar.

Mas quisiera en una plaza
A un toro bravo esperar,
Que no á una mujer que diga:
Qué cuidado se me da!

Unta el eje, Juanillo,
Que chilla el carro;
Que hasta lo inanimado
Gusta de halagos.

Nadie diga en este mundo:
De esta agua no beberé;
Por muy turbia que la vea
Le puede apret r la sed.

Aquel que mas alto sube
Mas grande porrazo da;
Mira la puente de Arcos
En lo que vino á parar.

Si fueres á buscar novia
Que no sea en romería,
Sino en casa de su padre
Con ropita de aquel dia.

¡Ay! ¡desgraciado de aquel
Que pone su cara en tierra;
Que el que queda por acá
Tarde ó temprano se alegra!

Todo lo puede el amor,
Todo el dinero lo vence,
Todo lo consume el tiempo,
Todo lo acaba la muerte.

En tu vida, de nadie
Dádivas tomes,
Y con eso te escusas
De obligaciones.

La mujer que se compone
Con demasiado artificio,
No será por agradar
Solamente á su marido.

En este mundo redondo
Quien mal anda mal acaba:
En casa del jabonero
Aquel que no cae resbala.

Vale mas saber que haber,
Dice la comun sentencia,
Que el pobre puede ser rico
Y el rico no compra ciencia.

Males que acarrea el tiempo,
¡Quién pudiera penetrarlos
Para ponerles remedio
Antes que viniera el daño!

No quiero que me dé nadie
Valida de un alfiler,
Porque todo en este mundo
Se da por el interes.

Considera, considera,
Y siempre considerando
Los mayores imposibles
Se suelen vencer callando.

Ninguno por cantar bien
Hable mal de aquel que canta:
Unos cantan lo que saben
Y otros saben lo que cantan.

Como á la puente de Arcos
Te tiene de suceder;
Que trajeron cal y canto
Y se quedó por hacer.

Si con hambre castigas
A quien te ama,
Advierte que el desmayo
Quita la gana.

Un rosal cria una rosa,
Y una maceta un clavel;
Y un padre cria una hija,
Sin saber para quien es.

No te fies de consejos
Aunque te los quieran dar,
Sino de lo que te salga
De tu propia voluntad.

Amigos, no hay amigos;
El mas amigo la pega;
No hay mas amigo que Dios
Y un duro en la faltriquera.

Casadita y con hijos
Te quiero yo ver;
Que mocita y curiosa
Cualquiera lo es.

Si quieres que el dinero
Nunca te falte,
El primero que tengas
Nunca lo gastes.

Aunque lo mires ajado
No desprecies al laurel,
Que algun dia fué buen árbol
Y puede reverdecer.

Procura reflexionar
Lo que puede suceder,
Porque es mejor precaver
Que tener que remediar.

En materia de gusto
Nadie dispute,
Que para ser de gusto
Basta que guste.

El avariento, amigo,
Es como el puerco,
Que á ninguno aprovecha
Hasta que es muerto.

El tiempo con el querer
Hicieron una contrata,
Y lo que el querer dispone
El tiempo lo desbarata.

Mis cuñadas y mi suegra
Dicen no me quieren bien;
¿Para qué enturbiar el agua
Que se tiene de beber?

Si quieres que te aplaudan
Y te desprecien,
En tu vida reparte
Lo que tuvieres.

Una camisa sin mangas,
Sin cuello ni delantera,
Sin género en las espaldas,
No ha menester lavandera.

Si fueres á comprar paño
Mira primero la muestra;
Porque en el paño hay engaño
Como en la dama compuesta.

Del carro de los locos
Todos tiramos,
Unos con tiros cortos,
Otros con largos.

Anda pregúntale á un sabio
Cual de los dos sufrió mas,
El que comió de sus carnes
O el que publicó su mal.

Anduvistes escogiendo
Como peces en banasta,
Y al fin vinistes á dar
Con uno de mala casta.

AMOROSAS TRISTES.

Yo quisiera morirme
Y oir mi doble,
Por ver quien me dicia:
Dios te perdone.

Dicen de que no cuesta
La despedida;
Díle al que te lo ha dicho
Que se despida.

De tu ventana á la mia
Me tirastes un limon,
El limon cayó en la calle,
El zumo en mi corazon.

Mi amante con la luna
Me envía cartas,
Y yo con el lucero
Penas á mantas.

Como Sevilla tiene
Fuertes murallas,
No pueden mis suspiros
Atravesallas.

Son tan grandes mis fatigas
Que me tienden á ahogar,
Se siguen unas á otras
Como las olas del mar.

¡Qué largas las horas son
En el reloj del afan,
Y qué poco á poco dan
Alivio á mi corazon!

Mas quiero yo aguardarte
Quinientos años,
Que no beber las hieles
Del desengaño.

¿A quién le contaré yo
Lo que á mí me está pasando?
Se lo contaré á la tierra
Cuando me estén enterrando.

El amor y la naranja
Se parecen infinito,
Que por muy dulces que sean
De agrio tienen su poquito.

Sin vida estóy por vivir
La vida que estóy viviendo,
Pues vivo y no sé si vivo
Porque mas que vivo muero.

Cuando te veo con pena
En mí no reina alegría,
Pues como te quiero tanto
Siento tu pena y la mia.

Sufro, siento y padezco,
Suspiro y lloro,
Con decir que te quiero
Lo digo todo.

A la mar fueron mis ojos
Por agua para llorar,
Y se volvieron sin ella
Porque estaba seco el mar.

Se me oprime el corazon
Al ver tu vestido negro,
Que la sombra de tu pena
A mí me da sentimiento.

Es el engaño leal
Y el desengaño traidor;
El uno mal sin dolor
Y el otro dolor sin mal.

Rosa me puso mi madre
Para ser mas desgraciada,
Pues no hay rosa en este mundo
Que no muera deshojada.

La esperanza de verte
Me tiene viva;
Que si no, ya tuviera
La tierra encima.

Triste está mi corazon
Y no sabe lo que tiene! . . .
Que está muy léjos de aquí
El que consolarlo puede.

La pena y la que no es pena
Todo es pena para mí;
Ayer penaba por verte
Y hoy peno porque te vi.

Los suspiros de un cautivo
No pueden llegar á España,
Que está la mar de por medio
Y se han de hundir en el agua.

A las rejas de la cárcel
No me vengas á llorar,
Ya que no me quites penas
No me las vengas á dar.

Los ojos de mi morena
Se parecen á mis males,
Grandes como mis fatigas
Negros como mis pesares.

Las aves de la Arabia
Viven eternas;
Viven porque no saben
Lo que son penas.

Entra la hostia y el caliz
A mi Dios se lo pedí,
Que no te maten las penas
Que me están matando á mí.

Si supiera la pena
Que era no verte
Me hubiera resignado
A no quererte.

Desde que te vi te amé;
Desde que te amé me muero,
Y si me muero por tí,
Dichoso me considero.

Compañera de mi alma,
Ya no me conocerás,
Que acaba mas una pena
Que una larga enfermedad.

En la soledad del campo
Me puse á llorar mis penas
Y fueron tantos mis llantos
Que florecieron las yervas.

Suspiros que de mí salgan
Y otros que de tí vendrán
Si en el camino se encuentran
¡Qué de cosas se dirán!

Por agravios que me hagas
De tí no me vengaré,
Porque te vale el sagrado
De haberte querido bien.

Todo el dia estóy alegre
Y en llegando la oracion
Una piedra de molino
Parece mi corazon.

¿Como quieres que yo vaya
Al jardin de la alegría
Si se marchitan sus flores
Al ver estas penas mias?

Ni contigo ni sin tí
Puedo yo tener consuelo,
Contigo porque me matas
Y sin tí porque me muero.

Voy á la fuente y bebo;
No la amenoro,
Que aumenta su corriente
Con lo que lloro.

Cansada estóy de llorar
Y hasta de dar suspiros;
Con las aguas y las brisas
Dicen que se ajan los lirios.

Yo soy como la verbena
Que pusieron en maceta,
Como se ve en tierra ajena
Aunque la cuiden se seca.

Como la campana tiene
Fundidos siete metales,
Así tengo tu cariño
En la maza de la sangre.

De dolor y sentimiento
Dicen que no muere nadie,
Yo me tengo de morir
Por ver si se muere alguien.

En el jardin del amor
Ten por sabido
La flor que mas abunda
Es el suspiro.

Dícese que nos queremos,
Yo no sé si desearlo,
La risa de amor es dulce
Pero su llanto es amargo.

Yendo y viniendo
Fuíme enamorando.
Empezé riendo
Y acabé llorando!

Corazon que en las penas
Tu alivio encuentras,
Si las penas descansan
¿De qué te quejas?

Las fatigas de la muerte
Grandes fatiguillas son,
Pero con las del querer
No tienen comparacion.

Seguidillas son guindas,
Guindas son flores,
Palillos de retama
Son mis amores.

Si supiera que en otro
Tu amor ponias
Le echara un velo negro
Al alma mia.

Tres años despues de muerto
La tierra me preguntó,
Que si le habia olvidado
Y yo le dije que no.

A una piedra de la calle
Le contaba mi dolor;
Mira lo que le diria,
Que la piedra se partió.

Yo me confié á un amigo
Por ver si me consolaba,
Y el amigo estaba enfermo,
Del mismo mal que yo estaba.

Dentro de mi pecho tengo
Un entierro bien formado;
Mi corazon es el muerto,
Tu querer me lo ha matado.

Un corazon de madera
Tengo de mandar á hacer,
Que ni sienta ni padezca
Ni sepa lo que es querer.

Corazon no suspires,
Alma no sientas,
Memoria no te acuerdes
De quien te acuerdas.

Ausente de tu vista
Mucho mas vivo,
Porque cada momento
Se me hace un siglo.

A los Santos les pido
Que en esta ausencia
A tí te den constancia
Y á mí paciencia.

De la retama la rama,
Del sauco la corteza,
No son cosas mas amargas
Que amor donde no hay firmeza.

Estóy tan hecha á penar
Que en no penando
Parece que me falta
Lo necesario.

Una palabra me distes
Que jamas me cumplirás,
Yo sí cumpliré la mia
De no olvidarte jamas.

Estrellas del alto cielo,
Bajád y firmád por mí:
Que cumpliré la palabra
Que al que está ausente le di.

Toma allá mi corazon.
Echalo en esa candela;
Mas no agarres las cenizas
Que te has de quemar con ellas.

Hasta la cama en que duermo
Se queja de mi dolor
Siendo de madera, y siente.
¿Qué será mi corazon?

Todo aquel que dice: ay!
Es señal que le ha dolido;
Cuando tantos ayes da
Ved si mi pecho ha sufrido.

Me dicen que soy hermosa;
Mas me retiro del mundo
Que tengo mi corazon
Dentro del pecho difunto.

Todo el tiempo de mi vida
Amándote pasaré,
Y si me olvidas por otro
En tí y en Dios pensaré.

De tus ingratitudes
Tengo yo hecho,
Como la Magdalena,
Llaga en el pecho.

Aunque me ves que canto
Canta la boca,
Porque mi pecho tiene
Pena y no poca.

Como canjilon de noria
Son mis fatigas y penas,
Unas suben aguas malas
Y otras suben aguas buenas.

En un maceton sembré
Un amor que me brindaron;
Con lágrimas lo regué,
Por eso se arraigó tanto.

La soledad me acompaña,
La alegría me entristece,
Pues aborrezco la vida,
Pues apetezco la muerte.

Dentro de la sepultura
Y de gusanos roido.
Se han de encontrar en mi pecho
Señas de haberte querido.

AMOROSAS.

María me dió una rosa
Y su madre la miró;
Mas colorada se puso
Que la rosa que me dió.

La nieve por tu cara
Pasó diciendo:
Donde no hago yo falta
No me detengo.

Si quieres que formemos
Los dos un cordon,
Tú pondrás la constancia,
Yo pondré el amor.

Los dientes te tu boca
Me tienen preso,
¡Quién ha visto cadena
Hecha de hueso!
Los dientes de tu boca
Me tienen así.
¡Quién ha visto grilletes
Hechos de marfil!

Amantito, amantito,
Amante, amante,
Las pestañas me estorban
Para mirarte.

Las estrellitas del cielo
Cada cual tiene su nombre;
La mia se llama Rita,
Le llamo y no me responde!

Díme, niña, tú que vives
Arrimadita á la audiencia,
Si habrás oido leer
El papel de mi sentencia.
Tú eres el juez de la causa,
Y yo soy el delincuente;
Acaba de sentenciar
Si yo soy de vida ó de muerte.

¿Para qué vienes á verme
Si tienes quien te lo estorbe?
Dále gusto á esa persona
Y ten partidas de hombre.

Cuando te encuentro en la calle
Y no me dices á Dios,
Ni las ánimas benditas
Pasan lo que paso yo.

En frente del sol saliente
Tiene mi niña el balcon.
Sale el sol, sale mi niña,
Salen mi niña y el sol.

De la mar en la orilla
Te bautizaron,
Y vinieron los peces,
La sal te echaron.

Mi padre me tiene dicho
Que me tiene que sacar
Los ojos con que te miro,
Y yo que te he de mirar.

Cuando voy á la iglesia,
Y no te veo,
Quisiera que la misa
Durara un credo.
Cuando voy á la iglesia
Y allí te hallo,
Quisiera que la misa
Durara un año.

Tengo vergüenza y me callo,
Tengo amor y no lo digo,
No sé como te dijera:
¿Te quieres casar conmigo?

Quisiera ser por un rato
Perla de tu gargantilla,
De tus zarcillos arete,
De tus zapatos hebilla.

No hay ojos mas hermosos
Que los azules,
Y sino mira al cielo
Cuando no hay nubes.

Amor mio, no pierdas
Las esperanzas,
Que en el pozo mas hondo
La soga alcanza.

Morena, tú me matas
Con tus rigores,
Quieres que paguen justos
Por pecadores.

Las estrellas del cielo
No están cabales,
Porque están en tu cara
Las principales.

Vale mas lo moreno
De mi morena,
Que toda la blancura
De la azucena.

Tengo un clavel encarnado
A la sombra y bajo llave,
Para que el sol no lo vea
Y con mirarlo lo aje.

Quisiera verte y no verte,
Quisiera hablarte y no hablarte,
Quisiera encontrarte á solas,
Y quisiera no encontrarte.

Una porcion de civiles
Han salido de Moron
En busca de unos ladrones;
Mi niña, tus ojos son.

Todo el mundo en contra mia,
Serrana, porque te quiero;
Todo el mundo en contra mia
Y yo contra el mundo entero.

El amor y el interes
Salieron al campo un dia,
Y el interes pudo mas
Que el amor que me tenias.

Cuando quise no quisiste
Y ahora que quieres no quiero;
Gozarás del amor triste
Como yo gozé primero.

No te enamores, mi niña,
De mocito forastero,
Que en volviendo las espaldas
Si te vide, no me acuerdo.

Si San Rafael me diera
Las alas de su volar,
Donde tengo el pensamiento
Fuera de un vuelo á parar.

Yo te quise no pensando
Que me habias de olvidar,
Tú juegas con dos barajas
Y yo con una no mas.

Dáme la manita, iremos
Al sitio donde lloraste,
Y entre los dos cogeremos
Las perlas que derramaste.

Te quiero y sé que nunca
Seré tu dueño,
Esto sí que es firmeza
De amor sin premio.

Ya que no te puedo hablar
Ponte donde yo te vea,
Daré placer á la vista
Ya que otra cosa no sea.

No me mandes papeles
Que no sé leer,
Mándame tu persona
Que la quiero ver.

Tus ojos son ladrones
Que roban y hurtan,
Tus pestañas el monte
Donde se ocultan.

Los ojos de mi morena
Tienen un mirar estraño;
Que matan en una hora
Mas que la muerte en un año.

El hombre que á mí me quiera
Me ha de venir á buscar,
Como el agua busca al rio
Y el rio busca la mar.

Esos dedos que tú tienes
Dedos quieren parecer:
Pero en tanto que yo viva
Nunca *de dos* han de ser.

Tienes unos ojitos
Adormitados
Que es preciso quererlos
A ojos cerrados.

Tus colchones son jazmines
Y tus sábanas mosquetas,
Azucenas tu almohada,
Y tú, rosa que te acuestas.

Los cipreses de tu casa
Están vestidos de luto,
Y es porque no tienen flores
Que ofrecerte por tributo.

El naranjo de tu patio
Cuando te acercas á él,
Se desprende de sus flores
Y te las echa á los piés.

Dueño mio, no vayas
A misa mayor,
Que ni rezas, ni rezo
Ni pongo atencion.

Atame con un cabello
A la reja de tu casa,
Que aunque se rompa el cabello
Seguro está que me vaya.

Valientemente, muchacha,
Dios te dió sabiduría;
Una palabra que hablas
Vale por doscientas mias.

Te quiero mas que al dinero,
Mas que á mi padre y mi madre,
Y si no fuese pecado
Mas que á la Vírgen del Cármen.

Mucho quiero á San Francisco,
Mas á San Júdas Tadeo;
Pero mas quiero á aquel santo
Que señala con el dedo.

El médico me receta
Viendo que es mi mal de amor,
Onza y media de escarmiento,
Y de desengaño dos.

¿Quieres ajustar la cuenta
Del tiempo que te he querido?
Dáme la carta de pago,
Y yo te daré el recibo.

El ave fria en el campo
Claramente dice nieve,
Y eso lo dice por tí
Sabiendo que á nadie quieres.

El leon, con ser leon,
Dicen que lo rindió el sueño;
Yo que soy criatura humana
De pensar en tí, no duermo.

Si pasaras por mi calle
Y me quisieras hablar,
Repara bien en mi sombra,
Ella te responderá.

Me llamen el celoso,
A mí ¡qué pena!
Soy labrador y quiero
Guardar mi hacienda.

Anoche soñaba yo
Que dos negros me mataban,
Y eran tus hermosos ojos
Que enojados me miraban.

Tienes unos ojitos
De picaporte.
¡Cada vez que los cierras
Siento yo un golpe!

Por una Pepita muero;
Pepita y no de melon;
Que es Pepita que yo tengo
Dentro de mi corazon.

Ya yo no vivo en la calle
Donde usted me conoció,
Ahora vivo en la plazuela
Del desengaño mayor.

San Antonio lleva el niño,
Santo Domingo la estrella,
Y San Juan lleva la palma.
Entiéndame quien me entienda.

Aunque tú no me quieras,
Tengo el consuelo
De saber que tú sabes
Que yo te quiero.

Tan imposible lo hallo
Encontrar en tí cariño,
Como llegar á quitarle
A San Antonio su niño.

De San Juan quiero la palma,
De San Francisco el cordon,
De Santa Rita la espina,
De mi amante el corazon.

Un pino alto lo troncho,
Un álamo lo blandeo,
Un toro bravo lo amanso,
Y á tí, muchacha, no puedo.

Vale mas lo moreno
De mi morena,
Que toda la blancura
De la azucena.

A tu amor lo he comparado
A los dias del invierno;
Ya se aclara, ya se nubla,
Ya diluvia, ya hace bueno.

Ya yo he caido en desgracia.
Paciencia! cómo ha de ser!
Aunque yo santos pintara,
Diablos te han de parecer.

Una gotera continua
Ablanda un duro peñon,
Y mis suspiros no pueden
Ablandar tu corazon.

Estrellas del alto cielo,
Bajád y firmád por mí;
Que cumpliré la palabra
Que á mi morena le di.

De los juncos sale el agua,
De los álamos el viento,
Y de tí, pulida dama,
Memoria y entendimiento.

Como estás esta noche
Tan celosita,
Pareces una rosa
Con espinitas.

Mas te quiero enojada
Que placentera,
Que haces una enojada
Muy sandunguera.

Tengo una puñaladita
Que me la dió una mozuela:
No he visto puñaladita
Mas chiquita y que mas duela.

Tienes, niña, una mañita
Que te la vengo á reñir;
Que te quitas de la puerta
En cuanto me ves venir.
Si has notado que me quito,
Yo no me quito por tí,
Sino por tus amiguitos
Que no tengan que decir.
Ya mis amigos lo saben
Que yo adoro tu persona,
Que tú te estés en la puerta
Es para mí una corona.

Como abrí sin precaucion
Tu carta, dueño querido,
Se cayó tu corazon,
Mas en mi pecho ha caido.
En él yo le he dado abrigo,
Pero no cabiendo dos
El mio te mando yo
Y el tuyo queda conmigo.

Las estrellas y luceros
Todas se rinden al dia,
Y yo me rindo á tus plantas,
María del alma mia.

No quiero salgas de casa
Ni que á la puerta te asomes,
Ni tomes agua bendita
Donde la toman los hombres.

Si mi corazon llegase
A pedirte una limosna
Y no tuvieses que darle
Díle con amor: perdona.

De aquí tengo que ausentarme,
Mi querer está en peligro,
Raíces va ya criando
Como en el suelo el olivo.

Son tus labios dos cortinas
De color de carmesí,
Y entre cortina y cortina
Estóy esperando el sí.

Me han dicho que estás malita
Y que te sangran mañana;
A tí te sangran del pié,
Y á mí me sangran del alma.

Todo el mundo me lo dice,
Yo acredito esa verdad;
En estando un hombre ausente
Otro ocupa su lugar.

No suspiro por verte,
Que bien te veo;
Suspiro por hablarte,
Quiero y no puedo.

Yo no sé que me haga
Con unos celos,
Que ya estóy para darlos
Por no tenerlos.

La cadena del amor
Tiene fuertes eslabones,
Y aquel que en ella se mete
Tarde sale de prisiones.

Los árboles de Aranjuez
Unidos de siete en siete,
No tienen tanta firmeza
Como yo para quererte.

Esa madeja de pelo
Te cuelga por las espaldas,
De dia por hermosura,
De noche por almohada.

Un imposible adoro,
Que es de discretos;
Las posibilidades
Las ama un necio.

María, si bien me quieres,
No se lo digas al cura;
Que los secretos de amor
Son para la sepultura.

El que enferma de amores
Sin calentura,
Váyase á la parroquia
Que el cura cura.

Médico quise hacerme
Por curarte á tí,
Y el mal que tú tenias
Se me pegó á mí.

Quise bien y aborrecí,
Que no es delito en quien ama;
Que cuando yo aborrecí
Mas que aborrecido estaba.

Niña, cuando vas á misa
La iglesia se resplandece;
La yerba seca que pisas
Con verte se reverdece.

¿Porqué me diste vista,
Santa Lucía,
Si no veo lo que quiero
Todos los dias?

Esos rizos que te adornan
Esa peregrina cara,
Son flechas con que me has hecho
Herida que nunca sana.

Mucho quiero á San Francisco
Porque tiene cinco llagas;
Pero mas quiero á tí
Porque Francisca te llamas.

Creo que no tienes alma,
Ni has nacido en este reino,
Sino que en la Morería
Tuviste tu nacimiento.

A lo léjos que te vea
Se me alegra el corazon;
Donde candela se hizo
Siempre ceniza quedó.

Manojitos de alfileres
Me parecen tus pestañas,
Cada vez que las meneas
Se me clavan en el alma.

Fuentecita cristalina,
Arroyuelo caudaloso,
Para dos que bien se quieren
Largos caminos son cortos.

Anoche fuí al correo,
No tube carta,
Se vistieron de luto
Mis esperanzas.

Tienes unos ojos, niña,
Que si lo pones á premio
No falterá quien te dé
Un veinte y cinco por ciento.

En una teja en su casa
Crió mi niña un clavel,
Y cuando á su vera pasa
Le da un besito en la sien.

A la mar te pareces
En enojarte,
Porque la mar se enoja
Solo del aire.

Si quieres que te quiera
Me lo has de pagar,
Que tambien mi cariño
Cobra su jornal.

Es tu querer como el toro,
Donde lo llaman se va;
El mio es como la piedra,
Donde se pone se está.

A mí no me gustan plantas,
Mozo bueno, escuche usted:
Lo que me gustan son obras,
Y esas no las tiene usted.

Cuando te encuentro en la calle
Se me alegra el corazon,
Que donde hubo candela
Qiempre rescoldo quedó.

A Santa Rita de Casia
No le tengo de rezar,
Pues le pedí un imposible
Y no lo quiso otorgar.

Moreno pintan á Cristo,
Morena á la Magdalena,
Moreno es el bien que adoro.
¡Viva la gente morena!

Como mi amante es moreno
Por eso lo quiero tanto,
Porque la tierra morena
Se señorea en el campo.

Los ojos de mi niña
Son de pan tierno,
Y los mios de hambre
Se están muriendo.

Una morena se vende,
Dicen los apreciadores,
Que la sal de una morena
No es pagada con doblones.

Toma allá mi corazon,
Métetelo en el corpiño,
Y arrúllalo como un niño,
Que llora y tiene razon.

Aunque pongan á tu puerta
La artillería real,
Y á tu padre de artillero,
Contigo me he de casar.

El dia que tu naciste
Nacieron todas las flores,
Y en la pila del bautismo
Cantaron los ruiseñores.

Tus ojos y los mios
Se han enredado
Como las zarzamoras
Por los vallados.

Si supiera que con flores
Te habia de divertir,
Yo te trajera mas flores
Que crian mayo y abril.

Aunque me ves encogida
Y que tengo pocos años,
En tocando á la firmeza
Ni la cruz de San Fernando.

Con la luna de enero
Te he comparado,
Que es la luna mas clara
Que tiene el año.

Las estrellas del cielo
Son mil y siete,
Con las dos de tu cara
Son mil y nueve.

Con la luz te comparo.
¡Mira qué dicha!
Sin la luz no se puede
Celebrar misa.

Mis amores son del campo
Y no vienen al lugar,
Mis suspiros son correos
Que unos vienen, otros van.

Llévame en la trasera
Del carro, Pedro,
Para así estar mas cerca
Del bien que dejo.

Firma tú y firmaré yo,
Y se juntarán dos firmas;
Veremos cuál de los dos
Con mas firmeza camina.

Puse mi amor en un peso,
Y se quebró la balanza.
Quien bien ama, tarde olvida,
Quien porfía, mucho alcanza.

Escribistes en la arena
Y firmastes en el mar,
El viento fué tu correo,
¡Vaya una seguridad!

Un imposible mata,
Por un imposible muero,
Imposible es alcanzar
El imposible que quiero.

Dicen que te vas, te vas,
Y muy pronto, dueño mio.
Mira no bebas el agua
De la fuente del olvido.

El cielo de Andalucía
Está vestido de azul,
Por eso la sal abunda
En todo el suelo andaluz.

Sale la cruz de la iglesia
Vestida de luto negro;
Harta cruz tien quien quiere
Prenda que estima á otro dueño.

Desde que te vi, rubita,
Ese rostro tan severo,
Las alas del corazon
A los piés se me cayeron.

No me mires con ojos
Atravesados,
Mírame con los ojos
Que Dios te ha dado.

Quisiera ser de los cielos
Y mantenerte en el aire,
Y ya que yo no te llevo
Que no te llevara nadie.

Si piensas que porque canto
Tengo el corazon alegre,
Yo soy como el pajarito
Que canta cuando se muere.

Si coronado vinieras
Como el Santo Rey David,
Y que á mis piés te pusieras,
No habias de lograr el sí.

El corazon te daré,
Las entrañas y la vida;
El alma no te la doy
Porque esta prenda no es mia.

Desde tu puerta á la iglesia
He de poner una parra
Para que vengas á misa
Sin darte el sol en la cara.

Aunque te vea en el suelo
Con cuatro velas ardiendo,
Los clérigos en la puerta,
Te tengo de estar queriendo.

Echame, niña bonita,
Lágrimas en un pañuelo,
Y las llevaré á Granada
Que las engarze un platero.

Sentenciado estóy á muerte
Si me ven hablar contigo,
Ya pueden los matadores
Aprevenir los cuchillos.

Aquel que tiene la culpa
De que yo fatigas pase,
Se vea en Argel cautivo
Sin tener ningun rescate.

Una vela se consume
A fuerza de mucho arder,
Así se consume un hombre
Al lado de una mujer.

Corazones partidos
Yo no los quiero,
Que cuando doy el mio
Lo doy entero.

Son como los mosquitos
Tus amores, Juan,
Que pican, hacen ronchas,
Cantan y se van.

Tienes ojos azules,
Ojos de gloria,
Y los mios les piden
Misericordia.

Me han dicho que estás mala,
Dios te dé salud;
No puedo ir á verte,
Bien lo sabes tú.

No me hagas mas penar,
Mira que no soy de bronce,
Y aun las piedras se quebrantan
A fuerza de muchos golpes.

Cuando yo estaba en prisiones
Morena me entretenia,
En contar los eslabones
Que mi cadena tenia.

Tu cuerpo parece un junco,
Tu cabeza una naranja,
Tu pecho un jardin de flores
Donde descansa mi alma.

Son tus ojos dos fuentes
De agua manantial,
Y mi pecho el aljibe
Donde va á parar.

Tus amores me han puesto
Fuera de tino,
Y aunque estóy de esta suerte
Sin tí no vivo.

Si tuviera figura
Mi pensamiento,
Siempre te lo encontraras
En tu aposento.

De tus hermosos ojos
No tengo queja,
Porque quieren mirarme
Y tú no los dejas.

Eres el arco íris
De mis pesares,
Con el que se remedian
Todos mis males.

En enero no hay claveles
Porque los marchita el hielo,
En tu cara los hay siempre
Porque lo permite el cielo.

Tengo yo una cuñada
Que se parece
Al lucero del alba
Cuando amanece.

Por S. Juan hizo un año
Que te queria;
Mas firme estóy ahora
Que el primer dia.

Tienes el amor puesto
Con alfileres,
Y tan pronto me olvidas
Como me quieres.

Amarillo es el oro,
Blanca la plata,
Y pardos son los ojos
Que á mí me matan.

Yo sembré una esperanza,
Nació un cariño,
Floreció un desengaño,
Causó un olvido.

Se murió una esperanza,
Fuí á su entierro,
Y vi que el desengaño
Iba de duelo.

Lo moreno lo hizo Dios,
Lo blanco lo hizo un platero;
Quien quiera tome lo blanco,
Yo lo moreno me quiero.

Por una que peinaba
Rubios cabellos,
Olvidé una morena
De pelo negro.

Miéntras mas ausente estamos
Mas firme estóy en amar;
La luz del cielo me falte
Si yo te llego á olvidar.

¿Dónde vas con ese muerto
Con la noche tan oscura?
El mismo me mandó que
Le diera la sepultura.

Tienes unos ojitos,
Y unas pestañas,
Y una linda boquita
Con que me engañas.

El dia que no veo
A mi rubita,
El dolor de cabeza
No se me quita.

Dáme la mano, prima;
No quiero, primo,
Que está muy léjos Roma
Y no sé el camino.

¿Cómo quieres que tenga
Finos colores,
Si me lo están quitando
Tus sinrazones?

No quiero que me quieras
Ni yo quererte,
Ni que tú me aborrezcas
Ni aborrecerte.

Una silla en mi casa
No te la niego,
Pero te desengaño
Que no te quiero.

Entré en la iglesia moza,
Salí casada,
No hay quien desate el nudo
De esta lazada.

Por el sí que dió la niña
En la puerta de la iglesia,
Por el sí que dió la niña
Entró libre y salió presa.

De San Antonio vengo,
Antonia mia,
Solo de ver tu Santo
Traigo alegría.

De los altos cielecitos
Cayeron nueve azucenas,
Tres Antonias, tres Franciscas,
Y tres divinas Manuelas.

Me enamoré jugando
De una María,
Cuando quise olvidarla
Ya no podia.

Vírgen del Cármen, valédme,
Son Antonio que me muero,
Tengo una puñaladita
En este costado izquierdo.

Si las estrellas del cielo
Todas se volvieren lanzas,
Punta abajo para el suelo,
No pierdo las esperanzas.

Eres valle en lo bonita,
Y en lo garbosa dolores,
Y en lo lozana y alegre
Eres un ramo de flores.

El sentido se me pierde
Cuando con ella platico
En ver que tengo una novia
Cantadora y con buen pico.

Si yo pudiese, mi niña,
Te pusiera por corona
Dos águilas imperiales
Y al Padre Santo de Roma.

Si supiera ó entendiera
Que el sol que sale te ofende,
Con el sol me peleara
Aunque el sol me diera muerte.

Yo te quisiera estar viendo
Treinta dias cada mes,
Siete dias en semana,
Cada minuto una vez.

Ausente estóy de tu vista,
Pero no del pensamiento;
Con los ojitos del alma
Te veo á cada momento.

Mi corazon dió un suspiro
Y el alma le preguntó:
¿Corazon, porqué suspiras?
— Alma, porque tengo amor.

Bendito sea, Dios, madre,
Que ya pareció el perdido,
Que no se puede perder
Pájaro que tiene nido.

Cada vez que paso y miro
Los umbrales de tu puerta,
Me arrodillo y me prosterno
Como si fuese la iglesia.

El corazon se me parte
De dolor y sentimiento,
Al ver que estás en el mundo
Y ya para mí te has muerto.

Si me quieres escribir
Yo te diré donde vivo,
En casa del desengaño
Donde tú nunca has vivido.

Echale pan al perro
Si vas á verme,
Porque tiene mi madre
Sueño de liebre.

Penita sobre penita,
Sobre penitas mas penas,
Vengan, vengan sobre mí,
Que yo soy la madre de ellas.

Envidia tengo á la tierra
Y tambien á los gusanos,
Que te tienen de comer
Ese cuerpo tan gitano.

Morena tiene que ser
La tierra para claveles,
Y la mujer para el hombre
Morenita y con desdenes.

Hermanitos terceros
Son los claveles,
Un clavel fué la causa
De yo quererte.

Tengo perdido el sueño
Y no sé donde buscarlo,
Lo buscaré en el olvido;
¿Y el olvido? dónde hallarlo?

A la luz del cigarro
Te vi la cara,
No he visto clavellina
Mas encarnada.

Debajo de tu ventana
Por pintarte á tí pinté
Una rosa catalana
Y un clavel aragones.

La mañana de San Juan
Cuaja la almendra y la nuez,
Así cuajan los amores
Cuando dos se quieren bien.

Tan solo en el mundo hay una
Con que poder compararte,
Y la encontré por fortuna
Pintada en un estandarte. [1])

Entre los árboles todos
Se señorea el laurel,
Entre las mujeres Ana,
Entre flores el clavel.

A mi padre y á mi madre,
Los quiero como es debido;
Pero en llegando á mi amante
Pierdo los cinco sentidos.

---

1) La Vírgen.

Tienes una cinturita
Tan delgada que pareces
El clavel en la maceta
Que con el aire se mece.

Sin duda que tu padre
Fué confitero,
Y te hizo los labios
De caramelo.

Mi corazon tú lo tienes;
Dámelo si no te sirve;
Se lo daré á otra paloma
Que con su calor lo abrigue.

El encarnado clavel
Viene publicando agravios,
Porque no lo han hecho á él
Hermoso como tus labios.

Clavellina te diré,
Pero no rosa de olor,
Que la rosa se deshoja
Y la clavellina no.

Vivo en el cautiverio
De una morena,
Y con un *sí* tan solo
Salgo de penas.

Es tu cara la luna
La redondita,
Y tus ojos luceros
Que la visitan.

Ya no se llaman dedos
Los de tus manos,
Que se llaman claveles
De cinco en ramo.

El querer que te tengo
Lo he confesado,
Y el confesor me ha dicho
Que no es pecado.

Eres chiquita y bonita,
Eres como yo te quiero,
Pareces campanillita
Hecha á manos de platero.

Yo tenia una maceta
De claveles encarnados,
De la noche á la mañana
Se han vuelto marisalados.

Antes de conocerte
Ya te queria,
Porque me lo anunciaba
La estrella mia.

La primera clavellina
Que eche mí clavellinero,
Se la tengo de poner
A mi amante en el sombrero.

Manuel se llama Cristo,
Qué dulce nombre!
Dichoso el que naciendo
Manuel le ponen!

La rosa en tus mejillas
Perdió su color,
Y el clavel en tus labios
Se disciplinó.

A tomillo y romero
Me hueles, niña.
Como vengo del campo
No es maravilla.

María me dió una rosa,
Un clavel me dió Isabel;
Toma tu rosa, María,
Que yo mas quiero al clavel.

Si mi corazon tuviera
Ventanitas de cristal,
Te asomarias y vieras
Lo dolorido que está.

Compadécete de mí,
Que tienes el corazon
Mas duro que las columnas
Del templo de Salomon.

Yo tomé un cortijo á renta
Con intencion de labrarlo;
Otro me pujó la puesta,
Me fué preciso dejarlo.

Por una prima tuya
Te quiero tanto;
Siempre por la peana
Se besa al santo.

Si quieres que te quiera
Dáme fianza,
Pues de tí no me fio
Que eres muy falsa.

Al mirarme tus ojos
Bajo los mios,
Que tus ojos abrasan
Mas que el estío.

Los claveles y las rosas
Formaron una batalla,
Y los claveles ganaron
Porque estaban en tu casa.

Cuatro eses componen
Amor perfecto,
Ser solícito y sabio,
Solo, y secreto.

Cada vez que te veo
Para mí digo,
A mi prójimo amo
Como á mí mismo.

Ya viene marzo con flores
Y con sus rosas abril,
Y mayo con sus claveles,
Para coronarte á tí.

Mira como corre el agua
Por la hoja del clavel,
Así corre la hermosura
Por la cara de mi bien.

Es tanto lo que te quiero,
Y lo que te quiero es tanto,
Que el dia que no te veo
No le rezo á ningun santo.

Yo te quiero y te requiero
Y te tengo de querer,
Hasta soltar el pellejo
Como San Bartolomé.

Mal haya la ropa negra
Y el sastre que la cortó,
Que mi niña está de luto
Sin haberme muerto yo.

Hábito de dolores
Tiene mi dama,
Con los siete cuchillos
Me parte el alma.

Quiéreme poco á poco,
No te apresures,
Que lo que á mí me gusta
Quiero que dure.

El clavel que tú me diste
El dia de la Ascension,
No fué clavel, sino clavo
Que clavó mi corazon.

Yo sembré una mirada,
Nació un deseo,
Floreció una esperanza,
Cogí un desprecio.

Esos ojitos azules
Se los robastes al cielo,
Y al cielo le darás cuenta
Del mal que hiciste con ellos.

Yo te quiero y no quiero
Que son dos cosas;
Yo te quiero y no quiero
Que lo conozcas.

Las calles de Sevilla
Se están arando;
De rosas y claveles
Se están sembrando.

Los celos y las olas
Del mar son unas,
Que producen montañas
Y son espuma.

A la flor de la adelfa
Te he comparado,
Que es hermosa y no come
De ella el ganado.

No me seas retrechera
Porque te he de comparar
Con el reloj de Pamplona
Que apunta, pero no da.

La calle en que vives
Si fuera mia,
De brillantes y perlas
La empedraria.

A mi corazon prendieron,
A la cárcel lo llevaron,
Y sin delito ninguno
A muerte lo sentenciaron.

¿Para qué vas y vienes,
Doctor, confuso,
Si el mal que á mí me aqueja
No sale al pulso?

Dos estrellas se han perdido
Y en el cielo no parecen,
En tu casa se han metido
Y en tu cara resplandecen.

No sé que tenia el agua
Que me distes á beber,
Que á todo el mundo aborrezco
Y á tí no ha podido ser.

Tienes en la cara pecas
Y en tu garganta lunares
Y en tu pecho mas virtudes
Que arena tienen los mares.

Tengo que hacer un castillo
Encima de un alfiler
Y ha de tener mas firmeza
Que ha tenido tu querer.

DE BOLERO.

La constancia y el fénix
Son dos prodigios,
De quienes todos hablan
Y nadie ha visto.
Por mí confieso,
Que no penaré nunca
Por conecerlos.

Cuando el amor ardiendo
Está en el alma,
Los reflejos del fuego
Dan en la cara.
Tambien el humo
Sale haciendo burla
Del disimulo.

Por Dios, si no me quieres
Que no me mires;
Ya que no me rescates
No me cautives.
No me mires mas;
No me pongas cadenas
Que no has de quitar.

Descuidados mis ojos
Vieron tu cara,
Cara les ha costado
Esa mirada.

Pues dijo el alma,
¡Qué cara tan divina!
Pero ¡qué cara!!

Diga Vd., señor platero,
¿Cuánta plata es menester
Para engarzar unos celos
Que me ha dado mi mujer?
Si fuera mia
Yo engarzara los celos
En mala vida.

Vivo con la esperanza
De ser tu dueño,
Y por eso me visto
De verde y negro.
Verde esperanza
Y lo negro es el luto
De la tardanza.

Soñé que me querias
La otra mañana,
Y soñé al mismo tiempo
Que lo soñaba.
Que á un infelice
Aun las dichas soñadas
Son imposibles.

Pasando por tu calle
Vi pelearse
Dos piedras pretendiendo
Que las pisases.
Yo dije entónces,
Si esto hacen las piedras,
¿Qué harán los hombres?

Un oficial muy fino
Me dijo un dia,
Que si yo no lo amaba
Se moriria.
Pero es lo cierto,
Que yo no lo he amado
Y él no se ha muerto.

San Antonio bendito,
Tres cosas pido:
Salvacion y dinero
Y un buen marido.
Ya te lo he dado,
Jugador de las cartas
Y enamorado.

En el alma te tengo
Tan á lo vivo,
Que despierto soñando
Siempre contigo.
Y en despertando,
Me digo yo á mí mismo:
Vamos soñando.

Yo me arrimé á una fragua,
Dije al herrero,
Que me hiciese un amante
De fino acero.
El me responde:
No puede ser muy fino
Si ha de ser hombre.

Son tus mejillas rosas,
Quiero cogerlas;
Pero tienen espinas
Que las defiendan.

Y que esas rosas
Las espinas que tienen
Son enconosas.

Heródes y Pilátos,
Son enemigos,
Para perder al Justo
Se hacen amigos.
Dios nos ampare,
Si Heródes y Pilátos
Se hacen compadres.

Me miras y te miro,
Callas y callo,
Así nos estaremos
Doscientos años.
Mas te prevengo,
Que si tú no te esplicas,
Yo no te entiendo.

Son tantos los que tienes
En el corazon,
Que del lado de afuera
Me he quedado yo.
Y muy contento,
Por no estar confundido
Con los de dentro.

Algun dia sentia
Tus esquiveces,
Y hoy me son tus halagos
Indiferentes.
De esta mudanza,
Pregúntate á tí misma
Quién es la causa.

Primero que te olvide,
Dijiste, Aurora,
Se ha de volver cristiana
La reina mora.
Me has olvidado,
Pero la reina mora
Mora ha quedado.

No compres en la tienda
Del dios Cupido,
Que por cualquiera cosa
Lleva un sentido.
Vé con cautela,
No cambies los sentidos
Por bagatelas.

Calla, no me repliques,
Que el cargo es justo;
Deja que te convenza
De que te sufro.
No satisfaces,
Y me quitas el gusto
De perdonarte.

Si mil almas tuviera
Te diera juntas;
Toma, pues no las tengo,
Mil veces una.
Que si lo adviertes,
Es mas que miles juntas
Una mil veces.

En tu abanico, Elvira,
Quiero pintarte
Para que tu retrato
Te dé algun aire.

Pues no hay pintor
Que dibuje con aire,
Gracia y primor.

Es mi amor, dueño mio,
Como la sombra;
Miéntras mas apartado
Mas cuerpo toma.
Que ausencia es aire,
Que apaga el fuego chico
Y enciende el grande.

El sol al ver tus ojos
Corrido huye,
Que le des luces pide
Que le desluces.
Pues hay mas fuego
En tus ojos, María,
Que en todo el cielo.

Una noche lloviendo
Quise olvidarte,
Porque estaba yo viendo
Segundo amante.
Y yo no quiero,
Que haya segundo amante
Y mas, yo viendo.

Me preguntó un amigo
Lo que eran celos;
No sabe el bien que tiene
Con no saberlo.
De buena gana
Trocara yo mi ciencia
Por su ignorancia.

Permíteme te diga,
Si no te ofendo,
Que miéntras mas te trato
Ménos te entiendo.
Pues prontamente
Retrocedes de amante
Á indiferente.

Ausente de tu vista
Mucho mas vivo,
Porque cada momento
Se me hace un siglo.
Pero, mi dueño,
Mas que vivir ausente
Morirme quiero.

Mi corazon de cera,
Tus ojos soles;
Contempla si me miras
Cómo me pones.
Y si reparas,
Verás que me derrito
De una mirada.

Dáme de tu cabeza
Siquiera un pelo
Para atarme una herida
Que amor me ha hecho.
Pero es locura,
Pues mas ha de inflamarse
Con la atadura.

Mi corazon volando
Se fué á tu pecho,
Le cortaste las alas
Y quedó dentro.

Por atrevido
Se quedará por siempre
En él metido.

Tengo yo un cofrecito
Donde ir echando
Penas y pesadumbres
Que me vas dando.
Pero algun dia
Se abrirá el cofrecito.
Será la mia.

Cuando voy á la casa
De mi María,
Se me hace cuesta abajo
La cuesta arriba.
Y cuando salgo
Se me hace cuesta arriba
La cuesta abajo.

Me dijiste veleta
Por lo mudable,
Si yo soy la veleta
Tú eres el aire.
Que la veleta,
Si el aire no la mueve,
Siempre está quieta.

Para pescar á un hombre
Se necesita
Una caña muy larga
Con una guita.
Y para echarlo
Ponerlo en el poyete
Y arrempujarlo.

He pensado olvidarte
Quinientas veces,
Y en viéndote no hay forma
De que me acuerde.
Que un pecho fino
Solo olvida las causas
De los olvidos.

Si te preguntan, niña,
A quien adoras,
Primero morir mártir
Que confesora.
Que el que confiesa
Tiene siempre segura
La penitencia.

Me quisistes amante;
Mas de ahí á poco,
Desnudastes á un santo
Por vestir otro.
Pero te digo,
Que el santo desnudado
Ya está vestido.

Al sol es parecido
Quien celos tiene,
Que levanta vapores
Que lo oscurecen.
Y las tormentas
Se forman de las nubes
De las sospechas.

A la sala del crímen
Llevé tus ojos,
Porque son dos ladrones
Facinerosos.

Y cuando entraron
Se ha quejado el regente
Que le robaron.

Delicada es la rosa,
Mas, si la ofenden,
Tiene en el tronco espinas
Que la defienden.
Para cogerla
Es necesario tiento
Y no ofenderla.

Capuchinos tus ojos
Me han parecido,
Y con ojos de santo
Me has seducido.
¡Quién lo pensara
Que con ojos de santo
Tú me engañaras!

SERENATAS O DE VENTANA.

Empiezo la primera
En nombre de Dios,
Perderé la vergüenza
Y alzaré la voz.

En el nombre sea de Dios
Y del Espíritu Santo,
Esta es la primera copla
Que á tu puerta, niña, canto.

A tu puerta estamos cuatro,
Todos cuatro te queremos,
Escoge tú al que tú quieras
Que los demas buscaremos.

Del polvo de la tierra
Saco yo coplas,
No bien se acaba una
Ya tengo otra.

Si esta noche no sales
A la ventana,
Cuéntame entre los muertos
Desde mañana.

La guitarra sin prima
Suena quejosa,
Como estóy yo contigo
Por cierta cosa.

A esta puerta hemos llegado,
Todo el mundo cante bien
Que es hija de un padre honrado
Y de una mujer de bien.

A tu puerta hemos llegado
Cuatrocientos en cuadrilla,
Si quieres que te cantemos
Saca cuatrocientas sillas.

Por la calle abajo viene
Una guitarra de plata,
Y la prima va diciendo:
Una morena me mata.

Si supiera que cantando
Te habia de divertir,
Toda la noche cantara
Aunque perdiera el dormir.

¿Cómo quieres que tenga
Gusto en el cante
Si la prenda que adoro
No está delante?

Madre mia del Cármen,
Dadme salero,
Que el cantar quiere gracia
Y no la tengo.

Coplitas y mas coplitas,
Coplitas he de cantar,
Porque tengo un arca llena
Y un costal por desatar.

Bien pudiera la luna
Ser campechana,
Y alumbrar con sus rayos
A tu ventana.

Cante Vd., compañerito,
Cante Vd., vamos cantando,
Que si Vd. no sabe coplas,
Yo se las iré apuntando.

Debajo de tu ventana
Me dió el sueño y me dormí,
Y me despertó tu gallo
Cantando quiquiriquí.

La paloma está en la cama
Arropadita y caliente,
Y el palomo está en la esquina
Dándose diente con diente.

Si mis suspiros llegan
A tu almohada,
Como caritativa,
Dáles posada.

Tengo este cuerpo de coplas
Que parece un avispero,
Batallando una con otra
A ver cual sale primero.

Asómate á esa ventana
Cara de luna brillante;
Aunque yo no te conozco,
Conmigo viene tu amante.

Voy á cantar las coplas
Que me han mandado,
Que no quiero que digan,
Malo y rogado.

Asómate á esa ventana
Cara de piñon de oro,
Quiero encender un cigarro
En la niña de tus ojos.

La luna para salir
Al cielo pide licencia,
Y para cantar yo aquí
La pido con reverencia.

Por esta calle á lo largo
Anda un gavilan perdido
Que dice que ha de sacar
La paloma de su nido.

A la luz del cigarro
Te vi la cara,
No he visto clavellina
Mas encarnada.

Por esta calle á lo largo,
Dicen que no hay Catalinas,
Si las supiesen buscar
Las hay como clavellinas.

A mí me tocó la suerte,
Como mejor director,
De venir á despertar
Del barrio la mejor flor.

La otra noche en tu ventana
Cinco claveles te di,
Y eran los cinco sentidos
Que puestos tenia en tí.

De todas las despedidas
Es la mia la mas alta;
Adios clavel, adios rosa,
Adios matita de albahaca.

Echemos la despedida
Con muchísimo dolor;
En los clavos de tu puerta
Se queda mi corazon.

Despidámosla, señores,
Despidámosla corteses,
Que es hija de buenos padres
Y que ella se lo merece.

Cuando cierras la ventana
Al crujir de la madera,
Se me pone el corazon
Como el panal de la cera.

Mis amiguitos me dicen
Que no me sé despedir:
Adios clavel, adios rosa,
Adios precioso jazmin.

Echemos la despedida
La que Cristo echó en el rio;
Los pájaros piden agua
Y las muchachas marido.

Allá va la despedida
Al uso de Barcelona,
La madre que te parió
Merecia una corona.

Con esta copla, señores,
De mi niña me despido,
Que mi madre ya dirá:
¿Dónde estará ese perdido?

Allá va la despedida,
Que ya me voy á dormir,
Porque mi madre no tiene
Aceite para el candil.

DE BAILE.

A la que está bailando
Echarle rosas,
Porque se lo merece
Por buena moza.

La niña que está bailando
Parece un pimpollo de oro;
Pregúntale, compañero,
Si es casada ó tiene novio.

La niña que está bailando
Es mi novia y no me pesa;
Me la quisiera poner
Por corona en la cabeza.

La niña que está bailando
Parece una santa Rita,
Y puede cortarle un sayo
A las ánimas benditas.

El mocito que baila
Las seguidillas,
Se ha dejado en su casa
Las pantorrillas.

Señor bailadorcito,
No me la canses,
Que va á ser mi madrina
Cuando me case.

Esos dos que están bailando
¡Qué parejitos que son!
Si yo fuese Padre Cura,
Les daba la bendicion.

Ya está puesta en el baile
La que no quiere,
Que le digan la reina
De las mujeres.

DE MARINEROS.

Con qué pena vivirá
La mujer del marinero,
Que al pié del palo mayor
Tiene pagado el entierro!

A los vientos pregunto
Si han visto á mi amor;
Como son mis contrarios
Me dicen que no.

Todas las mañanas voy
A la orillita del mar,
A preguntar á las olas
Si han visto á mi amor pasar.

En el mar hay un pescado
Que le llaman la corvina,
Y en la tierra una serpiente
Que se llama Catalina.

Toma, niña, esta tumbaga
Que te la da un marinero;
Ojalá que te se vuelva
Una barquita con remos.

Yo soy como aquel barquito
Que lo están encarenando:
Miéntras mas golpes le dan
Mas firme lo van dejando.

Tengo yo una navecita,
Donde navego de dia,
Que en soltándole los remos
Todas las mares son mias.

Marinero soy, señora;
En el hombro traigo el ancla,
Y cuando llego á bahía
Doy fondo con la esperanza.

En el cielo está mi Dios,
En la mar está mi dicha,
En el aire mi esperanza,
Y en tierra quedó mi vida.

Al marinero en el mar
Nunca le falta una pena,
Ya se le rompe el timon,
Ya se *le rifa la vela.*

Toda mi vida en el mar
No me han cautivado moros,
Y una vez que entré en tu casa
Me cautivaron tus ojos.

Un marinerito, madre,
Me tiene robada el alma,
Si no me caso con él
Muero moza y llevo palma.

Mi madre me pega palos
Porque quiero á un marinero,
Y al son de los palos digo:
Vivan las anclas y remos.

Un carpintero me quiere,
Y un sastre me solicita,
Y un marinero ha de ser
Dueño de mi personita.

Marinero es mi amante
De agua salada,
Porque los de agua dulce
No valen nada.

Marinero es mi amante,
Mucho lo siento;
Que andan por esas mares
Mis pensamientos.

A las doce de la noche
Eché mi barquita al mar
Pensando que era levante,
Y se volvió vendaval.

Tengo pasadas por tí
Mas penas y mas fatigas,
Que pasan los marineros
En el Callao de Lima.

DE ARTESANOS.

A la puerta de un sastre
Todas son tiras,
Y á la de un zapatero
Todas mentiras.

Tienen los zapateros
En el cogote
Un letrero que dice:
Viva el cerote.

Yo soy un pobre barbero
Y no tengo que comer;
No sé si cierre la puerta
Y abra la de mi mujer.

No lo quiero zapatero
Que se le secan los muslos,
Sino lo quiero arriero
Que vaya y venga en el mulo.

Un remendero fué á misa
Y no sabia rezar,
Y andaba por los altares:
¿Zapatos que remendar?

Un zapatero y un sastre
Y un oficial de barbero,
Son tres personas distintas
Y ninguno verdadero.

No te enamores, mi niña,
De maestro de barbero
Que se acuestan sin cenar
Y amanecen sin dinero.

Lo quiero carpintero
Que saque astillas
— Sí, hija, y que las saque
De tus costillas.

Si me quieres te advierto
Que soy albañil,
Una peseta gano
Y esa es para mí.

Anda véte, anda véte,
Barbero loco,
Que mi madre no quiere
Ni yo tampoco.

Tengo un amante hechicero
Que vale mas que un Perú,
Y su oficio es de torero,
Torerito y andaluz.

Tienen las cigarreras
En el zapato
Un letrero que dice:
Viva el tabaco.

DE ESTUDIANTES.

Si en mi libro hubiese damas
Como las que estóy mirando,
Toda la noche de Dios
Me la llevara estudiando.

Cuando un estudiante llega
A la esquina de una plaza
Dicen las revendedoras:
Fuera ese perro de caza.

Un estudiante tunante
Se puso á pintar la luna
Y de hambre que tenia
Pintó un plato de aceitunas.
Anda, vida mia, abre la ventana!
Mira qué lucida llevo la sotana.

De una cuchara de palo
Que llevaba un estudiante
Se fabricaron las puertas
Del castillo de Alicante.

Mi padre piensa que estóy
Estudiando en Salamanca,
Y me he venido á este pueblo
A conquistar las muchachas.

El otro dia en paseo
Se ha perdido un estudiante,
Y ha venido á parecer
Debajo de un miriñaque.

Que viva la tuna,
Que viva el jaleo,
La sotana vieja
Y el roto manteo.

La capa del estudiante
Parece un jardin de flores,
Toda llena de remiendos
De diferentes colores.

Caballero generoso,
Dénos usté una peseta,
Que traemos la barriga
Como cañon de escopeta.

A los estudiantes, niña,
Compara con las sardinas,
Saladitas con escamas,
Poca carne, y mucha espina.

Si quieres saber, Señora,
La vida del estudiante,
Comer poco, y andar mucho,
La miseria por delante.

Cuando un estudiante sale
Al mercado en dia cubierto,
Los jamones y embuchados
Se ponen en movimiento.

A estos pobres estudiantes
De cuchara y aceituna,
Echele usté una peseta
Que van corriendo la tuna.
Anda, vida mia, súbete á la torre,
Mira la veleta y el viento que corre.

DE SOLDADOS.

Pensamientos tuve, niña,
De servir al Rey Fernando,
Desde que vi tu hermosura
Dije: que lo sirva el diablo.

En Málaga senté plaza,
Y en Sevilla me acordé
Del garbo de tu persona,
Y al punto me deserté.

¡Que bonito está un soldado
En la puerta del cuartel
Con corbatin estirado,
Y sin tener que comer!

Cuatro cuartos me da el rey
Y con esos como y bebo,
Le pago á la lavandera
Y siempre tengo dinero.

Soldado soy de á caballo,
Cuanto quieras te daré,
Pero en tocando á casaca,
No quiere mi coronel.

Si te quiere un soldado,
Quiérelo, niña,
Que no ha de ser soldado
Toda su vida.

¡Qué lástima de carita
Que fuese para un paisano,
Pudiéndosela llevar
Un soldado veterano

Si Dios me saca con bien
Del servicio militar,
Me haré cuenta que me he muerto
Y he vuelto á resucitar.

Soldado soy, qué remedio,
Si lo dispuso la suerte,
Y no me pesa el fusil,
Pero sí dejar de verte.

La vida de los soldados
Es andar por los lugares,
Dormir en cama prestada,
Morir en los hospitales.

Por un pan de municion
Que el Rey de España me da,
Me tiene toda la noche;
Centinela! — Alerta está!

Bayonetas caladas
Pide el gobernador,
Que se lleva los mozos
¡Qué pena y qué dolor!

Que se los lleve,
O no se los lleve.
La guerra no se ha hecho
Para mujeres.

Qué bonito va un soldado
Cuando á la revista va,
Lleva su cara lavá, [1])
Su pelito bien peinado,
El corbatin apretado,
La mochila, el morrion,
Así va á la formacion.
Mas si por su mal le pegan,
Desde aquel dia reniega
De la hora en que nació.

Mañana se van los quintos,
Ya se van los buenos mozos
Y á las muchachas les quedan,
Los chiquitos y achacosos.

Cásate y tendrás mujer
Y vivirás grandemente,
Llegarás á coronel
Sin haber sido teniente.

Si la casaca del rey
No tuviera las resultas,
Vale mas un soldadito,
Que toda la España junta.

Si el garbo de tu persona
Se ganara peleando,
Vieras á un hombre en la guerra
Con una espada en la mano.

1) Lavada.

Soldadito soy del rey,
Aquí traigo mi registro
Y si me muero en batalla
Muero por la fe de Cristo.

No se admire usted, señora,
Que un soldado es el que canta,
Con el pan de municion
Tengo mala la garganta.

Cuatro cuartos me da el rey,
Y cuatro me da la reina,
Y cuatro mi coronel,
Y cuatro mi coronela.

Si salieras soldado
Yo te aguardaré,
No digo yo ocho años,
Aunque fueran diez.

Si salieras soldado
En esta quinta,
Para tu charretera
Yo tengo cinta.

Mañana se van los quintos,
Se llevan los escogidos,
Y las muchachas se quedan
Con los que el rey no ha querido.

Quiéreme, que soy buen mozo
Y escribo en la mayoría,
Y soy sarjento primero
Que corre con compañía.

Adios, Alicante hermoso,
Con castillo y estandarte,
Adios, puerta de la reina,
Donde yo solia hablarte.

Una plaza de armas
Formé en tu mano,
Y tus cinco deditos
Son los soldados.

Capitanes de guerra
Son tus dos labios,
Y tus dientes en fila
Son los soldados.

Cállate, morena mia,
Cállate y no tengas pena,
Que en siendo yo coronel
Tú serás la coronela.

Dicen que la golondrina
Pasó la mar en un vuelo;
Así la pasaré yo
En cumpliendo si no muero.

Con un pié en el estribo
Y otro en el aire,
Se despide un soldado
De su comadre.

El amor del militar
Es como un plato de arena,
En poniéndolo en la calle
Viene el viento y se lo lleva.

Cuando estóy de centinela
Y te pones junto á mí,
Se me olvida la consigna
Y se me cae el fusil.

Si por hazañas de monta
Se pudiera usted ganar,
Yo tomara por asalto
El peñon de Gibraltar.

Son tus ojos, bien mio,
Dos baterías
Que están abriendo brecha
Al alma mia.

El amor del soldado
Es de una hora,
En tocando la marcha:
Adios, Señora.

Ya no quiero mas compaña
En el bajo de Aragon,
Porque la racion de etapa
Se ha vuelto conversacion.

Si Dios me saca con bien
De Cataluña y su reino,
Haré cuenta que he salido
De los profundos infiernos.

He salido por soldado
Y no tengo escarapela;
Dáme una gota de sangre
De tu corazon, morena.

El cuartel es una venta,
El sarjento es el ventero,
Los burros son los soldados,
Los cabos son arrieros.

Los cuarteles son iglesias,
Los soldados son los santos,
Los cabos son los faroles
Que alumbran de cuando en cuando.

Adelante, batidores,
Dad ejemplo al batallon,
Que la gente de bigote
Debe ser gente de pro.

Si por querer á un paisano
Olvidas á un militar,
Hazte cuenta que has cambiado
Oro fino por metal.

Dicen que ya no me quieres
Porque he salido soldado,
No creo que tú desprecies
Lo que el rey no ha despreciado.

¿Como quieres, nena,
Que te venga á ver
Si salgo de guardia
Y entro de reten?!
Si por un momento
Yo falto á la lista,
Recargo de guardia
Nadie me lo quita.

Viene mi primero,
Me pone arrestado,
Mira aquí la gloria
Del pobre soldado.

¿Cómo quieres que me case
Siendo sarjento no mas!
¿Cómo quieres que mantenga
Salero con tanta sal?

Senté plaza de soldado,
Me dijeron que era chico
Y yo dije: no hay cuidado,
Me subiré en un borrico.

JOCOSAS.

Tengo que morir cantando
Ya que llorando nací,
Que las penas de este mundo
No todas son para mí.

Quiero cantar ahora
Que tengo gana,
Por si acaso me toca
Llorar mañana.

Yo me llamo Rocas peñas
Pariente de Mala gana,
Y por apellido tengo:
A mí no se me da nada.

Como tú no me faltes,
Pan de mi alforja,
Como tú no me faltes,
Todo me sobra.

En teniendo un cigarro
Y seguro mi jornal
Y mi morena en la reja
¿Qué mas puedo desear?

Cuando me parió mi madre
Me parió en un campanario;
Cuando vino la comadre
Estaba yo repicando.

A la una nací yo,
A las dos me bautizaron,
A las tres me enamoré,
Y á las cuatro me casaron.

En mi casa hay un patio
Tan particular,
Que en lloviendo se moja
Como los demas.

Cuatrocientas mujeres,
Quinientos loros,
Arman una algazara
De mil demonios.

Esta noche y anoche
Y esta mañana
Antes de levantarme
Estaba en cama.

Dicen que tú no me quieres
Porque no tengo dinero,
Ven á mi cuarto y verás
Un cuarto en un agujero.

Sé donde fueres
El que debieres,
Cobra y no pagues,
Somos mortales.

Solo soy, solo nací,
Solo me parió mi madre,
Y solito me andaré
Como la pluma en el aire.

En los montes de Jimena
Robaron un cobertor;
Los ladrones van diciendo:
No lo hubieran puesto al sol.

La buena de mi suegra
Me dió unas medias,
Cada vez que reñimos
Me quedo en piernas.

Tienes una carita
De San Antonio,
Y una condicioncita
Como un demonio.

Ya yo no quiero apurarme,
Apúrese quien quisiere,
Porque he oido decir
Que el que se apura se muere.

¿Pues no es grande bobería
El vivir así penando
Si podemos divertirnos
Una vez de cuando en cuando?

Vivan las claras estrellas,
Viva el sol, viva la luna,
Vivan las niñas bonitas
Y el amor y la fortuna.

En Málaga los serenos
Dicen que no beben vino,
Y con el vino que beben
Puede moler un molino.

Cuando veo á mi suegra,
¡Me alegro tanto!!!
Cuando el altar me alegra
¡Qué será el Santo!

Gitano, ¿porqué vas preso?
Señor, por cosa ninguna,
Porque he robado una soga,
Con cuatro pares de mulas.

Voy á hacer un castillo
Con cien teleras
Y ciento y treinta bollos
De centinelas.

El tabaco de polvo,
Segun se dice,
Se toma en todas partes
Por las narices.

Mi marido me dice
Que no le ayudo,
Cuando viene borracho
Yo le rempujo.

En la calle en que vives,
Maldita sea,
Viven cuatro muchachas
A cual mas fea.

Si el casarse fuera un año,
Una semanita ó dos,
Pero por toda la vida...
¡Esa no la trago yo!

Si yo tuviese un chinito
Se lo tirara á esa higuera,
Que buena falta me hacia
Que me cayera esa breva.

Amores, amores tengo,
No los quisiera tener
Que un hombre se pone tonto
En queriendo á una mujer.

Compadre, he visto un toro
En la plaza de Jerez,
Compadre, si V. lo viera!
Todo se parece á usted.

En la calle no sé donde
Mataron yo no sé á quien,
El vivo cayó en el suelo,
El muerto apartó á correr.

Un borracho se murió
Y dejó en el testamento
Que lo enterrasen en viña
Para chupar los sarmientos.

A un hombre muy prevenido
Regalaron un pastel,
Por no saber lo que era
No se lo quiso comer.

Cómo corre, cómo trota
Un pobre tras una torta,
Cómo trota, cómo corre
Detras de una torta un pobre.

Vamos en gracia de Dios,
Maté mi mujer de un palo,
Si esto es en gracia de Dios,
Qué será en gracia del diablo!

Mocitas, si queréis novios,
Pintarlos en la pared,
Que los mocitos de España
Son de la reina Isabel.

Mire usted con la gracia
Que mira un tuerto,
Con un ojo cerrudo
Y el otro abierto.

En el jardin de amores
Hay una mata
Donde van por narices
Todas las chatas.

Anoche en tu ventana
Vi un bulto negro
Pensando que era un hombre
Y era un gallego.

De tanto quererte á tí
Me quedé como una espina,
Por poco me lleva el viento
Al revolver de una esquina.

Mas valiera ser soldado
O en algun convento fraile
Que no mantener mujer,
Al precio que el trigo vale.

Debajo de tu ventana
Tengo un ochavo escondido,
No se lo digas á nadie,
Mira que somos perdidos.

Tengo un dolor no sé adónde
Nacido de un no sé qué,
Sanaré yo no sé cuándo,
Me sanará no sé quién.

La vista recogida
Mucho penetra;
Eso decia una niña
Porque era tuerta.

A un hombre viejo y á un mozo
Quiero con distinta ley,
Quiero al mozo por su cara
Y al viejo por la del rey.

A la puerta de un sordo
Cantaba un mudo
Y un ciego lo miraba
Con disimulo.

Ven acá moza maldita,
Díme porque me aborreces,
Si no te gustan castañas
Yo te regalaré nueces.

El bonete del cura
Va por el rio,
Y el cura va diciendo:
Bonete mio!

Supuesto que no quieres
Nada conmigo,
Cuando te pareciere
Toma el camino.

Yo vide á un hombre llorar
A la puerta de un estanco,
Que tambien los hombres lloran
En faltándoles tabaco.

Cada vez que paso y miro
La cárcel ó el hospital
Le digo á este cuerpo mio:
Aquí tienes de parar.

A mí me parió mi madre
Debajo de una higuera,
Cuando llegó la comadre
Me encontró papando brevas.

Cuando vengas á verme
Ponte á lo oscuro
Para que piense padre
Que eres el mulo.

Niña de los veinte novios
Y conmigo veinte y uno,
Si todos son como yo,
Te quedarás sin ninguno.

Glorioso San Sebastian
Todo lleno de saetas;
Mi alma como la tuya,
Como tu cuerpo mi suegra.

No siento yo la caida
Ni que enseñase las piernas,
Siento sí los cinco duros
Que me costó mi peineta.

No tengo vicio ninguno
Si no el de fumar tabaco,
Jugar á la treinta y una,
Sin contar que soy borracho.

Mi padre me pega palos
Y mi madre me pellizca,
Y al son de los palos digo:
Sarna con gusto no pica.

Un cojo cojeando
Cogia coles,
Y otro cojo decia:
¿Cojo, qué coges?

Asómate á esa vergüenza,
Cara de poca ventana,
Tráeme una talla de sed
Que vengo muerto de agua.

Anda diciendo tu gente
Que no me quieres por viejo;
Anda pregunta á las coles
Si es bueno el tocino añejo.

Un jorobado me ronda
Con su jorobita atras;
No lo quiero jorobado
Porque me jorobará.

Cuando Dios crió al erizo
Lo crió de mala gana;
Por eso el animalito
Tan suave tiene la lana.

San Pedro como era calvo
Le picaban los mosquitos,
Y su madre le decia:
Ponte el gorro, Periquito.

San Pedro como era calvo
A Cristo le pidió pelos,
Y Cristo le respondió:
Déjate de pelos, Pedro.

En mi casa me llaman
Calzones rotos,
Y yo digo: caramba!
Comprarme otros.

Dicen que he robado un cáliz,
¡Jesus, que mentira es esa!
Desde que me bautizaron
No he vuelto á entrar en iglesia.

Una vieja seca seca,
Seca seca se casó,
Con un viejo seco seco,
Seco seco se quedó.

CHUSCAS Y BURLESCAS.

¿Qué quieres que te diga,
María Josefa,
Qué quieres que te diga
Que tú no sepas?

Al que camela sin plata
Con título de buen mozo,
A ese llaman las mujeres
La carabina de Ambrosio.

La pimienta es chica y pica
Y sazona los guisados;
Mi amante se me picó
Y se ha ido y me ha dejado.

No pienses de que te quiero
Porque te miro á la cara,
Que muchos van á la feria
A ver, y no compran nada.

Las mocitas de estos dias
Son como las avellanas;
Parten una, parten dos,
Y toditas salen vanas.

Si porque te ves querida
Me niegas la voluntad,
Mira que una casa grande
La derriba un temporal.

La mujer chiquitita
Es un regalo;
Mas vale poco y bueno
Que mucho y malo.

Dices que no me quieres
Ni me has querido;
Váyase lo ganado
Por lo perdido.

Yo quiero á un zapatero
Y quiero á un sastre,
Para que uno me vista
Y otro me calce.

Mi marido me dice
Que me componga,
¿Que querrá ese demonio
Que yo me ponga?

Una recien casada
Puso la olla
Con un cubo de agua
Y una cebolla.

Para cuando me case
Ya tengo dote,
Que me lo dió mi padre
Con un garrote.

Yo me llamo Juan Encina,
Y mi mujer Alcornoque,
Roble se llama mi suegra
¡Qué desparejado bosque!

Amigo Blas, he intentado
Poner mi mujer en venta
Para comprar un caballo,
Porque me tiene mas cuenta.

Si piensas que porque piensas
Ha de ser mi casamiento,
Quítate de la cabeza
Esos vanos pensamientos.

Que tengas amores nuevos,
De eso no me maravillo,
Que siempre se va la abeja
Al almendro mas florido.

Si quieres que te lo diga,
Cantando te lo diré:
Mi padre y mi madre fueron
Un hombre y una mujer.

A mi querer lo comparo
Con los platos del azar;
En quebrándoseme uno
Otro pongo en su lugar.

Si quieres que te lo diga
Cantando te lo diré:
El amor que te tenia
Como se vino se fué.

La niña que quiere á dos
No es tonta que es advertida;
Si se le apaga una vela
Otra le queda encendida.

A la mujer la comparo
Con el águila real;
En acercándose á ella,
Ella se remonta mas.

Ninguna por ser bonita
A ningun galan desprecie;
Que un cordon de oro torcido
Da la vuelta y se destuerce.

¿De qué te sirve tener
Esa cara tan hermosa,
Si tiene tu corazon
Espinas como la rosa?

Como aquel refran que dice
Pierde el pan y pierde el perro,
Así me sucede á mí
Con una novia que tengo.

San Antonio está en el cielo.
Quién estuviese con él!
San Antonio hace milagros
Y yo no los puedo hacer.

La vara de San José
Todos los años florece;
La palabra de los hombres
Se ha perdido y no parece.

A la entrada de tu calle
Una clavellina vi
Y la dije: Dios te guarde,
Bella flor y no de mí.

Mi padre y mi madre lloran
Porque me voy á casar;
Padre y madre que no lloren
Que no me van á matar.

Dáme la mano, María,
Que tu madre lo mandó.
Mi madre manda en lo suyo,
En lo mio mando yo.

Válgame Dios, salada,
La sal que comes!
Qué crecidas que tienes
Tus condiciones!

Válgame Dios del cielo
Lo que ha llovido!
Hasta las calabazas
Se han florecido.

Parece que viene usted
Echándola de valiente,
Con una espada de caña
En una calle sin gente.

Si vienes, bien te recibo;
Y si no, no me haces falta;
Puedes tener entendido
Que no gusto templar gaitas.

Una niña le echó á un calvo
Por una ventana cal
Y por no decirle calvo
Le dijo: cal va, cal va.

La que se casa con calvo
Tiene penitencia entera;
De dia cruz y calvario
Y de noche calavera.

Algun dia por no verte
Suspiros daba,
Y ahora por no verte
Vuelvo la cara.

Algun dia por verte
La misa perdí,
Y ahora me he quedado
Sin misa y sin tí.

Mi marido fué á las Indias
Y me trajo una silleta;
Pero aquella misma noche
Me la rompió en la cabeza.

Tiene mi morenito
Vena de loco,
Unas veces por mucho
Y otras por poco.

Alza la vista, María,
Mira la estrella con rabo;
Sabe Dios las ruinillas
Que nos vendrá rodeando.

Me encontré con mi amante,
Me dijo: Prima,
La torre de la iglesia
Te caiga encima.

Si lo que tengo al lado
Fuera una bala,
A la que tengo enfrente
Se la tirara.

A la Vírgen del Cármen
Quiero y adoro,
Pórque saca las almas
Del purgatorio.

Cada vez que veo el cangrejo
Me pongo á considerar
Que se parece á mi dicha
Que camina para atras.

Si quieres que te diga
Cuantas son cinco,
Los dedos de la mano
De mi marido.

Por un peso que has perdido
Me has dado miles enojos.
¿Tú sabes cuanto es un peso?
Cinco pesetas, mis ojos.

Mala hora de Dios coja
A una olla sin tocino,
A una bolsa sin dinero,
A una botella sin vino.

Yo estóy como S. Alejo
Debajo de la escalera
Aguardando la fortuna,
Y la pícara no llega.

Como tengo este genio
Tan encogido,
Si me lo dan, lo tomo,
Si no, lo pido.

Me dices que soy fea,
Yo no lo ignoro,
Como los almanaques
Dios sobre todo.

Anda diciendo tu madre
Que eres tú mejor que yo:
¿En qué libro lo ha leido?
¿En qué sueño lo soñó?

Anda diciendo tu madre
Que la reina para tí:
Anda vé y díle á tu madre
Que la reina está en Madrid.

Chato, no tienes narices
Porque Dios no te las dió,
A feria se va por todo,
Pero por narices no.

Para los hombres chicos
Viene la leva;
Yo me meteré al mio
En la faltriquera.

La mujer que encuentre á un hombre
Constante, firme y leal,
Llévelo cual cosa rara
A la historia natural.

A las doce de la noche
Echó un galan un requiebro
Pensando que era una dama,
Y era un gato blanco y negro.

Si me quieres dímelo,
Y si no, no me desprecies,
Que soy chino y algun dia
Puede ser que en mí tropieces.

Dicen que no me quieres
Porque no tengo;
Véme tú regalando,
Yo iré teniendo.

Dicen de que no me quieres
Porque no tengo que dar;
Cásate con el reloj
Que á todas las horas da.

Cada vez que considero
Que tengo un amor ingrato,
No sé como no me tiro
Contra un colchon y me mato.

Eres mas fea que el mengue,
¿Y tambien sabes querer?
Anda que te coja un toro
Y te camele un inglés.

Dices que ya no me quieres;
No me da pena maldita;
Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.

No te quiero junto á mí,
Anda véte de mi vera,
Que tienes tú para mí
Sombra de verde higuera.

Me quisiste y te quise
Y agradecí tu fineza:
Me olvidaste, te olvidé,
Tú contento y yo contenta.

Si tus ojos son severos
Y no gustan de las chanzas,
Te aseguro que los mios
En el casco me se saltan.

Todos los hombres son falsos,
Tramoyistas y embusteros;
A quien le toque esa china
Que la guarde en el sombrero.

El viejo que se casa
Con mujer niña,
El mantiene la cepa
Y otro vendimia.

Si usted me quisiera á mí
Como yo la quiero á usted,
Nos llamaran á los dos
Los amantes de Teruel.

Infeliz del que busca
Con grande anhelo
La perdiz, y se encuentra
Con el mochuelo.

Cuando dos quieren á una
Y esta quiere á uno no mas,
Está el otro que parece
Zorra que ha comido agraz.

Ay! viudita, viudita,
Qué bien le parece el luto!
Nos casaremos los dos;
Dios perdone á los difuntos.

Si acaso piensas casarte,
Busca la novia morena;
Porque de las peli-rubias
Milagro sale una buena.

Toda la mujer morena
Se consuela con decir,
Que en la tierra morenita
Nace bien el perejil.

Mi marido fué á las Indias,
Y me trajo una navaja
Con un letrero que dice:
Si quieres comer, trabaja.

Mariquita María,
La de mi barrio,
Hasta el agua bendita
Toma con garbo.

Dicen que usted no me quiere;
A mí no me da cuidado:
Mañana me pongo luto
De tafetan encarnado.

Cásate, Juan, el domingo;
Lúnes estarás casado,
Y el mártes procurarás
Donde dan el pan fiado.

Te pusistes á decir
En una mesa de juego
Que te casabas conmigo;...
Eso será si yo quiero.

Ya se murió mi suegra,
Voy al entierro;
Un casco de cebolla
Llevo en el seno.

Tienes nubes como el cielo,
Mareas como la mar,
Mudanzas como los vientos,
Y luego te ha de pesar.

Tienes el amor con otra
Y conmigo las bromitas;
Si te quieres divertir
Compra un trompo y una guita.

Te huele la ropa á clavo
Como si fueras tendera.
¡Qué importa que seas blanca
Si tus partidas son negras!

Cuando me dieron la nueva
De que ya no me querias,
Hasta el gato de mi casa
Me miraba y se reia.

El dia que me dijeron
Que tú ya no me querias,
La cara se me quedó
Lo mismo que la tenia.

A Cupido lo pintan
Chiquirritito,
Porque se estila ahora
Querer poquito.

El que tuviere envidia
Llame á Cachano,
Que cuando tengo rabia
Tambien lo llamo.

Allá va ese pimiento
Pique ó no pique;
El que tuviese rabia
Que se la quite.

La aceituna en el molino
Echa aceite y alpechin;
La mujer que quiere á muchos
No puede tener buen fin.

¡Quién estuviera tan alto
Como la estrella del norte,
Para ver lo que pasaba
En cierta casa esta noche!

Si te ha tocado la suerte
De soldadito, bien mio,
Anda cumple con el rey,
Que conmigo ya has cumplido.

Si queréis saber, señores,
El nombre de mi querer,
Acordarse de aquel santo
Que tiene el diablo á los piés.

No te fies de los hombres
Aunque te juren mil cruces,
Que en el altar mas pequeño
Arden al ménos dos luces.

Una Pepa, dos Pepas,
Tres Pepas tengo,
Si se muere una
Con dos me quedo.

Eres una y eres dos,
Eres tres y eres cincuenta,
Eres iglesia mayor
Donde todo el mundo entra.

Aunque me ves por aquí
Sola sin padre ni madre,
No se cria la lechuga
Para tan flojo vinagre.

No te fies de los gatos
Aunque los veas sin uñas,
Porque en viéndose apretados
Hasta con el rabo aruñan.

No te fies de mujeres
Aunque las veas llorar,
Que con sus lágrimas riegan
Las calabazas que dan.

No pienses que han de volver
Las nueces al cantarillo,
A él se le quebró la boca
Y á mí se me fué el cariño.

Aunque me cargen de hierros,
Nunca diré la verdad,
Porque á mala confesion
Mala penitencia dan.

Mi corazon se quema,
No sale el humo,
Eso sí que es quemarse
Con disimulo.

El clavel que está en agua
Es para Pepe,
Y el agua es para Antonio
Que se refresque.

Si me quieres te quiero,
Si me amas te amo,
Si me olvidas te olvido,
A todo hago.

Eres hermosa y robas
Los corazones;
¿Dónde pondré yo el mio
Que no lo robes?

Los amantes y la luna
Son en todo semejantes,
Entran con cuarto creciente,
Salen con cuarto menguante.

¡Qué alta que va la luna
Y el lucero en su compaña!
¡Qué lucido que va un hombre
Cuando una mujer lo engaña!

Cuando tú vas, yo vuelvo,
Que soy un viento,
Y te tengo calados
Los pensamientos.

El pájaro que es dueño
De una maceta,
La pasea y la pica,
Pica y no peca.

En la ventana soy dama,
En la sala soy señora,
En la mesa cortesana,
Y en el campo labradora.

Aquel lucero brillante
Que va detras de la luna,
Ese me acompaña á mí
La noche que voy de tuna.

Cualquiera que me tratare
Dirá que no tengo pena,
Y tengo mi corazon
Como una morita negra.

El amor del forastero
Es como la golondrina,
Que así que llega el verano
A su tierra se encamina.

¿Tan muchacha y tiene luto?
Díme quién te se murió;
Si te se ha muerto tu amante,
No llores que aquí estóy yo.

Es tu amor como el pleitista
Cuando dinero no tiene;
Ni el escribano le escucha
Ni el abogado le atiende.

Delante de mi madre
No me haga señas,
Porque es liebre corrida
Y sabe las sendas.

Dicen que no me quieres
Tú ni tu madre,
Si una puerta se cierra,
Ciento se abren.

La niña que quiere á dos
No es tonta, que es advertida;
Si se le apaga una vela,
Otra le queda encendida.

Si tu marido es celoso
Dále á comer chicharrones
Y verás con la manteca
Que suavito te se pone.

¿Quién seria la madre
Que parió á Júdas?
¡Qué hijos tan indignos
Paren algunas!

Pajarito hilguero,
No cantes tanto,
No sea que la risa
Se vuelva llanto.

Mi suegra me quiere dar
Una cruz para un rosario,
Y tengo yo con su hija
Peana, cruz, y calvario.

Quién tuviera un encargo
Para el infierno;
La suegra de mi alma
Se está muriendo.

Dicen que no me quieres,
No me quieras, no;
Donde no hay escritura
No hay obligacion.

El candil se está apagando,
La alcuza no tiene aceite;
No te digo que te vayas
Ni te digo que te quedes.

Anda con Dios, bien te logres,
No te deseo mal ninguno,
Sino unas tercianas dobles
Miéntras vivas en el mundo.

Yo me enamoré de noche
Y la luna me engañó,
Otra vez que me enamore
Será de dia y con sol.

En mi alma manda Dios,
En mi persona mis padres,
Pero en cuanto á mi gustito
En ese no manda nadie.

Mi madre porque soy malo
A un presidio quiere echarme,
Yo le digo: madre mia,
¿Donde irá el buey que no are?

El demonio son los hombres,
Dicen todas las mujeres,
Y luego están deseando
Que el demonio se las lleve.

El diablo es el amor
Y el demonio las mujeres;
Y los tontos de los hombres
Por el demonio se pierden.

Las mujeres al mundo
Perdido tienen;
Y los hombres al mundo
Y á las mujeres.

En esta calle vive
La miserable
Que hasta al agua del pozo
Le echa la llave.

Si yo viera á mi suegra
En un avispero,
Le dijera despacio
Lo que la quiero.

Me mandastes una carta
Con la letra menudita,
Y á mí me parió mi madre
Mas pícara que bonita.

No es mucho lo que V. pide
Si encuentra quien se lo dé;
Quede V. con Dios, señora,
Que otro dia volveré.

Anoche en el velatorio
De una prima hermana mia,
Me cortaron un vestido
Sin tomarme la medida.

Para no llegar á viejo
¿Qué remedio me darás?
Métete á servir á un amo
Y siempre mozo serás.

Yo tengo una prima hermana
Que la quiero tanto y cuanto;
Tengo que llevarla á Roma
A que la vea el Padre Santo.

El hambre con el demonio
Apostaron un doblon
A ver cuál era mas feo
Y fué el hambre quien ganó.

Es Vd. como el suizo,
Doña Rufina,
Que al sol que mas calienta
A ese se inclina.

Del árbol sale la flor
Y de la flor sale el fruto;
Si de chico eres tan bruto
¿Que serás cuando mayor?

Bendecida sea el alma
De mi Bartolo,
Que le mandé por vaca
Y trajo toro.

Me ronda un lechuguino
De tanta gracia,
Que se parece á un mono
Que hay en mi casa.

Me dijiste que era pobre,
Digo que tienes razon:
Hombre pobre y leña verde
Arden cuando hay ocasion.

Anda diciendo tu madre
Que la reina te mereces
Y yo como no soy reina
No pretendo merecerte.

Mi marido fué á las Indias
Para aumentar su caudal,
Trajo mucho que decir,
Pero poco que contar.

Francisca, por tu tejado
Va subiendo una culebra.
— Madre, cómo pica el sol!
— Mas pica una mala lengua.

Quien pregunta no yerra
Y yo pregunto:
Si se entierran los muertos
Con los difuntos.

Me quisistes, me olvidastes,
Me volvistes á querer.
Los trapos que yo desecho
No me los vuelvo á poner.

Los trapos que yo desecho
Y los echo al muladar,
Que otro venga y se los ponga,
A mí poco se me da.

Mas vale onza que libra
En algunas ocasiones;
Mas vale un cuerpo chiquito
Que no los zarangullones.

No te pongas tan alta
Que no eres reina.
Yo me atrevo á alcanzarte
Sin escalera.

De puerta en puerta un pobre
Junta mas cuartos
Que aquel que en una sola
Se está parado.

Ni la doncella Teodora,
Ni el sabio de Salomon,
Compiten con mis ideas
En llegando la ocasion.

Dígale Vd. al mozo
Que está en la esquina,
Si tiene calentura,
Que tome quina.

Si me pierdo que me busquen
En el sol de mediodia,
Donde nacen las morenas
Y donde la sal se cria.

Dices que no la quieres,
Ni vas á verla,
Pero la veredita
No cria yerva.

De la lana del erizo
Tiene mi madre un colchon,
Y lo tiene guardadito
Para en casándome yo.

¡Quién tuviera la dicha
De Adan y Eva,
Que jamas conocieron
Suegro ni suegra!

Al patriarca le rezo
Seis veces en la semana;
Si alguno tuviere envidia,
Yo rezo á quien me da gana.

Aun ántes de ser tuya
Ya me amenazas?
Mira que tengo un huerto
De calabazas.

Compadre del alma mia,
Mis fatigas son mortales;
Que me veo en un camino
Con dos veredas iguales.

Compañero, si te casas,
Busca la novia chiquita,
Que en la especie de la olla,
La pimienta es la que pica.

Señor alcalde mayor,
No prenda Vd. á los ladrones,
Porque tiene Vd. una hija
Que roba los corazones.

El dueño de una viña
Uvas brindaba,
Despues que la tenia
Ya vendimiada.

De qué te sirve que andes
Con tanta retrechería?
Sabes que me pinto sola
Como la una del dia.

A rey muerto, rey puesto,
Dice mi madre,
No pases, hija mia,
Penas por nadie.

Te quiero porque has dado
De puñaladas,
Que de ningun cobarde
Se ha escrito nada.

La calle está regada,
Dicen que ha sido
Lágrimas de un amante
Que han despedido.

Déjeme, prenda, por Dios
Platicar aunque sea pobre,
Que un grillo vale dos cuartos
Y con todo se le oye.

Yo vivo de lo que como,
Y como lo que me dan,
Pero masco muchas cosas,
Que no las puedo tragar.

Señora, quién fuera pollo
De su recova de usted,
Para andar todito el dia
Pio, pio, tras de usted.

Ayer tarde me dijeron
Que era usted corrida,
A la liebre corredora,
La escopeta prevenida.

Amor, no pongas amor
Donde no hay correspondencia,
Mira que te quedarás
A la luna de Valencia.

A la mujer comparo
Con las sardinas,
Que mientras mas saladas
Son mas dañinas.

Son tantos los comercios
De tus amores,
Que tu casa está llena
De corredores.

Entre dos que bien se quieren
Con uno que coma basta.
Y esta ha de ser la mujer,
Por ser la parte mas flaca.

En la tienda del barbero
Sabe usted lo que se dice,
Que el Señor le da pañuelo
Al que no tiene narices.

El gran poder del verano
Que todas las cosas seca,
No ha podido madurar
Los sesos de tu cabeza.

En el patio de mi casa
Me puse á considerar
Lo poco que vale un hombre
Cuando no tiene que dar.

Tienen las sevillanas
En la mantilla
Un letrero que dice:
Viva Sevilla!

En la mar hay una parra
Que echa las uvas azules,
Con un letrero que dice:
Quien fuese tonto, que estudie.

A Roma se va por bulas,
Por tabaco á Gibraltar,
Por manzanilla á Sanlúcar,
Y á Cádiz se va por sal.

Si tu madre no quiere,
Ni tus hermanos,
Por encima de todos
Dáme la mano.

Ay de mí, desgraciado,
Que andaba siempre
Del perejil huyendo
Y me dió en la frente.

El pensamiento me asoma
De querer á esta muchacha,
Pero temo que me deje
Con la vergüenza en la cara.

Catalina me llamo,
Que no soy mora,
Bautizada en la pila
De mi parroquia.

Es verdad que yo te quise,
Que te he querido y te quiero,
Pero casarme contigo .....
Límpiate, que estás de huevo.

Yo me enamoré del aire,
Del aire de una mujer,
Como la mujer es aire,
En el aire me quedé.

De los cielos á la tierra
Se oyó una voz en el aire:
Quien quiera vivir tranquilo
No ponga su amor en nadie.

Escuche V., mozo bueno,
No gaste V. fantasía,
Que el carro de la basura
Tambien gasta campanilla.

Los enemigos del alma
Todos dicen que son tres,
Y yo digo que son cuatro
Desde que conozco á usted.

Tienes la cara alegre,
Difunta el alma,
Porque no te confiesas
Como Dios manda.

Si piensas que en tí pienso
Has pensado mal,
Ni pienso ni he pensado
Ni pienso en pensar.

EPIGRAMATICAS.

Murió mi mujer en marzo
A mediados de cuaresma,
Y quiso Dios en un año
Darme dos carnestolendas.

Pañuelo á la cintura,
Pañuelo al cuello,
Yo no sé donde salen
Tantos pañuelos!

No me case mi madre
Con hombre chico
Que lo lleve y lo traiga
Como abanico.

Ya viene la cuaresma
Para sermones,
En mi casa no faltan
Predicaciones.

Cuando se emborracha un pobre
Le dicen el borrachon,
Cuando se emborracha un rico:
Qué gracioso está el señor!

Primero que suba al cielo
El alma de un escribano,
Tintero, papel y pluma
Han de bailar el fandango.

Pájaros con muchas plumas
No se pueden mantener,
Los escribanos con una
Mantienen moza y mujer.

Médicos y cirujanos
No van á misa mayor,
Porque les dicen los muertos:
Ahí pasa el que me mató.

El amor y el cuchillo
Son dos extremos,
Mucho acero en la punta
Y al cabo hierro.

Es el don de aquel hidalgo
Como el don del algodon;
Que no puede tener don
Sin tener ántes el algo.

El amor de la mujer,
La pluma del escribano,
Son dos cosas que se alcanzan
Cuando se unta la mano.

El cura de mi lugar
Murió de una rozadura;
Ese sí que era buen cura
Que se sabia rascar.

Como las cañas huecas
Son las mujeres,
Que se llenan de aire
Cuando las quieren.

Es la mujer una nave
Que á todos vientos navega;
Poco prevenido es
Aquel que se embarca en ella.

De la costilla de Adan
Crió Dios á la mujer;
Por eso tienen los hombres
Ese hueso que roer.

Si te murieras, mujer,
Qué dicha para los dos!
Tú ibas á ver á Dios
Y Dios me venia á ver.

Mi marido se murió,
Dios en el cielo le tenga;
Y le tenga tan tenido
Que nunca por acá vuelva.

Un escribano y un gato
En un pozo se cayeron;
Como los dos tenian uñas
Por la pared se subieron.

Quien de alpargatas se fia
Y á mujeres hace caso,
No tendrá un cuarto en su vida
Y siempre andará descalzo.

Quien quisiera en este mundo
De aruñones estar libre,
Que no juegue con los gatos
Ni á las mujeres se arrime.

Dios te libre, libro mio,
De las manos del librero,
Que cuando te está alabando
Entónces te está vendiendo.

Un desnudo vende ropa,
Un calvo vende los peines,
Un ciego los anteojos,
¿Este mundo quién lo entiende?

Cuchillos de dos filos
Son las cuñadas,
Ay de mí! que mi amante
Tiene una hermana!

Por la calle abajito
Ratones vienen;
Sube, niña, al tejado,
No te atropellen.

Todo el que quiere casarse
Ajusta la cuenta alegre,
Y luego que está casado
La repasa y no la entiende.

De suegras y cuñadas
Va un carro lleno.
Mirád qué linda carga
Para el infierno!

No puedo ir á misa
Porque estóy cojo,
Me voy á la taberna
Poquito á poco.

Los calzones del padre
De Catalina
Tienen cincuenta varas
Sin la pretina.

POETICAS SIN GENERO DETERMINADO.

Ha venido mayo,
Bien venido sea,
Que con su venida
Las flores se alegran.

Los pájaros son clarines
Entre los cañaverales,
Que le dan los buenos dias
Al sol de Dios cuando sale.

Allá arriba en el Monte Calvario,
Matita de oliva, matita de olor,
Arrullaron la muerte de Cristo
Cuatro jilgueritos y un ruiseñor.

Cuando sale la aurora,
Sale llorando;
Pobrecita, qué noche
Habrá pasado!

Mira al cielo vestirse
De ricas telas,
De dia azul y blanco,
De noche estrellas.

Palomita blanca,
Reina del cielo,
Tiéndeme tus alitas,
Dáme tu vuelo.

El sol se va poniendo,
Dicen las flores,
Ya se va quien nos daba
Bellos colores.

Sevilla para regalo,
Madrid para la nobleza,
Para tropas Barcelona,
Para jardines Valencia.

Las golondrinas
Le quitaron á Cristo
Tres mil espinas.
Los gorriones
Le quitaron á Cristo
Tres mil doblones [1]).

Aunque mi color es negro,
Mi dinero es español,
Y tiene cruz y castillos,
Armas del rey mi señor.

Para alcarrazas Chiclana,
Para trigo Trebujera,
Y para niñas bonitas
Sanlúcar de Barrameda.

Abre la puerta, Culantro.
Perejil, ¿quién está ahí?
La comadre Yerba-buena
Que viene por Toronjil.

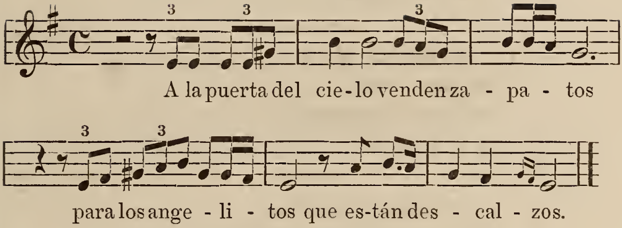
---

1) Porque se comen el trigo.

No le temo á los ladrones,
Si civiles me acompañan.
¡Viva la guardia civil,
Porque es la gloria de España!

En las mañanas de abril,
Al amanecer el dia,
Se juntan los pajaritos,
Cantando el Ave-María.
Y apénas asoma el sol
A él de cara se vuelven,
Dándole gracias á Dios
Con sus trinos mas alegres.

DE CUNA.



A la nana le cantaba
La Vírgen á sus amores:
Dulce hijo de mi vida,
Perdona á los pecadores.

En los brazos te tengo
Y considero,
¡Qué será de tí, niño,
Si yo me muero!

A la puerta del cielo
Venden zapatos
Para los angelitos
Que están descalzos.

A los niños que duermen
Dios los bendice,
Y á las madres que velan
Dios las asiste.

Todo lo chiquitito
Me hace á mí gracia,
Hasta los pucheritos
De media cuarta.

A la rorro, mi niño.
Mi niño duerme
Con los ojos abiertos
Como las liebres.

El niño de María
No tiene cuna,
Su padre es carpintero
Y le hará una.

No llores, Isabelita,
Que las flores se marchitan.
Isabelita, no llores,
Que se marchitan las flores.

Duérmete, niño, en los brazos
Y dormirás con descanso.
Duérmete, niño, en la cuna
Y dormirás con fortuna..

Cuando era chiquita,
En la cuna estaba,
Venian los angelitos
Y me besaban.

Anda véte, morito,
A la morería,
Que mi niño no entiende
Tu algarabía.

Señora Santa Ana,
Señor San Joaquin,
Arrulllád al niño,
Que quiere dormir.

Duérmete, niño chiquito,
Mira que viene la mora
Preguntando puerta en puerta
Cuál es el niño que llora.

Duérmete, niño chiquito,
Duérmete y no llores mas,
Que se irán los angelitos
Para no verte llorar.

Al verte triste y malito
Se me parte el corazon,
Así cuando canto, lloro
Y se me apaga la voz.

Duérmete, niño mio
De mi corazon,
Te acompaña la Vírgen
Y el niño de Dios.

Este niño chiquito
No tiene madre;
Lo parió una gitana
Y lo echó á la calle.

Niño chiquirritito
De pecho y cuna,
¿Dónde estará tu madre
Que no te arrulla?

Duérmete, niño mio,
Duerme y no llores,
Que te mira la Vírgen
De los Dolores.

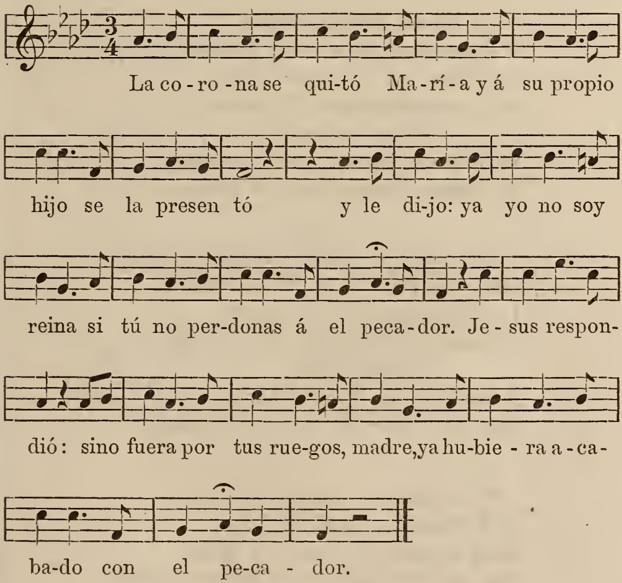
Arbolito chiquito,
Echame nueces;
Echamelas á pares,
Cuatro en dos veces.

Corazoncito mio,
Calla y no llores,
Que te traigo noticias
De tus amores.

ROSARIO DE LA AURORA,

que al amanecer se reza por las ánimas, y para asistir al cual se llama con una campanilla por las calles á los cofrades.

Allegretto.



A tu puerta está una campanilla,
Ni te llama ella ni te llamo yo,
Que te llaman tu padre y tu madre
Para que por ellos le ruegues á Dios.

Y vamos allá,
A rezarle el rosario á María,
Que es nuestra abogada, llena de piedad.

En el cielo se reza un rosario
Todas las mañanas al amanecer,
Santiago lleva el estandarte,
San Pedro la luz, la cruz San Miguel.
Pues vamos allá,
Que no hay cosa mas santa y mas dulce
Que el santo rosario que se va á rezar.

La corona se quitó María
Y á su propio hijo se la presentó
Y le dijo: ya yo no soy reina
Si tú no perdonas á el pecador.
Jesus respondió:
Si no fuese por tus ruegos, madre,
Ya hubiera acabado con el pecador.

Una tarde se perdió Domingo;
Sus hijos llorosos lo van á buscar,
Lo encontraron en el paraíso
Cogiendo las rosas del santo rosal.
Y vamos allá
A pedirle á la Vírgen María
Para que interceda con Su Majestad.

Si te hallaras enfermo del alma
Y la medicina quisieres buscar,
Reza al punto el rosario á María
Que por ese medio la habrás de alcanzar.
Rézalo y verás
Que el rosario mantiene la gracia
Y la fortaleza para no pecar.

A tu puerta está una campanilla,
Ni te llama ella ni te llamo yo,
Que te llama la peste y la guerra,
Que esos son avisos que nos manda Dios.
Y vamos allá
A pedirle á la Vírgen clemente
Para que nos libre de culpa y de mal.

Dos pastores se arriman á un árbol,
De una gran tormenta huyendo el rigor,
Cayó un rayo, ¡Jesus Dios nos libre!
Y al uno de ellos lo hizo carbon;
Pero al otro no,
Pues el santo rosario traia
Metido en el seno con gran devocion.

¡Si supieses la entrada que tuvo
El Rey de los Cielos en Jerusalem,
Que ni coche ni calesa quiso
Sino un jumentito que alquilado fué!
Para demostrar
Que las puertas divinas del cielo
Tan solo ha de abrirnos la santa humildad.

Es María la nave de gracia.
San José la vela, el niño el timon;
Y los remos son las buenas almas
Que van al rosario con gran devocion.

LA ANUNCIACION.

Cuando el Eterno se quiso hacer niño
Le dijo al ángel con mucho cariño:
Anda, Gabriel, véte á Galilea,
Allí verás una pequeña aldea,
Es Nazaret su gracioso apellido;
Junto á una casa hay un ramo florido;
En esa casa, que de David viene,
Hay una niña que quince años tiene;
Está casada con un carpintero,
Y aun cuando es muy pobre así yo la quiero.
Díle que quiero en ella hospedarme
Y en su seno puro tomar cuerpo y sangre.
Fué el santo arcángel bebiendo los vientos
Hasta llegar al humilde aposento,
Y cuando vió á la hermosa María,
Le ha dado el encargo con que Dios le envía.
Dios te salve, dice con grande alegría,
Dios te salve, reina y hermosa María,
El Señor es contigo y bendita tú eres,
Unica escogida entre las mujeres,
Y bendito el fruto que has de dar á luz,
El Rey de los Cielos y Tierra: Jesus.

EL NACIMIENTO DE DIOS.

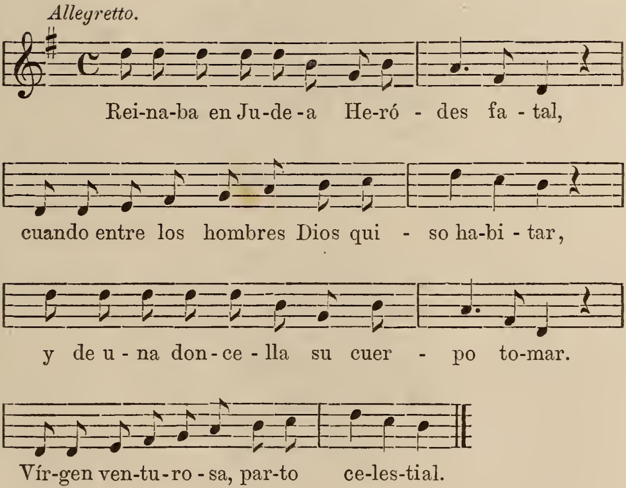
De casa de Zacarías
Salió la sagrada reina,
De su esposo acompañada.
Luego que á su casa llega
Reparó un dia José,
Sobresaltado y con pena,
La preñez de su mujer,
Y entre sí á decir comienza:
Inmenso Dios de Israel!
Qué novedad es aquesta?
Mi esposa veo preñada;
Esto algun misterio encierra;
Pero haya misterio ó no,
Ay Dios! qué terrible pena!
Quiero ausentarme y dejarla,
Partiré á remotas tierras;
Mas si yo la desamparo,
¿Quién habrá de socorrerla?
Muchacha, pobre y sin padre,
El cielo la favorezca!
Quédate con Dios, María,
Adios, carísima perla,
Que el apartarme de tí,
Sabe Dios lo que me cuesta!
Pero no puedo por ménos,
Que puedo mucho una afrenta!
¿Cómo he de ver en mi casa

Hijo que mio no sea?
Quiero retirarme al sueño
Miéntras la hora se acerca.
Apénas José dormia,
(Bien puede decirse *á penas)*
Bajó el ángel San Gabriel,
Diciendo: José, despierta,
Que este divino preñado,
Obra de la Omnipotencia,
Viene á salvar á Israel
Y siglos há que se espera.
Dándole gracias á Dios,
Alegre José despierta;
Vase al cuarto de su esposa,
Libre de tan cruel sospecha,
Y postrándose en el suelo,
Así á decirle comienza:
Muy amada esposa mia,
¡Qué desgraciado que fuera
Si yo te hubiese dejado!
¡Qué desdichas me vinieran!
  Cumplidos los nueve meses
Ha mandado el justo César
Que los padres de familia
A pagar un censo fueran,
Cada cual á la ciudad
Que fuese su descendencia.
  Era José de Belen,
Y por eso le fué fuerza
De irlo á pagar allá,
De lo que á María dió cuenta
Y el sentimiento que tiene
Por estar el parto cerca.
  Y la Vírgen le responde:
Esposo, no tengáis pena,
Que el llevar vuestra compaña
Es mi mejor conveniencia.
  Buscó José un jumentito

Para acomodar la reina
Con las cosas necesarias
Y la cajita en que lleva
Las fajas para el infante,
Por lo que Dios dispusiera.
  Comenzaron su viaje;
¡Ay mi Dios y quien se fuera
Con tan santa compañía,
Para gozar de mas cerca
De aquellos dos serafines
Con el sol que reverberan!
Cuando decia José:
¿Esposa qué dicha es esta?
Que ha de venir con nosotros
Y ha de comer á mi mesa
El deseado Mesías
Que anunciaron los profetas?
¿Cuándo llegará la hora
Que yo en mis brazos le tenga?
Con estos dulces coloquios
Se divertian las penas
De tan áspero camino,
De arroyos, montes y cuestas.
Era esto por diciembre
En tiempo que llueve y nieva,
Que aquesto permitió el cielo
Para probar su paciencia.
Luego que en Belen entraron
Van pidiendo puerta en puerta
Por hospicios y mesones,
Pero todos se les cierran;
Que como los ven tan pobres
Los huéspedes los desechan.
Desconsolado José
Con su esposa se lamenta
Diciéndole: esposa mia,
Esto algun misterio encierra
Que no ha de haber quien recoja

Al Rey del Cielo en la tierra.
Salgámonos de Belen,
Que allá bajo está una cueva
Que les sirve á los pastores
De establo para las bestias,
Y si está desocupada,
Descansaremos en ella.
Luego que en la cueva entraron,
San José encendió candela
Para defender del frio
A la preciosa doncella.
Esta barre el portalito,
Muchos ángeles con ella;
Siendo allá á la media noche
Nuestra Santa Carpintera
Parió al Salvador del Mundo,
Cuando por los aires suena
La música celestial
Cantando divina letra:
¡Gloria á Dios en las alturas
Y paz al hombre en la tierra!

EL PARTO CELESTIAL.



Reinaba en Judea
Heródes fatal,
Cuando entre los hombres
Dios quiso habitar,
Y de una doncella
Su cuerpo tomar.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Hija de David,
Niña singular,
Que aunque desposada
Doncella se está.
Ante ella Gabriel
Su embajada da.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

María responde
Con grande humildad:
Del Señor la esclava
Postrada aquí esta:
Segun su palabra
Hágase en mí ya.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Y el poder divino
Obrando eficaz,
María fué vírgen
Y madre á la par,
Cual el sol penetra
Un puro cristal.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Por ásperos montes
La pareja va:
Camina sufriendo
Con conformidad
Los vientos y escarchas,
Frio y temporal.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

La doncella pura
Ya no puede mas;
Rendida al cansancio
Fatigada está:
José la consuela,
Tierno y paternal.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Por fin el patriarca
Llegó á divisar
De Belen las torres
Con gozo especial:
María se anima
Al verlas brillar.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Ya están en Belen,
Pero ¡qué crueldad!
Ninguno en el pueblo
Los quiere hospedar!
Las puertas á Dios
Llegan á cerrar!
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

De una en otra puerta
Afligidos van,
Buscando un albergue
Donde descansar,
Hasta que encontraron
Un pobre portal.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Medio derribado
El establo está,
Y allí, ¡gran portento,
Digno de admirar!
Descendió del cielo
La alta Majestad.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Angeles el cielo
Se dignó enviar
Que por la comarca
El anuncio dan,
Y van los pastores
Al niño á adorar.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Ay que chiquito,
Dice el pastor Blas,
Por Dios que si crece
Será un buen zagal;
Dadle una zalea
Que arrecido está.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Vaya mi zampoña,
Dijo Nicolas,
Porque en siendo grande,
La pueda tocar,
Que á fe que da sones
Buenos *pa* bailar.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Calla, *esaborío*,
Dijo otro zagal;
¿A Dios la żampoña
Vas á regalar?
Dále el corazon,
Y el alma que es mas.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Eso está muy bueno,
Respondió Tomas;
Mas los niños comen
Y allá va ese pan;
Hágasele en sopas
Que le gustarán.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Y así aquella gente
Con sencillo afan
Saben á su modo
A Dios festejar,
Y la madre Vírgen
Las gracias les da.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Despues acudieron
Melchor y Gaspar
Y su compañero
El rey Baltasar,
A quienes la estrella
Los vino á guiar.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

Aquellos tres reyes
Con gran humildad
Oro y mirra ofrecen
Al Dios de la Paz,
Que de Majestades
Es la Majestad.
Vírgen venturosa,
Parto celestial.

LA PREDICCION DE LA GITANA.

Una gitana se acerca
Al pié de la Vírgen pura,
Hincó la rodilla en tierra,
Y le dijo la ventura.
Las cosas que sé,
Oh mi dulce amor,
Las llevo clavadas
En mi corazon.

Madre del amor hermoso,
Así le dice á María,
A Egipto irás con el niño
Y José en tu compañía.
Las cosas que sé, etc.

Saldrás á la media noche
Ocultando al sol divino,
Pasaréis muchos trabajos
Durante todo el camino.
Las cosas que sé, etc.

Os irá bien con mi gente,
Os tratarán con cariño,
Los ídolos, cuando entréis,
Vendrán al suelo rendidos.
Las cosas que sé, etc.

Mirando al niño divino
Le decia enternecida:
¡Cuánto tienes que pasar,
Lucerito de mi vida!
Las cosas que sé, etc.

La cabeza de este niño,
Tan hermosa y agraciada,
Luego la hemos de ver
Con espinas traspasada.
Las cosas que sé, etc.

Las manitas de este niño,
Tan blancas y torneadas,
Luego las hemos de ver
En una cruz enclavadas.
Las cosas que sé, etc.

Los piececitos del niño
Tan chicos y sonrosados,
Luego los hemos de ver
Con un clavo taladrados.
Las cosas que sé, etc.

Andarás de monte en monte
Haciendo mil maravillas,
En uno sudarás sangre,
En otro darás la vida.
Las cosas que sé, etc.

Morirás en vera cruz
Levantada en el Calvario,
Que á tanto te obligará
Ese tu amor estremado.
Las cosas que sé, etc.

La mas cruel de tus penas,
Te la predigo con llanto,
Será que en tus redimidos,
Señor, hallarás ingratos.
Las cosas que sé, etc.

LA PASTORA DE BELEN.

La pastora que ahora llega,
Al entrar en el portal,
Halló al niño dormidito
Y lo quiso despertar.
— Mi niño, divino infante,
Así principió á cantar,
Centinela de Israel
Despierta, despierta ya.
Aunque duerman tus ojitos,
No duerma tu corazon,
Que corazon tan piadoso
En vela estará mejor.
¿Tú, mi niño, que por grande
El cielo te viene estrecho,
Te reduces á nacer
En un portal tan pequeño!?
¿Tú, mi niño, siendo el móvil
Que gobierna el universo
Te sujetas á dolencias
Y á los rigores del tiempo!?
Consiguió la pastorcita
Despertar al niño tierno
Y ella entónces le decia:
— De tus alegrías quiero,
Y te ofrezco de las mias,
Aunque siempre tristes son,
Pero con ellas te brindo
Mi vida y mi corazon.

EL NIÑO PERDIDO.

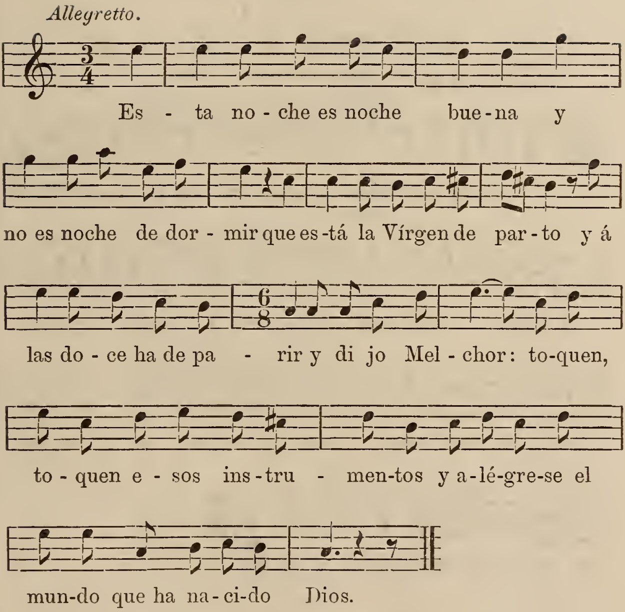
La Vírgen á quien se humillan
Los ángeles celestiales,
Va buscando, sola y triste,
Por una y por otra parte
Al perdido Niño Dios,
Que se le perdió ayer tarde
Al bajar de aquella fiesta
Tan pública como grande.
Lo busca entre las mujeres,
Lo pregona por las calles.
«¿Quién ha visto un niño, dice,
«Perdido desde ayer tarde,
«Con unos cabellos de oro,
«Ojos rasgados y grandes,
«Frente serena y hermosa,
«Al mismo sol semejante?»
Y una mujer le contesta:
«Por aquí pasó ayer tarde;
Iba pidiendo limosna
Diciendo razones tales:
«A quien me diere, daré
«Otros dones que mas valen,
«Que tengo yo reservados
«En el reino de mi padre.»
Salí con pan á la puerta
Para la limosna darle.
De que lo vi tan chiquito

Y arrecidito del aire,
Que el sol se queria poner
E iba cerrando la tarda,
Y le dije: «Entra, bien mio,
«Para tí mi puerta se abre.»
Entró y se sentó en el suelo,
No halló mejor do sentarse.
¿Quién eres? le pregunté.
Me respondió como un ángel:
«Hijo soy del Padre Eterno,
Una Vírgen es mi madre,
A mí me llaman Jesus
Y vengo para salvarte.»
Aderezéle una cama
De perlas que mucho valen,
No quiso sino una estera
De pajuela de Alicante,
Por cabecera un ladrillo,
Con eso tiene bastante.
Durmió toda aquella noche
Con un sueño muy suave,
Y luego por la mañana,
Cuando vino á despertarme,
Dióme santos buenos dias
Y que con Dios me quedase;
Mi corazon se llevó
Que en amores se deshace.»
Desde allí partió la Vírgen,
Mas consolada que ántes,
Buscándolo por los templos,
Buscándolo por las calles.
¿Dónde lo vino á encontrar?
Entre los sabios mas grandes.
Desde allí se lo llevaron
En las andas con su madre.

EL CIEGO.

Huyendo del fiero Heródes,
Que al niño quiere perder,
Hácia Egipto se encaminan
María, su hijo y José.
En medio de aquel camino
Pidió el niño de beber;
No pidas agua, mi niño,
No pidas agua, mi bien,
Que los rios vienen turbios
Y no se pueden beber.
Andemos mas adelante
Que hay un verde naranjuez
Y es un ciego que lo guarda,
Es un ciego que no ve.
— Ciego, dáme una naranja
Para callar á Manuel.
— Coja usted las que usted quiera,
Que toditas son de usted.
— La Vírgen como es tan buena
No ha cogido mas que tres:
Una se la dió á su niño,
Y otra se la dió á José,
Otra se quedó en la mano
Para la Vírgen oler.
Saliendo por el vallado
El ciego comenzó á ver.
— ¿Quién ha sido esta señora
Que me ha hecho tanto bien?
Será la Vírgen María
Que al que es ciego le hace ver.

DE NOCHE BUENA.



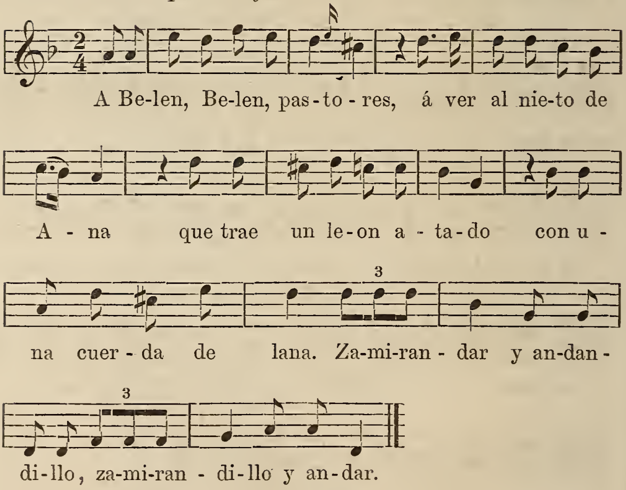
La noche buena se viene,
La noche buena se va;
Nosotros tambien nos vamos,
Pero no volvemos mas.

Cuando la Vírgen parió
Se encontró en el portal sola;
Lo primero que acudió
Fué un pastor y una pastora.

Un pastor comiendo sopas
En el aire divisó
Un ángel que le decia:
Ya ha nacido el Redentor.

Y dijo Melchor, etc.

Andante un poco allegro.



La Vírgen se fué á lavar
Sus manos blancas al rio;
El sol se quedó parado,
La mar perdió su ruido.

Los pastores de Belen
Todos juntos van por leña,
Para calentar al niño
Que nació la noche buena.

La Vírgen está lavando
Y tendiendo en el romero,
Los pajaritos cantaban
Y el agua se iba riendo.

La Vírgen se está peinando,
Su peine de marfil era;
Rayos de sol sus cabellos,
La cinta la primavera.

Todos le llevan al niño,
Yo no tengo que llevarle,
Le llevaré el corazon
Que le sirva de pañales.

Tomád ese capillito,
Hecho de flores está,
Para abrigar la cabeza
De ese niño celestial.

San José era carpintero,
Y la Vírgen costurera,
Y el niño labra la cruz
Porque ha de morir en ella.

Ven acá con esa bota,
Ven acá, yo brindaré
A la salud de María,
Para que crie á Manuel.

Los pastores daban saltos
Y bailaban de contento,
Al par que los angelitos
Tocaban los instrumentos.

La Vírgen iba á Belen,
Le dió el parto en el camino
Y entre la mula y el buey
Nació el cordero divino.

La Vírgen va caminando,
Va caminando solita,
Y no lleva mas compaña
Que el niño de la manita.

La Vírgen quiso sentarse
Al abrigo de un olivo;
Y las hojas se volvieron
A ver al recien nacido.

En un portalito oscuro,
Llenito de telarañas,
Entre la mula y el buey
Nació el Redentor de almas.
La mula le gruñe,
El buey le bajea,
Y el niño de Dios
Dormido se queda.

En el portal de Belen
Ha nacido un Manolito,
Que dicen que es mas bonito
Que Juanito el de Isabel.

A Belen, Belen, pastores,
A ver al nieto de Ana,
Que trae un leon atado
Con una cuerda de lana.

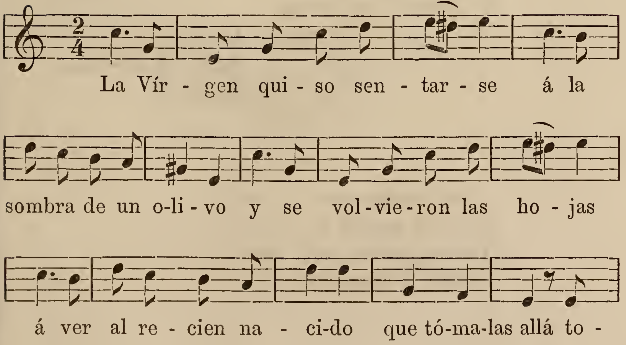
Miéntras María cortaba
Y hacia las camisitas,
¡Qué de lágrimas de amor
Corrian por sus mejillas!

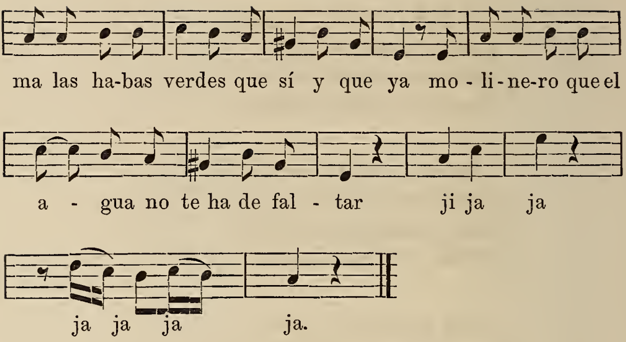
Una pandereta suena,
Yo no sé por donde va,
Camina para Belen
Hasta llegar al portal.

Al ruido que llevaba,
El santo José salió;
No me despertéis al niño
Que ahora poco se durmió.

Lo ha dormido entre sus brazos
Aquella que lo parió
Y su canto era tan dulce
Que pudo dormir á Dios.

Allegretto con brio.





Noche buena y paridita
Pocas la suelen tener,
La Vírgen la tuvo buena,
Noche buena y baron fué.
Claveles y rosas,
La cuna adornád,
En tanto que un ángel
Meciéndola está.

Un soldadito ha llegado;
Como el orbe goza paz,
Se queda de centinela
A la puerta del portal.
Y dijo un tambor:
A este niño, que es mi soberano,
Generala y marcha
Le tocaré yo.

Esta noche nace el niño
Entre la paja y el hielo,
¡Quién pudiera, niño mio,
Vestirte de terciopelo!

San José tenia celos
Del preñado de María,
Y en el vientre de su madre
El niño se sonreia.

Esta noche ha de nacer
Manolito de Jesus,
Para morir por el hombre
Enclavado en una cruz.

La Vírgen va caminando
Por los montes de Judea,
Santa Isabel la recibe
En su casa placentera.
Y San Juan Bautista,
Que en su vientre estaba,
Se hincó de rodillas
Y á Dios adoraba.

En el portal de Belen
Hay estrella, sol y luna,
La Vírgen y San José,
Y el niño que está en la cuna.

El Niño Dios se ha perdido,
En el mundo no parece,
Está á la orilla del rio
Sentado, pescando peces.

En Belen tocan á fuego,
Del portal sale la llama;
Y es que allí ha nacido aquel
Que en llamas de amor se abrasa.

En el portal de Belen
Nació un clavel encarnado,
Que por redimir al mundo,
Se ha vuelto lirio morado.

Esta noche no dormimos
Que es la santa noche buena,
Y tenemos que llevarle
A María la enhorabuena.
Ya viene la vieja
Con el aguilando,
Le parece mucho,
Le viene quitando.

En el portal de Belen
Gitanitos han entrado,
Y al niño recien nacido
Los pañales le han quitado.
¡Pícaros gitanos,
Caras de aceitunas,
No han dejado al niño
Ropita ninguna!

Este rey niño Jesus,
De los cielos baja acá,
Siendo su real comitiva
María y José no mas.
Por cuna un pesebre,
Por templo un portal,
Eso es lo que encuentra
Su Real Majestad.

Sin ricas ofrendas
No temas llegar,
Que el niño agradece
Tu fe y voluntad.

Del campo las flores
Gratas le serán,
Al que con su risa
Las hace brotar.

Por los campos del oriente
Sale dando envidia al sol,
La mas bella criatura
Que de mujeres nació.

Bendita la Vírgen pura
Que es relicario de amor,
Porque lleva en sus entrañas
Tan soberano señor.

A las doce de la noche
Que mas feliz no se vió,
Nació en un Ave María
Sin romper el alba, el sol.

Lástima seria el ver
En las mejillas las perlas
De aquel que á penas nació,
Habiendo nacido á penas.

La Vírgen como era pobre
Amasaba en el portal;
El cedazo era de plata
Y la pala de cristal.

A Belen tengo que ir
Aunque me riña mi amo,
Que yo tambien quiero ver
A ese niño soberano.

Los tres reyes del oriente
Bajaron en compañía,
Guiados por una estrella
Que á chorros resplandecia;
En la mas oscura noche
Igualaba al claro dia.
Sobre el portàl se paró
Porque estaba allí el Mesías.
No te asombres, Vírgen pura,
Del tropel de los caballos
Que son los reyes que vienen
A ver á su Dios vasallo.

Cuando la Vírgen fué á misa
Al templo de Salomon,
El vestido que llevaba
Era de rayos del sol.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO OCTAVO.

CUENTOS Y POESIAS POPULARES ANDALUCES.

COLECCIONADOS

POR

FERNAN ÇABALLERO.

LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

1866.

F. A. BROCKHAUS, LEIPZIG.

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

Tomos publicados:

I. Clemencia. Novela de costumbres por FERNAN CABALLERO.
II. La Gaviota. Novela de costumbres por FERNAN CABALLERO.
III. IV. El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha compuesto por MIGUEL CERVANTES SAAVEDRA. 2 tomos.
V. La Familia de Alvareda. — Lágrimas. Novelas de costumbres por FERNAN CABALLERO.
VI. El libro de los Cantares compuesto por D. ANTONIO DE TRUEBA.
VII. Composiciones jocosas en prosa. Publicados por A. HERRMANN.
VIII. Cuentos y poesías populares andaluces, coleccionados por FERNAN CABALLERO.
IX. El Cid Campeador. Novela histórica original por D. ANTONIO DE TRUEBA Y LA QUINTANA.
X. Las Hijas del Cid. Paráfrasis de las crónicas de aquel famoso caballero, compuesta por D. ANTONIO DE TRUEBA.
XI. XII. Amalia. Por JOSÉ MARMOL. 2 tomos.
XIII. Relaciones. Por FERNAN CABALLERO.
XIV. XV. Obras escogidas de Don JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH. Edicion alemana dirigida por el autor. 2 tomos. Con el retrato del autor.
XVI. Elia, ó la España treinta años ha. — El último Consuelo. — La Noche de Navidad. — Callar en vida y perdonar en muerte. Por FERNAN CABALLERO.
XVII. Cuadros de Costumbres. Por FERNAN CABALLERO.
XVIII. Cuentos Campesinos. Por D. ANTONIO DE TRUEBA.

Cada tomo se vende por separado, en la rústica ó encuadernado en tela.

LEIPZIG. — EN LA IMPRENTA DE F. A. BROCKHAUS.

C 125

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: July 2008

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066

WERT
BOOKBINDING
Grantville, Pa.
May—June 1987
We're Quality Bound

LIBRARY OF CONGRESS
0 020 818 188 9